





Las propuestas de la lluvia

Eduardo Villegas Guevara

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

Las propuestas de la lluvia
© Eduardo Villegas Guevara
Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-70-5

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González
Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda
Director general del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina
Director de Publicaciones y Fomento Literario

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán
Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles
Diseño de forros e ilustración: Bruno Espinoza Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
Gaspar de la Garza 421, zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000
Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Las propuestas de la lluvia



Esta obra contiene descripciones y escenas de violencia física y sexual.
Se recomienda discreción.
Lectura recomendada para mayores de 18 años.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

*A mis maestros
—que terminaron siendo también mis amigos—
van estos 50 años de escritura.*

Al momento de analizar la lluvia...
JOSÉ REVUELTAS, *Juventud y Revolución*
México, 1968.

Los días del sueño

A Orlando Ortiz, in memoriam.

Siempre hay una primera vez para todo, hasta para la muerte. Por eso, en cuanto entré a la cantina y las compañeras me vieron con blusa y falda color negro, que nunca en mi vida quise usar, sabía que preguntarían si estaba de luto. ¿Tienes algún familiar muerto o tan solo cambiaste de opinión en cuanto a la moda? No estoy de luto y tampoco me vestí de esta forma para andar a la moda o para agarrar un aire de mujer fatal, respondí. Resulta que hoy, por primera vez siento la necesidad de formar parte de la noche. Vestida de negro podré confundirme fácilmente con la oscuridad.

Toda la semana pasada me vieron como si fuera yo una recién nacida. En parte tenían razón; en cada cosa que hacía siempre terminaba confesando que era mi primera vez. Primeriza en aceptar una copa de los clientes. En los años que tienen de soportarme en este lugar, que ya son bastantes, me distinguí siempre por ser la más sobria de todas. Los hombres me buscan por mi buena conversación. Según ellos soy una mujer muy entretenida. Yo puedo pasarme horas contando chistes o cualquier tontería y ellos no sienten cómo pasa el tiempo. Pero ahora —y cuando digo ahora me refiero a la semana pasada—,

por primera vez mis compañeras notaron que optaba por guardar silencio. Esos no fueron todos mis cambios. Resulta que comencé a fichar. Antes el baile no me importaba ni un gargajo. En las fiestas con orquesta siempre bailo. Me refiero al bailongo que organizan aquí con el conjunto donde se cobra por los pisotones que nos dan los clientes y por las manoseadas. Este baile era el que yo dejaba de lado porque, seguramente por vanidad, yo siempre andaba diciendo que no me hacía falta el dinero de las fichas. Mis compañeras descubrieron otro detalle la semana pasada: Se trata de los espejos, aquellos que adornan las columnas de “la casa”. También hay espejos sobre las paredes. Son grandes y están inclinados hacia el suelo. Cuando estamos de pie no aparecen nuestras cabezas. Antes siempre me acercaba a ellos. Lo hacía varias veces durante las noches para mirarme. Me acomodaba con las manos el peinado; revisaba los zapatos y las medias; el holán de mi blusa y, sobre todo, el maquillaje. Nadie me quitará la idea de que una mujer —como nosotras o cualquier otra— debe revisar a cada momento el estado de su cara. Por ahí se asoma el alma, por eso debemos enmarcarla lo mejor posible. Bueno, pues, lo que mis compañeras descubrieron fue que ahora, por primera vez desde que me conocen, rehuía a encontrar mi propia imagen. Me atemorizaba el simple hecho de estar cerca de los condenados espejos.

Siempre hay una primera vez para todo. Con estas palabras quise acostumbrarme de nuevo a mi misma. Seguramente mis compañeras nunca quedaron satisfechas con la respuesta. Estos cambios, aunque pequeños, me hicieron comprender que ya era otra. Por suerte, aquí nadie se mete a fondo en la vida privada de ninguna. En el Paraíso lo único que importa es nuestra vida pública; que es igualmente una cosa sin importancia. Nunca hablamos de las ganancias ni de nuestros hombres. La

familia a veces se menciona, pero la primera regla para soportar las desveladas es no meter la nariz en el fundillo de las demás. ¿Seguro que no estás de luto? Me preguntó una de ellas. Por supuesto que no, le respondí con el mayor entusiasmo que pude para que las demás oyeran y dejaran de insistir. No tengo familiares. Tuve, pero hace demasiado tiempo que los abandoné.

Transcurrió la noche y por primera vez supe que estaba vestida de negro. Por suerte aquí en el Paraíso nada importa tanto, pero en lugares como este es donde muchos toman fuerzas para regresar a vivir. Eso me decía Juan. Aquí las cosas son como son. Nadie les da el valor que no tienen. Por eso se aprecian en su justo tamaño. Dije que no estaba de luto, cuando estuve sola, también por primera vez, me confesé la verdad. No estoy de luto, pero tengo una ausencia que duele lo mismo que una muerte. Solo que prefiero llamarla así para no mencionar esa eterna palabra del silencio. Esta ausencia se llama Juan. Es posible que todavía esté caminando, pero no vivo, porque cuando yo lo conocí su cuerpo era solo eso; un poco de carne y una gran cantidad de huesos; pero como alguien lo arrancó de la vida, carecía de alma.

Cuando conocí a Juan me pareció un tipo normal. No me importaba cómo ni quién era. Ya tenía tres meses viniendo al Paraíso; la mejor cantina de esta ciudad capital, como dice el dueño. En donde trabajan las putas más horribles de todo el país y —según dicen los viejos clientes— de todo el mundo. La mayoría de las veces que vino Juan siempre me buscó para platicar. Venían y siguen viniendo demasiados Juanes al negocio. El patrón no es encajoso con los precios de las cervezas, aunque saben más sabrosas que en cualquier otro sitio, solo les aumenta la mitad de su precio normal. La mayoría de las noches que Juan pasó por aquí me invitó a su mesa. Únicamente tomaba

cerveza. No es raro que a un tipo le guste estar solo. Claro que venían muchos miembros del ejército. Se acomodaban en las otras mesas y aunque lo conocían nunca lo invitaron a sus pláticas. A Juan no le gustaba estar cerca del barullo ni de quiénes pudieran interrumpir su silencio. Algunos clientes nos hacen hablar, pero en serio. Otros quieren que los escuchemos y que a todo digamos que sí. Otros tratan de redimirnos. Juan no quería más que silencio. Las primeras veces que me invitó estuve callada, llevando el ritmo de la música con la boca. Tocaron diferentes melodías y no le dio importancia ninguna. Solo quería verse en mis ojos. Tener que mirar a los hombres con los que terminaré acostada para mí es un fastidio. Siento que después quieren identificarnos en la calle como si tuvieran la tarea de reconocer a todas las mujeres putas que circulan por las calles de esta ciudad. Si pudieran nos pondrían una marca para diferenciarnos. Cómo si el hecho de ser putas significara que queremos acostarnos con todos ellos. No entienden que una ya no está para querer, sino para vender. En fin, Juan quería mirarse en mis ojos; solo eso. Las primeras veces me negué. Se me hizo sospechoso que no quisiera coger y mucho menos platicar. A pesar de mis rechazos siguió invitándome a su mesa. Se embriagaba casi sin darse cuenta. Después comenzó a invitarme al hotel. Lo hacía porque necesitaba que alguien lo condujera por la calle y lo dejara sano y salvo encima de una cama y no porque quisiera estar con una mujer. Claro que la mayoría de las veces terminamos haciendo nuestra faena. El acostón no era lo más importante para Juan, pero de todos modos le cobraba. En varias ocasiones llegamos tambaleándonos al hotel con sus habitaciones llenas de tristeza y de ganas. Nunca quiso pasar a los cartuchos que están en el fondo de la cantina. Al hotel me invitó después de mirarse en mis ojos. En un principio,

como ya dije, no se lo permití. No crean que fue por temor a enamorarme. Ya está bastante grande y vieja para andar con esas tonterías. Además, como dicen mis amigas, ¿para qué tener un miembro en la familia, si es mejor tener una familia de miembros? Evidentemente no siempre se puede escoger, pero siempre encontramos variedad.

Dejé que se mirara en mis ojos; también me busqué en su rostro. Nada más para llevar a cabo sus mismas jugadas. No porque tuviera alguna intención. Su cara siempre rasurada y su piel musculosa y una mirada muy penetrante. Si me hubiera tomado con la misma intensidad que había en sus ojos, sin duda alguna, me habría matado de placer. Pero no me miraba a mí; se buscaba a sí mismo. Si tienes tantas ganas de mirarte, le dije cierto día, por qué no te compras un espejo. Se lo comenté en mal momento. En lugar de responder, me golpeó en el pecho con tanta fuerza que me arrojó al suelo. Yo sé que los soldados son violentos cuando están borrachos, pero como no estaba borracho y yo no le permito a nadie que me maltrate, nada más por no estar de acuerdo con mis consejos. Me recobré enseguida y, gracias al coraje que llevaba adentro, le respondí a puros rasguños. A este cabrón le saco los ojos. Si tantas ganas tienen de verse, que lo haga, pero en la imaginación. Verdad de Dios que estuve dispuesta en coronar mis uñas con sus ojos. Pero se soltó llorando con los primeros rasguños que le tiré. Se cubrió la cara con los brazos y se acomodó como un recién nacido. Durante un rato estuvo pidiéndome perdón. Al principio no se lo acepté, porque un chingadazo es un chingadazo, aunque parezca cosa de nada. Ya es bastante triste ser puta, para ser al mismo tiempo una pendeja. Sin escucharlo le puse unos taconazos en la espalda con una zapatilla. Juan seguía terco, insistiendo en que lo perdonara. Cuando ya me había desquitado lo suficiente,

olvidé el manotazo. Me senté frente al tocador, mientras seguía pidiendo perdón. Pensé que deseaba que le siguiera pegando y ya estaba con la zapatilla en la mano dispuesta a golpearlo. En este mundo hay muchos locos a los que solo nosotras entendemos. Pero no es tan fácil adivinar los antojos ajenos. Si quería malos tratos, haría bien en decírmelo. Por mi propia iniciativa yo nunca hago nada. Siempre existe la posibilidad de que a alguien no le guste el juego de los golpes y se levante para rompernos el hocico. Esa es la razón por la cual nunca trato de satisfacer antojos y muchos menos de adivinarlos. Todavía no se me aflojan las tuercas del coco. A lo mejor ya las tengo güangas, como dicen de las demás partes de mi cuerpo, pero eso que se llama cabeza, siempre la he tenido firme y encima de los hombros, al menos eso digo yo. Sentada frente al espejo, comencé a peinarme. Después de tanta agitación, mi cabeza quedó como un chocho recién bañado. Juan, entre murmullos, seguía pidiéndome perdón.

Me cansé de escucharlo, así que para distraerlo lo puse boca arriba encima de la cama. Le desabroché el pantalón y se lo bajé un poco. Comencé a besarle el miembro y mi estrategia surtió efecto. Aunque no del todo. Por lo bajo seguía pidiendo perdón. Para calmarlo del todo decidí chupárselo. Cuando lo tuve en la boca, después de ensalivarlo, se lo comencé a chupar poco a poco, como dicen mis amigas, para enloquecerlo. Solo interrumpía la maniobra para lamerle los testículos. Después me concentré para que se viniera en mi boca, cosa que sucedió en cuanto me lo propuse. Eyaculó en mi boca y, mientras me tragaba sus espermias, escuché que gritaba: ¡Perdóñenme! Hasta entonces me di cuenta de que se refería a alguien. A lo mejor les hablaba a sus padres que de niño le habían dicho que ciertas cosas eran malas; como eso de saborear nuestros sexos. Pensé

que por eso pedía perdón, para disculparse de lo que acabábamos de hacer. En cuanto se repuso nos arreglamos para salir del hotel. Quise preguntarle a quién le pedía perdón. Seguramente el manotazo que me había puesto tenía algo oculto. Se me quedó viendo antes de cerrar el cuarto del hotel. Sin responder me jaló de un brazo y me obligó a bajar a la recepción. Entregó la llave y ya en la calle, antes de separarnos, me dijo que había cosas que no me importaban. No tienes porqué meterte en las pesadillas de los demás. Yo estuve de acuerdo; por supuesto que no me interesan los sueños ajenos. Juan se echó a caminar, después de pagarme la noche que pasé a su lado. Ni siquiera me dio tiempo para explicarle que se lo había preguntado, para enterarme si sus temores tenían que ver con el sexo. Quizá sabiéndolo podía hacerlo feliz. Nuestros clientes entienden esta palabra casi igual que nosotros: Botar el mundo lejos. Pero no hubo tiempo de nada. Habíamos dormido unas cuantas horas antes de nuestro pleito. Atrás había quedado la madrugada. Los dos teníamos sueño y ganas de dormir en casa. En ese tiempo no estaba enterada que Juan no tenía casa, lo supe después. Los muy exigentes podían llamar cuchitril al cuarto que tengo por casa, pero para mí no dejaría de ser el hogar donde esa mañana intentaba conciliar el sueño; cosa que logré enseguida.

Con el paso del tiempo terminamos viviendo juntos. Juan no tenía casa —ya lo dije—, salvo la de sus padres que vivían en un pueblo perdido en las sierras lejanas de Oaxaca. Comenzó a hospedarse en mi casa. Creo que esa es la palabra exacta; Juan era un huésped. Yo no necesito de amantes ni de padrotes. Para regalar el dinero basta con lo que reparto al dueño de la cantina y a las autoridades. Cuando salía franco se quedaba a dormir en mi casa. Recuerdo que también comenzó a detestar los hoteles. Nunca me entregó gasto, ni yo se lo pedí

para no crearme responsabilidades. Tampoco existía ni siquiera una muda de ropa en la casa. Lo que sí trajo fue una pistola de cachas plateadas que el presidente les regaló en una celebración del día del ejército. Me la dejó encargada una buena temporada. Por eso puedo decir que era linda, la verdad. Tenía dos armas; la pistola de cachas plateadas, según me dijo era un 38 súper; y otra dorada, calibre 22 que parecía de juguete y que siempre traía en la bolsa de la camisa sin peligro de que se notara. Pero la que me dejó encargada por un tiempo fue la grande, de la pistola pequeña no se desprendía. Nunca sabe cuándo puede ser necesaria, repetía siempre. Cuando se quedaba conmigo solo venía a dormir. Se emborrachaba y no hacíamos nada de pirueta en la cama. Como no me quería por la noche, podía irme tranquila al Paraíso. Volvía por la mañana después de trabajar y lo encontraba empapado de sudor, con los dientes apretados y los músculos de su cara tensos. Juan no se daba cuenta de mi presencia. Siempre llego sin hacer ruido, pues en la vecindad donde vivo son muy chocantes y prefiero no molestar. Llegaba sigilosamente y lo encontraba perdido entre el alcohol y sus sueños. Hablaba de los que sucedía en sus pesadillas. De un camión que le tocó conducir, pero siempre terminaba hablando de mucho fuego. Yo sé que la vida en los cuarteles es muy dura; el adiestramiento y la disciplina militar no son cualquier cosa. Mis amigas que andan con Juanes me platican que, en las prácticas de lanzamiento de granadas, hay soldados que se quedan paralizados sin poder arrojarlas. Otros hasta se zurren del miedo que les provocan ciertas pruebas. Por ese tiempo su persona ya me interesaba y estaba dispuesta a comprender la angustia que existía en sus sueños.

Casi siempre andaba de campaña en las sierras del sureste. A su regreso pasaba varias noches seguidas en la casa. No

me causaba sorpresa encontrarlo tendido en mi cama cuando volvía de trabajar en la cantina. Cierta ocasión trajo una bolsa de plástico llena de hongos; unos blancos y otros rosas. Me preguntó si quería probarlos y, quizá por curiosa o porque no tenía nada que hacer, ese día los probé. Era un lunes terriblemente aburrido. Ignoraba que comprendería un poco más acerca de sus sueños. Hasta entonces solo conocía sus murmullos. Me pidió un poco de miel y como no tenía disolvió un poco de azúcar con agua. Quedó un jarabe espeso, enseguida partió un hongo y después de untarlo con el melado, comenzamos a comerlos. No sé cuántas cosas de esas tragamos. Solo recuerdo que las orejas me crecieron y comencé a escuchar hasta el ruido más pequeño de la vecindad. Además de encontrar varios olores en el aire. Nos pusimos a platicar de cosas; del palpar del piso, de la pared que se incrustaba en mis ojos. No supe cómo llegamos a una situación que seguramente ninguno de nosotros esperaba. Me agradeció que le permitiera verse en mis ojos. En efecto nunca miraba mi cara, se buscaba en mis pupilas. Hace un par de años, me contó, me extravié durante una expedición. Desde entonces, aunque reconozco mi propio cuerpo, me resulta extraño. Creo que es mi mente la que me resulta ajena. No hice caso de sus palabras y creo que le permití buscarse en mi mirada cuántas veces quisiera. También le pregunté a quién les pedía perdón. Comenzó a llorar antes de responder. Entre los sollozos pude entender que había manejado un camión con una gran cantidad de cadáveres, mucho de los cuales no estaban totalmente muertos. Se tapó las orejas como si recordara los lamentos de las personas que transportó. Me platicó que los llevó a un depósito para que los quemaran. Los hongos me estaban llenando de sueño, al mismo tiempo sentía la necesidad de acariciarlo para que dejara de llorar, pero estiraba la mano

y seguía extendiéndose sin poder alcanzar su cara. No pude tranquilizarlo. Terminó diciendo que les habían disparado a todos, no solo a los estudiantes sino también a sus compañeros. Todo eso no pasa de ser una pesadilla. Sí, me dijo, una gran pesadilla que soñamos muchos. Su forma de llorar lastimaba mis oídos, quise consolarlo, como aquella vez cuando empezó a pedir perdón. Lo desvestí y busqué su miembro para chupárselo, comencé a hacerlo, pero, no recuerdo si terminamos; me quedé dormida. Al día siguiente se me olvidó su plática. Andaba medio atontada todavía por culpa de los hongos. Juan juntó los hongos que sobraron en la bolsa y me dijo que tenía que entregarlos y se fue. Yo no pude salir a la calle ese día, pero él ya estaba acostumbrado. Desde esa noche, ya no fui la misma y mis amigas de la cantina, aunque lo notaron, no dijeron nada.

Después de conocer la historia enterrada entre los murmullos de Juan, supe que no era un sueño, sino un recuerdo que su mente no podía borrar. Comprendí su intranquilidad. Dormía con la pistola plateada encima del pecho. Me comentó que alguien quería deshacerse de su persona. A menudo hablaba de ciertas sombras que lo acosaban. Son las almas de las personas que llevaste a quemar, le dije de broma, pero creo le atiné a la verdad. Desafortunadamente soy católica, por eso me dio tristeza que alguien creyera en remordimientos. Me hubiera gustado crecer sin estas creencias, para no cargarle más peso a mi existencia. Juan también se parecía mucho a mí; solo que los acontecimientos que lo mortificaban eran recientes; por eso comenzó a consumir cada día más drogas; yo sabía que le gustaba el alcohol, luego supe de la marihuana y finalmente de los hongos. No sé si frecuentaba otras cosas, lo que sí es cierto es que las necesitaba para apaciguar su alma.

Esa noche en la cantina ya tenía los nervios hechos trizas. Entró, como a menudo sucede durante las noches, uno de esos agentes de la policía secreta. Con lentes oscuros y chamarra negra. Se recargó en la barra y desde ahí observó por el espejo a los presentes. Detrás de sus lentes mueven los ojos y uno nunca sabe que buscan. Juan se alteró en cuanto lo vio, pues creyó que lo buscaban. Apenas noté que sacó la pistola por debajo de la mesa. Si se acerca, dijo en voz baja; me lo llevo por delante. Quitó el seguro de la pistola mientras fingía que me acariciaba las piernas. No, Juan, no viene por ti, le dije. Los judiciales entran todas las noches; así que mejor cálmate. Hizo el intento sin lograrlo. Comenzó a sudar y, finalmente, sus nervios lo traicionaron. El judicial se dirigió a la salida para abandonar el lugar. Juan se levantó de la silla y de unos cuantos pasos se colocó a su espalda y le apuntó con la pistola. El judicial, que ya lo había visto, no quiso sacar su arma.

—¡Quédate quieto! —dijo Juan sin que lo oyeran en la cantina, pues el grupo musical continuaba tocando.

—¿Qué cosa quiere, amigo? —le preguntó el judicial, mirándolo de frente.

—¿Quién te mandó a buscarme?

—Yo no lo estoy buscando —respondió el judicial.

—¡Cómo chingaos no! —gritó Juan—. Toda esta semana me han seguido. ¡Díganme de una vez qué es lo que buscan!

Recuerdo esos momentos y aún me siento escalofrío. Esa noche en la cantina la parca agitó sus alas. Si Juan disparaba, seguramente los compañeros del judicial lo harían pedazos. Pues siempre queda un vehículo afuera con otros compañeros y, aunque no pude reconocerlo, dentro de la cantina estaría su pareja. Mientras trataba de localizarlo escuché un grito y enseguida vi que Juan se doblaba. El judicial lo derrumbó con

varias patadas en la cabeza. Alguien levantó la pistola de Juan. Los demás policías entraron para golpearlo y dejarlo lleno de sangre y sin sentido. Después lo sacaron de la cantina y se lo llevaron al auto. Ni siquiera lo seguí; una compañera me clavo las uñas para indicarme que debía quedarme quieta. Después me platicaron lo sucedido. Uno de los cantineros golpeó el antebrazo de Juan con un tubo y soltó la pistola. Después vino la lluvia de patadas que lo dejó inconsciente. Supe por sus amigos del ejército, que los judiciales lo soltaron días después. Salió todo cambiado, pues los agentes se desquitaban por amenazar a su compañero. Como era soldado, solo lo acusaron de estar borracho. Después me enteré, también por uno de sus compañeros, que regresó al ejército y que su batallón salió enseguida en campaña contra el cultivo de marihuana. Finalmente me contaron la historia de un accidente. Se desbarrancó, dijeron, pues el helicóptero no esperó a que estuviera en tierra firme. Igual pudieron haber dicho que murió en una borrachera. La cuestión es que su ausencia no deja de ser cierta.

Después de su muerte fui poniendo un poco de atención a la realidad. Llegaron a mis manos esos volantes que reparten los brigadistas hablando de las injusticias en este país. Sobre todo, me impresiona la protesta por la matanza de estudiantes. Ahora se habla de un posible golpe de estado por parte del ejército, para derrocar al presidente y al gobierno que ya no pueden controlar la situación. También ahora me queda claro porque los murmullos del sueño que tenía Juan terminaron por devorarlo; todo era parte de la realidad. Desde entonces la ciudad amanece más nublada. Las paredes y las banquetas, a veces humedecidas por un rocío como lágrimas, están colmadas de propaganda. Nuestra ciudad se inunda de pesadillas y dentro del caos se murmuran verdades que no permiten dormir del todo

bien. A ustedes les he contado estas cosas, porque me inspiran confianza. Me imagino que su presencia en esta vecindad tiene que ver con todo lo que sucede en este país, donde parece que todavía no terminan los días del sueño.

Piel curtida

A Arturo Trejo Villafuerte, in memoriam.

*

Mamá no puede ocultar la realidad por más palabras que le ponga encima. Hoy me ha dicho: hijo, ve por agua porque tu tata no podrá traerla. Agarré los guajes, hice una mueca y salí con la cara hecha piedra. Lo que en realidad quiso decirme es que mi tata está muerto, y que me aleja de la casa para que ella pueda ir a la plaza, a la presidencia, en donde están los cadáveres. Lllaman a esta sierra mágica, a lo mejor el color verde sí lo es, pero nuestra esperanza no. Agua, esa sí que es toda milagro. Mamá y sus palabras no saben acallar el dolor. Agua.

**

María vendrá... ya no podré verle la cara, pero vendrá y mirará lo que queda de mí. Sé que guardará sus lágrimas en lo más profundo de su pecho... ese pecho que acariciaba con mis manos y que siempre estuvo dispuesto para abrigarme y al hacerlo borraba los malos ratos que uno tiene como hombre. Siempre la supe hermanada con las sombras, pero sonreía con tal gusto que sus dientes eran un racimo de soles por encima de la terquedad. Ven, amor mío, con tus sombras y con tu luz.

Artemio fue por agua. Tenía que ocuparlo en algo, en alguna cosa y el río está lejos porque lleva sus aguas para otros pueblos y nosotros tenemos que perseguirlo. Aquí, si el cielo no manda unas agüitas, la tierra se seca y la semilla se muere: una planta no puede chupar la sangre de la tierra. El maíz nunca crecerá así, prefiere pudrirse o ser comido por el gorgojo.

*

Solo pude cargar dos guajes, agua para un día: la suficiente para beber y hervir la semilla... para hervir el fríjol y después comerlo con huevos que pongan las gallinas —cuando les dé su regalada gana—, y unas tortillas. Sí, para poner a cocer el fríjol para comerlo con tortillas y unos huevos que pongan las gallinas cuando les dé su regalada gana. En cambio, en casa de don Lucas, comen eso y mucho más. En la cocina siempre hay manteca y carne de cerdo recién muerto. Toman leche todos los días porque tienen vacas y nosotros no. Su casa es muy grande, con jardines y lámparas; además, don Lucas siempre trae ropa nueva, pero de qué le sirve tener todo eso, si en el pueblo nadie lo quiere. De verdad es una persona odiosa, hasta yo lo odio, porque se encierra en su casa rodeado de guardias y de una cerca de alambre de púas, para comer sin que nadie le moleste. Mucha gente planea matarlo y creo que lo harán en cualquier rato, pues le echan la culpa de sus problemas... Bueno, de nuestras pobrezaas. Lo bonito sería que todos tuviéramos lo suficiente para vivir, para no sentir odio y no tener que matar a nadie por la comida.

**

Se ha quedado sola. La vida será mucho más difícil y Artemio es todavía un niño. Apenas se va curtiendo y en muy poco podrá ayudarla. Si uno que ya se hizo recio en el trabajo del campo tiene todavía sus malos momentos y se acobarda de repente, imagínese un niño. Es que no siempre se sabe en qué mañana está viviendo uno. A veces hasta uno anda haciendo pacto con el diablo para que se compongan las cosas, aunque el asunto no es cuestión de creencia, sino de política, como dice la gente. Si por Dios fuera la situación mejoraría, pero se trata de injusticias, de gente que quiere tener todo y que, para lograrlo, no le importa fregar a otros. Y ni modo, nos vamos acostumbrando a mendigar.

Ya era tarde, desgranaba el maíz para ponerlo en la lumbre. Afuera el perro comenzó a ladrar y salí para ver quién era.

—¿María?

—Sí, soy yo.

—Se le espera mañana en la presidencia para recibir noticias de su esposo.

—¿A qué hora?

—Por la mañana.

—¿Cómo está?

—Mejor que nunca...

Eso dijo el mensajero, soltando una risa insoportable. “Mal-di-tos-mil-veces-mal-di-tos”, repetía incesante mi pecho. Me salió el odio por los ojos. El fulano no aguantó que lo mirara, dio media vuelta y se fue. Y yo tuve que soportar toda esta larga noche.

*

Yo me di cuenta de todo. No estaba dormido como piensa mi mamá. Sería antes de la malora. Estaba en mi catre moviéndome de un lado para otro con harto miedo, porque oía chiflar a las lechuzas y pensaba que eran las brujas. Me destapaba tantito la cara y veía el cielo lleno de estrellas y los pájaros volando sin encontrar su nido. Primero vi una luz que se acercaba a la casa, después escuché el ruido del motor; se detuvo cerca de la puerta y bajaron cuatro hombres. Entre la oscuridad parecían siluetas. Con la luz de la luna pude ver que las siluetas traían rifles en sus manos.

**

Ellos están hechos de palo. Cuando estas tierras eran mejores todo se daba, cualquier semilla se lograba y entre nuestros abuelos no existían pleitos. Pero que mandan a sus cerdos uniformados a rociar balas y que “de aquí para acá es del gobierno y lo que sobra se lo reparten”. Y ni modo de contestarle a los soldados. Hubo algunos que lo hicieron, pero duraron muy poco: don Melitón que se adentró al monte buscando su vieja carabina, y el tiempo se la cambió por un fierro oxidado; a él y a otros los quebraron en la plaza, frente a la gente. Ya muertos los arrastraron para sacarlos del pueblo y el camino se iba llenado de sangre, quedando un pedazo de manta, un pedazo de carne y uno solo rezaba para que Dios los recibiera en su gloria. Yo en ese tiempo apenas era un chamaco y no había visto nada. De haber abierto los ojos desde ese momento a la maldad, nada de esto hubiera pasado.

Cuando unos desesperados lo invitaban al monte, él decía que no le veía chiste, que no podía dejarnos solos. Tampoco participaba en eso de entregar o leer pasquines contra el presidente municipal; nunca vociferó ni le envidió lo mucho que tiene, él vivía para la tierra. Aunque sí escuchaba muy atento las pláticas y quedaba convencido; pero, aun así, le tenía muy poca fe a las armas. Además, nos tenía a nosotros y no quería causarnos tristezas mayores. Los que se iban al monte eran asesinados como perros, lo bueno es que algunas veces ellos también mataban.

*

Entraron a la casa pateando la puerta. Quebraron la tranca. Cuando mi tata apenas se andaba poniendo los pantalones, ellos ya estaban adentro alumbrando con una lámpara y dándole de golpes para sacarlo afuera de la casa. Mamá María no podía hacer nada, únicamente lloraba y les pedía que no lo golpearan. Yo estaba mudo de frío, de miedo, porque no entendía nada. Sacaron a mi tata sin camisa, sin fuerzas y con sangre en la cara y lo subieron al Jeep. Mamá se quedó llorando, hincada frente a la virgen, rogándole para que no le hicieran daño a su esposo, a mi tata. Esa noche tan negra todo quedó en calma, menos el corazón de los ofendidos.

**

Nosotros estamos desesperados, compadre, pero ellos están más. No se explican de dónde les brotó la lepra; el chiste es que el cuerpo se les cae en pedazos y ellos no quieren quedarse con los puros huesos. Sí, así fue. Poco a poco escuché voces llenas de miedo. Hay que cuidar el pellejo y ahorita la única forma de hacerlo es estando con el bando que tiene más armas. Pero uno

que se va a aventar a lo tarugo por defender al gobierno nada más por tener seguridad, como si la vida del gusano valiera más que el vuelo de los pájaros o de las mariposas. Y ni modo, se daban de alta en el ejército y los mandaban morir lejos, dejando a la mujer con sus hijos en los jacales, sin el sustento para poder mirar el son con el alma tranquila.

Te ruego, Señor, que mandes un rayo de luz a tu pobre humanidad. Él ha sido un hombre bueno, amante de la tierra y de sus prójimos. No permitas que ellos le hagan daño y con mis lágrimas te pagaré. Recuerda que dependemos de él. Alumbra la cabeza de los ambiciosos que trituran a tus hijos y destruyen tu reino y tu fe. Para nosotros eres la salvación y también para ellos, los ingratos.

*

Mamá María me mintió. Me dijo que mi tata salió temprano, porque no quiere que yo sepa la verdad, que las cosas no andan bien. Pero, aun así, amaneció. Se lo llevaron quién sabe a dónde. Cuando fui a moler el nixtamal me di cuenta de que el pueblo estaba lleno de soldados, más que antes. Aparecían, siempre cargando su rifle atrás. Se les notaba que sus manos querían disparar y desaparecer las casas, la iglesia, a la gente del pueblo. Se les notaba el odio en los ojos, la maldad en todo su cuerpo.

**

¿Pero qué daño pueden hacer los machetazos de un ciego?
¿Cómo puede librar el hoyo un lisiado, si va rodando derechito a él? Muchos y ninguno porque al primer golpe el cuerpo se hace fuerte. Al primer silencio la verdad se va gritando con más

fuerza que la utilizada para arrancar de un tirón nuestra lengua. Y por eso uno se va alegrando, porque es como si nuestra sangre fuera alumbrando el camino para los hijos y para los nietos que son los verdaderos dueños de esta tierra. Y así es con todos. Va pasando uno por uno y ellos se envalentonan y nos revientan los ojos o se divierten al cortar nuestros dedos con el machete. Uno se queda quieto y serio, pues en lugar de ser nosotros los destrozados, entre ellos mismos se mutilan. Y siguen con el machete en alto y como están ciegos continúan tirando machetazos. ¿Pero qué daño pueden hacer los machetazos de un ciego si nuestro cuerpo ya llegó a sus límites de destrucción y ellos no se detienen y no descubren que los golpes caen en ellos mismos? La choza queda llena de quejidos, los soldados salen después de gastar sus fuerzas inútilmente.

Tierra amarilla, cegadora. Inquieta como el polvo de cadáveres sin reposo. El pueblo se muere en un silencio asfixiante. El viento sopla y levanta la tierra. El polvo cae y muere. Navega de nuevo y se prende al cuerpo, a la piel curtida y morena. A los ojos llorosos por su culpa. En pueblo entero bañado de un sol extraño. Dientes y saliva bañados de tierra salada que reseca los labios. Aquí vamos por las noticias, tristemente muertas, con el alma revolcada. Sudor y tierra alimentada de huesos. Tierra que bebe sangre. El suelo se agrieta de resequedad. Abre su boca la tierra para beber, no lluvia sino lágrimas. ¿Lágrimas ha de beber esta tierra? ¿Por cuánto tiempo? Solo mientras exista sangre, solo mientras la piel se curte.

*

Han pasado dos noches desde que mi mamá hizo una vela-dora con un poco de sebo que tenía. La encendió y la puso encima de la repisa y gran parte de la noche la luz estuvo alumbrando la cara de la virgen. Es que mi mamá presentía algo malo. Hasta los pájaros lo sabían porque en el monte estaban inquietos. Cantaban brincando sobre las ramas. Mi tata decía que los pájaros negros dibujaban la muerte cuando volaban desordenadamente y que cuando callaban, era que la muerte ya había llegado.

**

Se me ha dormido el cuerpo. El aire entra, pero no penetra estas carnes tan maltratadas. A mis lados, parte del pueblo se está muriendo, se queja por última vez. Los árboles se miran, me arrullan con sus lágrimas caídas. Cantan los pájaros su himno de huida, entonan su despedida de esta tierra. ¿Quién de nosotros tuviera alas para dejar este lugar? Nadie. Somos árboles con raíces eternas, si nos vamos a otro lugar nos secamos. Más vale que en nuestra propia tierra nos hagan leña.

Los rezos no me devolvían el sueño. Miraba lejana una luz por la rendija de la puerta, después ya no pude contemplarla y entró un viento helado. Mi piel se puso chinita y mis ojos mudos. Grité porque mi corazón fue una piedra, mi cuerpo una madera astillada. Estoy segura de que no fue un sueño. Fue la desesperación de una bestia marcada con el metal caliente. Fueron imágenes que me comunicaron con él. Lo vi convertido en un pez. Nadaba en un lago y de pronto fue echado a la tierra

con otros peces. Lo veía y estiré mis manos para agarrarlo y devolverlo al agua. Pero mis manos nunca se acercaron. Él se contorsionaba sobre la tierra y moría en constante movimiento. Fue cuando grité, porque él dejó de moverse y abrió la boca.

*

En esta época el sol no descansa, la tierra se pone amarilla y abre a mediodía. Es cuando a mis pies les salen unos cueros negros y duros y se me agrietan, también puedo ver cómo palpita y sufre mi carne. También se seca la noria y mueren todos los sapos. En el fondo se va haciendo lodo con la tierra porque el agua poco a poco se consume. Si uno mete la tina saldrá más tierra que agua. Y eso no se puede beber. Mi tata mejor se iba hasta el río a traer unas cuatro latas de agua en el burro, dos de cada lado y atadas en el lomo o en la cabrilla con unos mecates. Así que no podemos sacar agua de la noria, porque mi tata decía que eran los orines de los caballos, de los burros y de los cristianos, lo que se hallaba en el fondo.

**

Para mí ya se detuvo el tiempo. Los míos todavía verán el amanecer y la noche. Sentirán frío, hambre, vergüenza y coraje. Ya son del destino y no de la muerte. Si estuviera con ellos lloraríamos juntos, tomaríamos el atole alrededor de la lumbré, contemplaríamos cómo se inflan las tortillas en el comal y veríamos los leños arder y convertirse en cenizas. Miraría la cara morena de María, su risa plateada, sus manos lavando el nixtamal. O las chingüillas en los ojos de Artemio, lo miraría tomar la tina y agarrar el camino para ir al molino. Y vería a María echar agua al patio y barrer la suciedad de las gallinas

y las hojas secas. Miraría nuestra pobreza. Pero ya no podré...
Por culpa de los hombres de palo.

La iglesia está sola, con las puertas cerradas para que no entre el dolor y la angustia. En la plaza pasean unas hojas amarillas y quebradas que nadie va a barrer por ahora. En la entrada esperan otras mujeres, también fueron llamadas. Pasen, dijo una voz y atravesamos la presidencia. Ya no había ningún retrato del presidente, sino fusiles recargados en la pared. En el escritorio únicamente se veían unas botas negras y sucias, tan enormes que daban miedo. No se podía ver a quién pertenecían. “Espero que ustedes entiendan, son mujeres y serán menos testarudas, espero”. Ni más ni menos palabras. Un guardia tomó las llaves que alguien le dio y aquí vamos todas. Menos una que no pudo contener sus lágrimas y la abofetearon para sacarle la muina. Nosotras aquí vamos. Mordiéndonos la rabia. Alguien se dispone a abrir la puerta y es cuando se detiene el ruido que hace el corazón.

*

A veces me duele el pecho y me empuja unas lágrimas a los ojos y tuerzo la boca. Es el dolor, decía mi tata. “Aguántese, apriétese el pecho porque dirán los hombres que usted es un cobarde; ni frente a una mujer derrame sus lágrimas, llore a solas para llorar a gusto”. Pero en donde la tristeza me rompe el pecho, ahí merito la dejo salir para que se me vaya secando el cuerpo. Y pruebo mi llanto, tata, lo pruebo con mi lengua para nunca olvidar estos fugaces dolores, porque yo sé que pronto irá amaneciendo sin nadita de maldad.

**

La siento cerca. En medio de esta oscuridad que va llenando mis pensamientos. La siento. Su cuerpo avanza hacia mí. Se escuchan otros pasos, otras desgracias. Ahí están detrás de la puerta. Toman aire preparándose a lo peor. Se escucha un manotazo de llaves y una que entra al candado. La puerta se abre lentamente y penetra un rayo de luz que va creciendo. Veo las sombras de tierra que se desmoronan, en su cara la mueca de espanto, sorpresa-espanto-sorpresa-angustia, quietos en el piso; en el piso la fe, la desgracia quieta ahogando las palabras, el grito, el grito mudo que retumba en la conciencia... Quebrada, quebrada el alma. María, María mujer, escúchame estatua del dolor. Camina para borrar el dolor presente, trasládame, estira tus manos y agarra con ternura mi cabeza que aún conserva los ojos abiertos, ciérramelos. Borra mis nervios duros, mis gestos de impotencia... Escúchame; no tengo cuerpo, ellos me decapitaron, quemaron mi cuerpo después de atormentarlo, de golpearlo, de quebrarlo, lo mataron y mi cabeza aquí está, viva, pensando junto con otras, mientras no se acabe el aire. Mi cabeza, sangrando del cuello, sin ganas de cerrar los ojos, de no ser por amor. Escúchame: agarra mi cabeza y échala al morral de ixtle y vete con las otras mujeres al campo. No, no la entierres, siémbrales. Siémbrales para que nazcan millares. Siémbrales para que crezcan toneladas.

Te miro y tu sangre estancada se filtra a través de mis ojos hasta llegar a mi alma sin lastimarme. En este justo momento acabas de dejar de pensar en mí. Cuando pensé quedarme sola y débil, sucedió lo contrario. Durante todo el camino traía la lengua inquieta. Moviéndola de un lado para otro, tratando de borrar

la saliva triste, de acostumbrarme a la noticia de tu muerte. Imaginé que un padecer extraño inundaría todo mi cuerpo y cuando estaba dispuesta para abandonarme al dolor, se fue tardando demasiado en llegar, que si llegó no me di cuenta. Te miro y ahora es como si cada lágrima que pensé llorarte se me fuera acumulando y convirtiendo en coraje. Porque a veces la muina es silenciosa.

Los temerosos nos rodean, protegidos con su valentía de miedo; empuñando las armas quieren perpetuarse a la tierra cuando ya sus raíces están, más que podridas, deshechas. Tú y yo siempre estaremos juntos, a pesar del odio que me declaran y que nos declaran, te acaricio los cabellos porque nuestra esperanza es callada pero cierta. Y mientras tus ojos se deshacen en la oscuridad, te declaro mi amor porque tantos golpes, tantas vidas segadas alrededor solo te han dado mayor fuerza. Ellos creen que con tu cuerpo despedazado se salvarán, como si el tiempo no uniera más fuertemente tu carne. Esa es nuestra única ventaja, saber que los días nos brindan la resurrección de los cuerpos y que no hay carne sin alma. Por eso, con estas lágrimas esperanzadas que no salen más de mi ser, sino del mundo, me dedico a acariciarte la inmensa fe que brota de tu hermosa piel curtida.

Los viajes de Juanita Martínez

A Hernán Lara Zavala, in memoriam.

La lluvia caía con una persistencia antigua, como si la ciudad arrastrara una tristeza que no alcanza a nombrarse. En los patios de la Escuela de Enfermería, el agua se detenía en pequeños charcos turbios, reflejando fragmentos de cielo gris y de un tiempo convulso que parecía no tener tregua. A lo lejos, entre los muros ocupados por soldados, la vida continua en una tensión muda, rota apenas por los ecos de risas ásperas, órdenes secas y el golpe irregular de piedras contra un cuerpo indefenso.

El soldado despertó sobresaltado por un grito que cruzó la cerca como una pedrada. Porque ese pelón sabía mucho de lanzar piedras desde chamaco, cuando no quedaba a salvo ningún compañerito de andar descalabrado por obra y gracia de su santa puntería. Había estado dormitando, vencido por el cansancio de la noche, ajeno por un momento a la vigilancia que le correspondía. Más tarde llegaría dos elementos más y entonces no tendría que estar descuidado ni dormitando por ningún motivo, porque entre los sardos, no había solidaridad y el que no empujaba, te abollaba los talones con los protectores de las botas. Ese calzado que tenían que estar reluciente y con sus blancas escaleras tejidos por las enormes agujetas,

pero malditas suelas y malditos estoperoles; con esas botas se pisaban tan bien, aunque estuvieras flaco, que con un pisotón te sacaban un grito o un quejido, directo al cielo.

El soldado se incorporó con torpeza, limpiándose el rastro de sueño de su rostro, cubierto con una ligera barba del día anterior. Desde fuera, vino el grito y un poco de sorna. El otro —un granadero de voz gruesa— lo miraba burlón, porque su noche había sido mucho mejor en el autobús, con las patas estiradas y con los botines desabrochados a medias, porque también en su agrupación había compañeros desgraciados que eran capaces de dejarte descalzo en plena madrugada y te botaban el calzado en cualquier alcantarilla y, además del regaño de jefe de sector o del comandante, tenías que soportar la pestilencia o el paisaje de unos tristes y agujerados calcetines del compañero granadero.

—¿Otra reta para entrar en calor? —le dijo al sardo

—Sale, en cuanto lleguen mis relevos, empezamos —respondió el sardo—. ¿Apostamos otra caguama por cabeza?

—Oki doki, pero solo cuentan las cabezas de arriba, no vayas a querer cobrarme las de más abajo.

El soldado asintió, aún atrapado entre el tedio y la costumbre. Por esa razón no le pintó unas cremas al granadero. Aquella rutina brutal, disfrazada de juego, le resultaba ya familiar: lanzar piedras contra el burro blanco, ese animal que corría confundido dentro del corral, sin entender la lógica del castigo. Cada impacto arrancaba risas, cada esquiva, una nueva ronda. La crueldad se había vuelto una forma de entretenimiento bajo el cielo encapotado.

Desde la barda, las estudiantes observaban. Entre ellas, Juanita —la misericordiosa, como la llamaban en casa— sentía cómo la rabia le subía como una fiebre lenta. Tenía apenas die-

ciocho años, pero en su mirada había una conciencia que la edad no explicaba. La lluvia tenue todavía, le mojaba el cabello, se le resbalaba por el cuello del uniforme guinda y blanco, tan elegante ella bajo un amanecer tristón, pero no se movía. Había algo en aquella escena que le dolía más allá de lo visible. Un recuerdo doloroso que arrastraba desde su tierna infancia, que tuvo de todo, menos ternura. Y las primeras muestras de amor, fueron tan parcas, que no tiene ni la más mínima idea de lo que podría ser el cariño invertido en el alma de una niña.

—¡Déjelo en paz! —gritó una de sus compañeras.

Las palabras se deshicieron en el aire húmedo, inútiles, como hojas arrastradas por el viento en las cuales nadie piensa, pues la basura lleva otros materiales en la ciudad. Si las hojas cayeran en el campo, quizá alguien las juntara para ponerlas el pie de alguna planta, del sueño impasible de un árbol en prospecto. Juanita apretó los puños. El burro no era solo un animal: era símbolo, compañía, reflejo de quienes, como ellas, resistían desde la humildad y la esperanza. Verlo reducido a blanco de las pedradas era como presenciar una metáfora cruel de lo que también les ocurría a ellos. Porque, cómo era posible, que hubieran tomado la escuela por orden del gobierno y de paso, los soldados se divirtieran aporreando a la mascota de los politécnicos. Ya era el cinismo más desdichado y Juanita no podía concebir tanta falta de humanidad. No en vano, al igual que sus compañeras, llevaba en el alma, el firme propósito de convertirse en enfermera y de aprender todo lo necesario para aliviar el dolor de los demás.

La ciudad entera parecía latir bajo esa misma lógica: un lugar donde la violencia se ejercía sin pudor, donde las voces jóvenes eran contenidas como lluvia atrapada en las alcantarillas. Ante las tanquetas, un canto latinoamericano. Ante

los garrotazos de los granaderos, un saludo y unas monedas depositadas con la mayor solidaridad del mundo en los botes de los brigadistas. Ojalá, pensaba el ciudadano común, les alcance para un taco. Pero los estudiantes eran tan nobles, que eran incapaces de mancillar los sellos y con las recabado en cada colecta, se compraban los insumos para imprimir más volantes, más carteles para que la verdad fuera avanzando de centímetro en centímetro. No se aspiraba a más, porque se tenía que ser realista. Que los enajenantes de siempre, enarbolaran sus mentiras; el futuro no tendría perdón para ellos. Porque, nadie ponía en duda que el Futuro, algún día, se acercaría al horizonte de esa juventud tan dispuesta a soñar que terminaba por aturdir a las mentes simiescas.

Días después de la toma del Casco de Santo Tomás, el cielo no cambió. La lluvia seguía cayendo, aunque ahora era más fina, casi imperceptible. Juanita y sus compañeras subieron al camión con una mezcla de entusiasmo y nerviosismo. Desde la última asamblea del comité de Huelga de la escuela de Enfermería, acordaron acudir al mitin del 2 de octubre en Tlatelolco. Quizá ante esa reunión multitudinaria, el gobierno terminaba por liberar a sus escuelas. No se trataban por igual a los estudiantes de la UNAM, que a los del Poli, Claro, sus orígenes eran muy distintos. Pero, también se pensaba que el gobierno quería confrontar a los alumnos de unas escuelas contra los otros. Para que volvieran al pasado inmediato, donde los estudiantes del Poli no podían marchar, codo a codo, con los estudiantes de la UNAM. Las autoridades hacían muy bien su trabajo. Separa, corta, divide el sueño de la juventud, para que no tengamos que reprimirlos a todos. Ellas, las estudiantes de enfermería, iban uniformadas, ordenadas, como si la disciplina pudiera protegerlas de lo desconocido.

—¿Van a la marcha? —preguntó el chofer, mirándolas por el retrovisor.

—Sí —respondió una de ellas—. Solo llévenos.

—Con gusto, señoritas; pero les pido de favor que no maltraten la unidad. Es mi fuente de trabajo.

—Ya ves, Juanita, enseguida te vieron la cara de malandrín...

Algunas se rieron y se acomodaron en los primeros asientos. La mayoría de ellas no conocían canciones de protesta, pero si cantaban las melodías de Raphael. *¿Qué pasará, qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche.* Entonaron, con la mayor emoción que les era posible, las primeras estrofas. Otras compañeras, las que viajaban de pie, hacían el coro y hasta las caderas movían. Tomaron confianza y creyeron que podían llegar al mitin con una consigna muy clara. Claro que sería difícil que compartieran con los demás, su declaración de combate: pero en ninguna de ellas quedaba la menor duda de que hoy, sería su gran noche. El camión avanzó unas cuantas calles antes de ser detenido. El tiempo, desde ese instante, comenzó a diluirse en una sucesión de órdenes, silencios y miradas que evitaban encontrarse. Las obligaron a bajar y apenas tuvieron el valor de mirar las torretas de las patrullas que les iluminaba el rostro de azul y rojo. Luego se les pidió que se formaran y que entregaran sus datos personales, empezando por sus nombres, que ninguna pudo ocultar ni cambiar (lo llevaban escrito en el gafete oficial que engalanaba su uniforme de enfermeras del Poli), ante el personal de cierta delegación a donde fueron remitidas. Ahí aprendieron a tronarse los dedos y a preguntarse si sería grave su delito de encaminarse a una manifestación, a la cual ni siquiera llegaron. Todas sus dudas parecían perderse en legajos de papeles que manipulaban personas sin rostro.

El lugar al que las llevaron olía a encierro, a humedad vieja. Allí, el tiempo se volvió espeso, como si cada minuto se quedara suspendido en el aire. Nadie hablaba. El miedo, ese animal invisible, se instaló entre ellas. Qué ganas de volver a esa mañana fresca, frente a la escuela, aunque tuvieran que atestiguar el maltrato de un indefenso asno que solo recibía pedradas y no pastura ni agua.

Juanita pensaba, o al menos de hacía ilusiones de que pensaba. Pensaba en su casa, que no era suya porque ciertamente que estaban de arrimadas, pensaba en su tío, una persona asentada en sus creencias, que consideraba una gran ofensa pensar diferente, pensaba en la posibilidad —todavía lejana— de que todo aquello fuera un error. Pero también pensaba, en lo más profundo de su cabecita adolescente, que algo más grande estaba ocurriendo en el corazón de su patria, algo que ya no podría detenerse. De lo contrario, las autoridades no tendrían empacho de encerrar a unas sencillas y sensibles mujercitas que estudiaban enfermería. Juanita intuía en todo caso, si el pensamiento no le alcanzara para comprender los ríos de gente desbordada y la luz de tantas pancartas y el sentido cristalino de los volantes. Que eran tiempos de cambio y, ante eso, la única posibilidad era la incertidumbre. ¿Quién lo diría?

Cuando finalmente salieron de la Delegación, tuvieron que cubrir una cuota por la infracción del desorden civil, la tarde estaba muy avanzada, casi podría decirse que era la noche quien las recibía y que, salvo la deseado, ya no serían tan grande como lo habían cantado. Pero, a lo mejor sí, porque todo estaba por empezar. La ciudad era otra, aunque el olor a metralla y a sangre inocente no estuviera patentado dentro de las desgracias. Las calles, cerradas, pero los sueños abiertos a plenitud. Los rumores con la intensión de empujar el desaliento, pero la

mirada incansable, para jamás cerrarse ante la contemplación de tantas heridas.

—¿Dicen que hubo muertos, padre? —susurró una de las compañeras que las apoyó en el carro de su padre para alejarse de la Delegación y, desconociendo lo sucedido, querían despejar sus dudas durante el trayecto. Tres alumnas de enfermería acomodadas en el asiento trasero, y la cuarta, la hija rescatada por papá, en el asiento del copiloto, temerosa de preguntarle. Ya no pudieron asistir a la marcha, pero tenían otros compromisos con la vida y con la sociedad y, ante ellos, ninguna quería ausentarse, por eso pensaban llegar a cubrir el turno laboral en el hospital.

—Muchos —respondió el padre de su compañera y, sosteniendo el volante de su vehículo, se llevó el puño a la boca, como para no tener que levantarlo en señal de lucha. Sería un gesto inútil, porque el puño no llegaría más allá del toldo de su coche. Lo mordió también para contener la rabia y poner un dique a la tristeza que no quería compartir con esas niñas a las que quisieron asustar con su primera detención—. Muchos —repitió el conductor mirando a su hija, pero sin cobardía, más bien como si pronunciara el principio de una oración que será repetida de manera permanente, a pesar de que su voz saliera algo quebrada.

La lluvia aparecía con una constante necesidad, se calmaba como para permitir que el cielo recabara fuerzas. Ahora, la suave llovizna parecía venir desde dentro. Y, cada una de ellas, decidieron guardar sus pequeños paraguas de la frustración y se dejaron empapar por completo por todas las consignas de lucha que inundaban el cielo.

Más tarde, en la ambulancia, el mundo se redujo a lo urgente. A la llegada de Juanita, ni siquiera le permitieron checar su acceso ni comprobar su turno laboral. De inmediato fue

asignada a la Brigada de rescate: un médico, un auxiliar, dos enfermeras, un conductor. El motor rugía de manera doliente, nadie preguntaba nada. Era el primer viaje para todos ellos y en los años siguientes, se recordarían siempre en la misma situación, como si jamás pudieran abandonar el trayecto. Mientras atravesaban calles bloqueadas y sorteaban patrullas, si alguien se atrevía a mirar por las ventanillas de la ambulancia, emergían sombras hostiles dispuestas a extraviarlas del camino y alejarlas de su propósito. Al llegar, la orden fue clara:

—Hagámoslo rápido —dijo el doctor con toda su juventud a cuesta—. Y no volteen. Solo estamos aquí para rescatar, no lo olviden.

Pero Juanita volteó. Y no lo hizo por contrariar la orden del joven médico, sino porque cualquier persona quiere saber en dónde está parada o por cuáles sitios va transitando. Miró, o al menos, recordaría años más adelante, algo miró. Lo hizo apenas, de reojo, y lo que vio quedó grabado en su memoria con la nitidez de un relámpago: soldados apuntando a cuerpos inmóviles y a otros que aún se movían empujados por sus propios quejidos. La vida y la muerte compartiendo el mismo espacio, sin transición, sin consuelo. Dios, qué duro resulta a veces, tener la vista por partida doble. Un ojo lleva la vida al corazón y el otro, arrastra la verdad hacia la conciencia. Por suerte, en su pensamiento apareció la palabra Dios. Fuera de ese aliento solo quedaba la orden del médico.

Dentro del edificio el aire era denso. Caminar implicaba esquivar cuerpos y esquivar cuerpos era brincar sobre esperanzas caídas. Algunos ya no respondían; otros, apenas resistían. El chofer también iba detrás de ellos, decidido a cargar a cualquier herido que se le indicara.

—Llévense a este... —decía la voz esperanzada del médico. Enlazaban los brazos a su cuello y el cargador, auxiliar o chofer, se encorvaba para que el herido no se cayera, En el caso de las enfermeras que apenas podían con un herido, lo sostenían entre sus hombros y comenzaban a salir lo más pronto posible hacia la ambulancia.

—A este también... rápido.

Las manos de Juanita temblaban, pero no se detenían. Improvisaban camillas, cargaban, cubrían, asistían. La lluvia seguía cayendo allá afuera, pero ahí dentro eran otras tormentas: una de sangre, otra de miedo, la tormenta de la urgencia. A la que nunca se le dio cabida fue a la tormenta del cansancio.

En la ambulancia, el espacio era mínimo, los cuerpos demasiados, pero los que podían viajar sentados ahorraron espacio. Los demás, unos pocos, se dejaron en el piso del vehículo.

—Tomen los signos —ordenó una vez más el médico, asomándose por la ventanilla.

—Está muy frío... —murmuró Juanita a su compañera.

—Cúbrelo —le respondió y Juanita no tuvo que mirar a los lados, pues era obvio que no había ninguna frazada a la mano. Lo abrazó con toda su tibieza, lamentándose de que su cuerpo no tuviera más carnes y, por ende, más calor que pudiera brindar abrigo a un herido en una situación grave y en periodo de hipertermia.

El vehículo se sacudía como si también él sintiera el peso de lo que transportaba. Nadie le preguntó al chofer por qué se jaloneaba el vehículo, pero si lo hubieran hecho les hubiera respondido que no era falta de pericia al volante, sino que el avance era similar a esas ráfagas de corazones que latían sin ritmo. Nadie podía mirar afuera, solo el chofer y el médico que viajaban en el asiento delantero, con otro herido en medio

de ambos. No había mucho que mirar: la ciudad permanecía cerrada; adentro de la ambulancia, el tiempo transcurría a golpes cortos, como si los segundos fueran marcados por la tenue respiración de los heridos.

En el segundo de los trayectos realizados fue cuando los detuvieron. Los soldados abrieron la parte trasera y, sin explicaciones, se llevaron a dos heridos. Inspeccionaron rápido y nada más les llamó la atención.

—¡Oigan, pero...! —intentó decir alguien. Los soldados dejaron que la brigada de rescate siguiera su curso, sin responder siquiera, solo azotaron las puertas de la ambulancia en señal de que podían retirarse.

En aquellas horas, como sucedió en las tardes siguientes, nadie contaba con respuestas. Solo órdenes. Solo silencio después. Y con silencios, son muy pocas cosas las que pueden construirse. Hay que hablar, cantar si se pudiera. Los silencios solo levantan olvidos y el olvido jamás ha tenido ningún valor ni para las personas ni para ninguna sociedad. Se interrumpieron las acciones de las brigadas de rescata. Solo entonces Juanita pudo pensar en ella. Por fin, durante esa jornada de idas y venidas, se quedó inmóvil. Sin embargo, cumplidas sus tareas, se miraba a sí misma y caía en cuanta que algo más le faltaba por hacer: le esperaba otro viaje, solo que ignoraba hacia dónde marcharía y tampoco estaba enterada del por qué. Todas las escenas y los hechos, al igual que los pensamientos que tuvo, se salían de cualquier lógica, como si la realidad se le hubiera fragmentado para siempre y el desorden de su mente fuera definitivo. Faltaba una vuelta más por la vida. El itinerario de su memoria estaría incompleto y, entonces, si las cosas se quedaban así, ninguno de los días venideros, tendrían utilidad en su existencia.

Horas después, sentada en una banca, con el rostro cubierto entre las manos, comprendió que algo en ella también había cambiado. En la derrota que les promulgaban otros, ellas y sus compañeras habían cambiado. La lluvia, que antes caía sobre la ciudad, ahora parecía haberse instalado dentro de su memoria, repitiéndose una y otra vez, sin descanso. Ya no somos los mismos; ya descubrimos la senda que tendremos que recorrer.

Aquella noche —larga, interminable— no solo marcó el final de una jornada. Juanita pensaba que había concluido sus dos turnos: el primero de ellos, el académico, que interrumpió con la finalidad de asistir al mitin. luego quiso atender su turno laboral, para aplicar todo lo aprendido en la escuela, pero se integró a la Brigada de rescate y, aunque no estuvo de enfermera del hospital, si cuidó a los heridos que la vida le puso enfrente. No se pudo atender a todos, y eso era una verdadera calamidad, pero peor hubiera sido, no cuidar siquiera a uno solo. Fue un periplo que hizo a lado a sus propias desgracias, pero ahora estaba lista para ese nuevo viaje, ya no tendría que abordar un autobús de pasajeros ni una ambulancia. Ahora, en esa tranquila mañana, emprendió el viaje que le faltaba.

Así que llegó con los ojos de la memoria bien abiertos, al sitio que la esperaba para ofrecerle una tristeza más. Contempló aquel cielo gris en la distancia de su vida. Ahí estaba un profesor alegre que salía dispuesto a impartir sus clases a los alumnos de un saloncito rural. Ahí está Juanita. Una niña sonriente, porque el mundo parece ofrecerle la posibilidad de estudiar con su mismo padre. Además, estará en compañía de otros niños de las rancherías cercanas. Por su memoria se agolpan algunas mañanas así de bellas: gallinas picoteando en el patio, un fogón con la olla de café humeante, la masa que se

transforma en una tortilla que se salpica de sal y se dobla para alimentar los sueños de cada quién. Padre ha comprado por fin la burra y la trajo la noche anterior en medio de la lluvia. En el hoy de su recuerdo, Juanita escucha a su padre anunciando una lluvia tempranera. No importe. Ella quiere ir a la escuela y llegar a lado de su papá, el maestro. Los dos van montados en la burra que acaban de comprar y en un solo pago, pues le llegaron los pagos atrasados al profesor de la comunidad. *Que llueva, que llueva*, suena la ronda en su memoria y Juanita está a punto de cantar. *La virgen está en la...* El relámpago no provino del cielo, sino de una escopeta oculta en el monte. Por eso se molestaba con el maltrato que le daban al burrito blanco, la mascota del Poli que se guardaba en la Escuela de Enfermería. Juanita tuvo que esperar varios años para realizar este viaje al recuerdo indeleble de su infancia. Aquí, donde un disparo surge para cortar el trote de manera abrupta y la burra termina rodando por los suelos.

Ahí estaba ella, Juanita, una niña de escasos cinco años, cubierta de sangre y de los sesos de la bestia. Se limpiaba la cara y buscaba afanosamente al profesor para que siguiera el camino hacia la escuela y comenzaran su clase. Pero la suciedad de la cara le impidió dar con el cuerpo de su padre, que finalmente encontraron otras personas. Desde entonces, cerraba los ojos y volvía a su recuerdo para seguir buscándolo... le resultaba imposible. No podía pensar en ello. El dolor le había puesto una lлага en la memoria y nada podía mirar dentro de aquel suceso que se iba borrando, muy a su pesar.

Ahora, terminado ese viaje a la memoria de su niñez, recordado a la distancia sin visos de nostalgia y sin la sensación de pesadilla, le parecía pequeña su desgracia: una escuela sin maestro, una niña con un padre asesinado en aquella rancharía

donde la educación era vista como un peligro..., Juanita piensa que no ha sido tan grave recordar aquel grupo de chiquillos sin acceso a la precaria educación que las autoridades del estado simulan impartir. La distancia y la desmemoria de sus familiares no le ayudaban a mirar, pero, los sucesos de ahora le han abierto los ojos del alma. Era oportuno realizar aquel viaje a su niñez estropeada. Saber que fue una niña huérfana que emigró a la ciudad con sus hermanos y una madre sumida en el sacrificio de sacar a tres niños adelante. Presos los cuatro en un silencio absoluto: una situación que no ameritaba una gota de llanto porque, si se distraía con la tristeza, sería sencillo morir de hambre.

Atender esa realidad, tratando de escamotear el dolor y las imágenes de aquel suceso que sería registrado como el recuerdo de su primera muerte, quizá no eran tan fuerte como las recientes de ese 2 de octubre. La dimensión del dolor parecía no tener límites. Andar sin hogar, porque nunca más podría volver a la casa de su tío no solo marcaba un punto y aparte. Cuando menos tendría la posibilidad de caminar en busca de un techo. Otros, aquellos que se quedaron arrumbados en un suelo cubierto de humedad y de injusticia, ni siquiera tendrían la posibilidad de angustiarse ante tal desamparo. Para Juanita Martínez, esa jornada fue el inicio de una herida que el tiempo no ha logrado cerrar. Hay lluvias que no cesan nunca: unas caen en la conciencia, otras en los recuerdos que ya no sangran.

Las hendiduras del fuego

A Arturo Medellín Anaya, in memoriam.

Cuando llegué al departamento Miguelito abrió la puerta y, al mirarlo, algo en su rostro me recordó a su padre. Alicia no está, me dijo y me invitó a pasar. Sobre uno de los sillones de la sala había un montón de cubos de diferentes tamaños y colores. Al unir las piezas de plástico iba formando unas figuras muy singulares. Al contemplarlo con mayor detenimiento comprendí que era su expresión lo que me recordaba a su padre. El niño había heredado la belleza de la madre, pero intuí que la visión del mundo, pese a su lejanía, se la había inculcado su padre. Le pregunté por su madre y se limitó a responder que ya vendría. Ni siquiera intentó explicarme su ausencia o el motivo de su tardanza. Alicia —aquí debería decir la bella Alicia—, me llamó a la oficina por la mañana del miércoles y me pidió que fuera a verla con urgencia. Necesito verte, me dijo, y me gustaría que pasaras a saludar a Miguelito. Prometí hacerlo ese mismo miércoles por la tarde. El niño me tenía gran cariño, pero el año que pasé en el extranjero y que también se había agregado a su corta vida, ahora nos mantenía distantes. Ya no era el chiquillo que se colgaba de mi cuello o que solicitaba caramelos para conquistar, sin mayor trámite, la felicidad. Miguelito estaba

ahora convertido en un hombrecito y algo en su rostro me recordaba a su padre: la necesidad de ver cosas que estuvieran más allá de la cotidianidad.

Cuando estaba por colocarle las patas a una figura que parecía una jirafa, le propuse ayudarle. Me indicó que no era necesario y que no quería exponerme a las pezuñas ponzoñosas de las *drarifas*. Se las arregló sin mi ayuda de la mejor manera. Cuando terminó de armar la figura me la enseñó y comprendí que el nombre había surgido de la mezcla de dragón y jirafa. Después de recibir mi aprobación, la puso encima de la mesa. Regresó enseguida al sillón para continuar uniendo otras piezas que más tarde darían existencia a un nuevo animal. Alicia me comentó que Miguelito necesitaba conversar con alguien. En casa lo veía ensimismado y en el colegio le reportaron una notable carencia de amigos. Así que, tratando de salir de dudas, interrumpí su actividad. Puse una mano en su espalda —fue el gesto más cariñoso que se me ocurrió— y, después de sonreírle, le pregunté por su desempeño en la escuela. Me miró brevemente y respondió que, la pasaba bien, pero ni siquiera tomó en cuenta la palmada cariñosa que le obsequié. Musitó algunas palabras, que lo mismo pudo ser una oración, un comentario o incluso una invocación. Luego levantó la figura que tenía una pieza de diferente color incrustada en la espalda. De esta manera no causará ningún daño, exclamó y se puso de pie para colocarla también en la mesa. Ya no construiré más bestias, concluyó. Así que regresó al sillón y arrojó al cubo las piezas sobrantes. Mi colegio no es muy interesante, dijo retomando el hilo de la conversación; me imagino que pocas escuelas lo son. Lo interrogué con la mirada para saber qué podría ser interesante para un niño de su edad y, pese a mi silencio, adivinó la pregunta. Agregó que la pasaba de maravilla

con sus compañeros y sus juegos, pero que se fastidiaba con los adultos que hablaban demasiado sin decir algo importante. No todos los adultos son iguales, aclaró Miguelito. Además, hace unos días me visitó mi padre y, aunque estuvo poco tiempo, me reveló cosas muy interesantes.

Los meses habían transcurrido sin que yo tuviera noticias de Miguel, pese a ser uno de mis mejores amigos. Quizá debería decir que era el único amigo, pues compartimos muchos episodios, algunos nada gratos. Apurado por la ansiedad, le pregunté cómo se encontraba su padre. No tenía por qué preguntárselo a un niño. En todo caso, era un mejor confidente su madre, pues me había reunido con Alicia muchas veces, pero sin atreverme a interrogarla sobre su relación con Miguel. La curiosidad me ganó y la pregunta que le hice a Miguelito encontró una breve respuesta: Solo me contó que su padre estaba muy ocupado. Para no dejar el tema de lado, le pregunté a qué se dedicaba y, entonces, el niño se explayó un poco más.

La última vez que visité a Miguel, antes de irme al extranjero, me juró que no volvería a tomar un pincel en su vida. La pintura ha muerto para mí, me dijo de manera concluyente. Yo me limité a exclamar: ¡No jodas! Únicamente conocía a alguien con verdadera vocación en la vida, y ese era Miguel para la pintura. Todos los demás nos licenciamos en aquello que nos ofrecía la posibilidad de mejorar nuestras vidas y nuestra economía, pero los títulos alcanzados en esas carreras no representaban nuestras verdaderas aspiraciones. En cambio, Miguel no concebía nada sin colores, volúmenes y texturas. Bueno, dijo tratando de rectificar, puedo decirlo con mayor precisión: Estoy muerto para la pintura, insistió. Sin embargo, recuerdo que tenía una pequeña navaja en la mano y que estaba entresacando maderas de la mesa. Incluso en ese momento tan

inconsciente, sin lugar a duda, estaba elaborando un extraño huecograbado. Debido a esos antecedentes, me interesaba saber cuál era la nueva ocupación de Miguel. Aunque eran cosas de las cuales no debía enterarme por la boca de un niño, no pude quedarme callado. Miguelito comprendió mi curiosidad y me dijo que su padre era cazador. Apenas pude reprimir mi sorpresa ante sus ojos que me miraban inquisitivamente. Seguramente el nuevo oficio de su padre había causado sorpresa en muchos otros y quiso averiguar mi reacción. Le volví a poner una mano en la espalda y le comenté que Miguel se cuidaría de todos los peligros que encontrara. Imaginé mil ocupaciones que podría desempeñar Miguel, y concluí que el oficio de cazador difícilmente le sentaba a su carácter. Cabía también la posibilidad de que fuera una metáfora para reseñar otra realidad. Algunos conocidos se sentían los nuevos mosqueteros y se denominaban revolucionarios o guerrilleros. Se habían agrupado en células y grupos que asaltaban bancos y enarbolaban la bandera de la expropiación. A veces, también secuestraban a personajes políticos y empresariales con el afán de impartir justicia. Nada de esto se avenía con el carácter de Miguel, pues, antes que nada, era artista. Cuando inició el movimiento estudiantil lo hizo con la finalidad de conquistar su propia libertad. El sustento de los artistas, decía enarbolando la bandera de la creatividad, es la libertad. Lo más revolucionario de su persona era su actitud liberal hacia el sexo. Por esos años se dio a conocer la pastilla anticonceptiva y con su difusión fueron arrolladas algunas moralidades y se humedecieron tantas hipocresías que terminaron derrumbándose. Ha llegado el momento para ejercer nuestro pleno derecho a llevar una vida sexual plena y placentera, decía Miguel. Así que, en el oficio recién adquirido, seguramente no

había ningún arrebató de rebeldía ni de actitud contestataria. Tratándose de Miguel tendría que referirse a otra cuestión.

Miguelito guardó la caja con las piezas de plástico y luego se entretuvo un rato más mirando la mesa donde reposaban las figuras que había construido. Después se interrumpió y de la forma más cauta posible me preguntó si existían las hendiduras del fuego. Respondí afirmativamente. A continuación, quiso saber cómo eran. Recordé una imagen muy meditada en el pasado y se la conté: Hay ciertas partes del fuego, relaté, donde se queman cosas que no son conocidas. Son llamas de un color muy especial, pues a veces se ven azules y a veces se perciben como transparentes. Todos los fuegos producen esas llamas especiales y algunas personas las conocemos como las hendiduras del fuego. Miguelito hizo varias preguntas más: ¿Es posible entrar en ellas? ¿Resulta fácil ubicar a la más importante? ¿Es posible soportar el calor de esas hendiduras? ¿Después de realizar ciertas actividades al interior del fuego se puede volver al exterior? A todo le respondí que sí, pues reconocí que las hendiduras del fuego era una imagen que su padre le había compartido. Miguel y yo habíamos jugado con esa idea una madrugada antes de que nuestros ojos se cerraran llenos de angustia y cansancio. Existe una manera de reintegrarse al mundo, le dije con ánimo a Miguelito. Si nos introducimos al fuego por una de sus hendiduras, tenemos que regresar en la misma hoguera o en la misma chimenea para no exponernos a ningún peligro, de lo contrario, el calor y la gran cantidad de llamas nos extraviarían de un fuego a otro y nos perderíamos para siempre. Antes de que me hiciera más preguntas, quise confirmar quién le había hablado del asunto. Ha sido mi padre, dijo; anda muy ocupado tratando de cazar a un animal que se oculta en el fuego. Por un instante pensé que sería una

salamandra, no obstante, me preguntó por un animal llamado Snark. Solo pude comentarle que era un bicho muy raro. Mi padre tiene tiempo persiguiéndolo y lo descubrió ocultándose en las hendiduras del fuego. Sin embargo, las posibilidades de cazarlo en esos sitios son muy remotas. Por eso ha decidido entrar al fuego y perseguirlo hasta acabar con él, concluyó. No me causó ninguna extrañeza que nuestra plática girara en torno a estas ideas. Muchos años atrás, el Snarck de Lewis Carrol capturó la atención de Miguel. En varias ocasiones intentó pintar una serie de cuadros con ese motivo. Precisamente cuando estaba elaborando los bocetos, estuve en su estudio y le sugerí que inventara su propia iconografía, Miguel se limitó a decir que cuando lo viera plasmado ni siquiera reconocería al personaje. Hice memoria y recordé que me había quedado con su libro, nunca me lo pidió de vuelta a pesar de lo mucho que le gustó la traducción de Ulalume González de León. Gracias a estos antecedentes comprendí porqué Miguelito tomaba estas cuestiones con absoluta seriedad. Por mi parte traté de borrar cualquier preocupación, pues apreciaba al niño por ser hijo de mi mejor amigo y, sobre todo, porque lo había engendrado Alicia.

Pensé que Miguel había mencionado el asunto del Snarck y del fuego como un tema de conversación para entretener a su hijo. En el pasado, muchos otros temas habían ocupado sus pensamientos. Cuando los recubría de palabras, muchos eran dignos de tomarse en cuenta, pero enseguida eran reemplazados por otras cuestiones. Sin embargo, Miguelito las registraba permanentemente, quizá por la admiración y el cariño que le tenía a su padre. Más adelante me preguntó si conocía algún otro animal que viviera en las hendiduras del fuego. Le respondí que solo recordaba a las salamandras. Debía existir otro

animal más peligroso, insistió. Aunque no lograba darse una idea sobre el animal que buscaba su padre. Había consultado la enciclopedia de zoología de Alicia (siempre la llamaba por su nombre, no recuerdo que le dijera mamá), encontró una gran variedad de animales que habitaban en agua y en tierra, así como muchas aves que surcaba el cielo, pero no encontró ninguno que viviera en el fuego. Le recomendé que consultara los libros de mitologías y prometí ayudarlo en su búsqueda, le llevaría un diccionario de seres fantásticos en mi siguiente visita. Me dio las gracias y me recordó que solo deseaba descubrir las debilidades del animal, para que su padre estuviera bien preparado cuando se introdujera a cazarlo en las hendiduras del fuego. Miguelito comenzó a recoger las figuras de la mesa y las llevó a su recámara, Alicia estaba por llegar y no quería que viera ninguna de sus creaciones.

Mientras Miguelito se encontraba en su cuarto, llegó Alicia. No se sorprendió al verme en el interior, ella misma me había citado, sin embargo, al encontrarme sin compañía se mostró contrariada.

—¿Te aburríste durante la espera?

—De ninguna manera —respondí—. Conversé con tu hijo y quiero comentarte que me parece un niño muy inteligente. Algo en su persona me recuerda a Miguel —rematé.

—Yo también le encuentro mucho parecido —comentó Alicia—; ojalá que su inteligencia le sirva para algo y no la inutilice como a su padre.

En ese momento sentimos la presencia de Miguelito, bajaba las escaleras pausadamente, como si tuviera el propósito de escuchar lo que pensábamos sobre él. Se detuvo ante nuestras miradas y, después de saludar a Alicia, explicó que tenía un tema pendiente por estudiar y de inmediato se dio media

vuelta buscando recuperar los escalones perdidos. Alicia lo detuvo para que se despidiera.

—Nuestro amigo ha hecho un gran esfuerzo para vernos —le dijo—; y tenemos que agradecerse. En esta ciudad los viajes para visitar a los amigos son muy escasos —agregó.

Miguelito bajó los escalones y fui a su encuentro. Intercambiamos un abrazo y unas cuantas palabras.

—No te preocupes por tu padre —le dije—; siempre concluye bien todo lo que emprende.

—Sé que será un buen cazador.

—Entonces, no hay nada que temer.

—Cierto, además, él sabe que yo lo ayudaré —terminó diciendo y, después de desearle buenas noches a Alicia, subió a su habitación.

Volví a lado de Alicia. Estaba instalada en el sillón y, cruzada de piernas, fumaba un cigarrillo. Retomé la conversación sobre su hijo.

—Me parece que usa argumentos de adulto y, en otras ocasiones, lo domina la capacidad imaginativa de los niños. Lo curioso es que en ninguno de los dos casos deja de lado su inteligencia —le dije.

—Lo mismo opinan las vecinas —respondió Alicia, pero no supe si lo decía con orgullo o con temor—. Están encantadas con él. Juega como cualquier niño, pero cuando hace sus tareas, se concentra en ellas y las realiza mejor que nadie. Tiene una curiosidad innata y, al mismo tiempo, una gran capacidad para adentrarse en los problemas y encontrarles respuestas.

Alicia hablaba con entusiasmo, pero la interrumpí porque era obvio que la invitación no fue para hablarme de su hijo.

—¿Qué te preocupa verdaderamente? —le pregunté y antes de responder descruzó las piernas. Dejó al descubierto

sus hermosos muslos y los miré con deleite. Ella sintió mi mirada sobre su piel y sin aspavientos se reacomodó en el sillón. Nuestros corazones han transitado por diversas veredas, cierto; pero muchas veces han sido un solo sentimiento. Ni siquiera sé cómo fue que descubrimos que solo en el reino de soledad se encontraban a salvo nuestras emociones. También sé que no tengo porque sentirme miserable por haber perdido su amor. Su existencia es más tangible que ninguna, pese a su lejanía. No sé cuántas cosas sabe de mí, pero su lengua fatigada tomaba nota y guardaba aquella sabiduría en las paredes de sus dientes y en sus labios. Nunca me sentí tan verdadero como en aquellos momentos cuando palpitaba dentro de su piel. Seguramente captó mi alma desnuda y llegó a conocerme como nadie.

En las noches más oscuras, que inevitablemente acuden a mi vida, me veo maltratado por el insomnio y condenado por una tibieza perdida; el hermoso cuerpo de Alicia. Evocarlo y recordar la forma en que se entrega, me permite masturbarme con un placer increíble. Poseer el recuerdo de su piel es un amuleto para escabullirme de la soledad. No obstante, preferimos vivirnos en el recuerdo. Ambos contamos con la posibilidad de estar juntos y de llevar a cabo todos los sueños de la carne. Sin embargo, en algún momento concluimos que nos encontramos demasiado tarde. Podríamos intentar una relación estable, pero siempre habría algo que amenazaría nuestra estabilidad emocional. Nos rechazamos después de las primeras entregas, porque, amargamente, debo decir que pertenece a Miguel, sin que esto implique que la haya catalogada como un objeto. Se hicieron uno y vivieron juntos y, aunque después vino la separación, a sus amigos nos pareció una gran estupidez. Otros alentaron el rompimiento, pues veían la oportunidad de sacar provecho. A mí me dolía igual verlos juntos que separados. Ahora digo que

su amistad ha sido una de las más caras, pero en el fondo bulle la esperanza de descubrir que ha valido la pena conocerlos.

—Quisiera hablarte de Miguel —dijo Alicia sin más rodeos.

—Claro, ese es el motivo de mi visita. Tú sabes cuánto me importa su amistad.

—¿Miguelito y yo seguimos incluidos en tu lista de amigos?

—No tienes por qué dudarlo: Ustedes son más que eso.

—Pero no lo demuestras. Creo que suicidaste nuestra amistad, ¿verdad?

Me quedé callado. En muchos sentidos Alicia tenía razón. Tuve la oportunidad de convertirme en su esposo y seguramente su hijo hubiera llegado a quererme, pero me alejé de ellos. Terminó por asustarme el amor tan grande que me ofrecían. En aquel momento justifiqué mi renuncia diciendo que me mantendría fiel a la amistad de Miguel. Y me fui a estudiar al extranjero, aunque era evidente el error que cometía. Ahora, no tolero pensar en esa parte de mi vida; sé que arruiné algo maravilloso y terminé sintiéndome estúpido.

—No tienes por qué responder —dijo Alicia aceptando mi silencio—; hablemos de Miguel.

—¿Se ha puesto mal otra vez? —le pregunté.

Un par de meses antes lo sacaron del hospital sin que ningún médico aceptara darlo de alta. Sus familiares tuvieron que firmar una responsiva librando al personal de cualquier demanda y se comprometieron a mantener un estricto control de medicamentos sobre el paciente. Cuando Alicia me llamó a la oficina pensé que su estado había empeorado. Al abandonar el hospital Miguel quedaba expuesto a alguna recaída, lo que podría ser fatal.

—No lo sé —respondió Alicia—; por eso te pedí que vinieras. Cuando te llamé por teléfono estaba histérica.

—Seguramente es por falta de sexo —traté de bromear.

—Eso es lo único que no me falta.

—Con razón estuve esperando tanto tiempo.

—Cambiemos de plática —dijo Alicia, ese prólogo era innecesario por hiriente—. Miguelito estuvo haciéndome muchas preguntas relacionadas con su padre, por eso te llamé a la oficina.

—¿Cómo cuáles?

—Miguel le platicó algunas cosas y, ya lo conoces, muchos de sus temas no tienen respuesta. Venía con la cabeza completamente rapada. Yo no estaba en casa y cuando llegué los encontré conversando. Tenía un collar de tenedores alrededor del cuello y le dijo que era parte de su atuendo de cazador. Pensé que se había recuperado, su apariencia era normal, pero su plática me desconcertó. Por suerte, permanecí mucho tiempo junto al niño, de lo contrario hubiera quedado más trastornado.

—Todos sus conocidos, incluso la familia de Miguel, solo saben colgarle la etiqueta de trastornado. Aunque nadie lo ha visto con un cuchillo en la mano o con la cabeza de un individuo.

—No, todavía no llega a tanto, pero, si estuviera cuerdo guardaría las apariencias. Su hijo me preguntó por qué pasaba tanto tiempo sin verlo y yo le sugerí que andaba de viaje, sin embargo, Miguel le contó que un monstruo lo perseguía y que él tendría que cazarlo. No sé por qué lo invité a la casa. Claro que tampoco lo hubiera llevado a su departamento. La última vez que estuve ahí, juré no volver a ese lugar.

—Entonces, le pediste que echara una mentira y Miguel decidió elaborar una fantasía. De todos modos, no diría ninguna verdad.

Alicia asintió con la cabeza y, al mismo tiempo, prendió un nuevo cigarrillo que de inmediato se llevó a la boca. Fumaba como si estuviera participando en una competencia. Afortunadamente, lo hacía con mucha elegancia y el humo no resultaba desagradable.

—Siempre he pensado que las personas que rodeamos a Miguel lo estimulamos para que haga lo opuesto a nuestras sugerencias. Tú mejor que nadie sabes cuánto odia las mentiras. Cualquiera que le pida hacer lo contrario a su forma de ser, se arriesga a ser desobedecido.

—Siquiera debería hacerlo por la tranquilidad de su hijo. Miguelito es muy pequeño para enterarse de algunas cosas.

—Y ¿de qué cosas se enteró?

—Primero le preguntó por qué se había cortado la melena y Miguel le contestó que se la cortaron unos “guardianes del orden”. Miguelito le preguntó si recordaba a los policías para vengarse de la afrenta. Imagínate nada más; un mocoso y un trastornado con afanes justicieros. Entonces, Miguel le aclaró que no eran policías, sino unos enfermeros que lo raparon a la fuerza y que lo encerraron en un manicomio. Yo le dije a Miguelito que su padre estaba inventado ese percance. Miguel se puso de pie y repitió que lo habían recluido en un hospital psiquiátrico donde lo traían con una bata mugrosa. Luego se agachó y le enseñó una cortada en el cráneo. La abertura se veía reciente y Miguelito terminó por creer que lo habían lastimado.

—No le dijo más que la verdad —le comenté a Alicia.

—Eso no fue todo. Cuando se despidió, prometió pintarle un cuadro con un suelo cubierto de hojas y, sobre una rama

tirada, estaría un búho con la cabeza herida. Cerca de ese paraje dibujaría un arroyo que representaría a su hijo, así el búho emprendería un vuelo cortó y llegaría a sanar su herida y a saciar su sed. El detalle de la herida será tan real, le dijo Miguel, que quien toque la pintura, se manchará los dedos de sangre. Te lo enviaré en cuanto lo termine, le dijo. No podré traértelo personalmente porque saldré de viaje.

—Y le explicó que iría de cacería a un sitio muy remoto.

—Exacto, pero, ¿cómo lo sabes?

—Algo me explicó Miguelito. Así que no tienes de qué preocuparte.

—Pues, yo no estaré en paz, porque era muy convincente cuando le explicó que llevaba un amuleto para protegerse de las hendiduras del fuego y solo se trataba de un collar de tenedores —Alicia no pudo esbozar una sonrisa—. Eso sucedió, a grandes rasgos, y desde su visita Miguelito me interroga sobre asuntos que no tienen respuesta. Por eso estoy histérica. Ahora me atosiga con sus preguntas y tú sabes que es un niño que sabe guardar silencio para no fastidiar. Estoy angustiada porque Miguel le prometió ese cuadro y seguramente lo pintará.

—Si no puede darle nada para su manutención, déjalo satisfecho con que pueda brindarle una de sus obras. Ya sabes que muchos admiramos sus pinturas.

—Pero también sé lo mucho que admira a Van Gogh; es capaz de cortarse la cabeza y ponérsela al búho para que la herida se vea natural. Todo es posible tratándose de Miguel. Si le prometió algo a su hijo, se lo cumplirá. Así que ya sabes por qué te llamé. Aunque no lo has visto últimamente Miguel sigue apreciándote. Quiero que vayas a verlo a su estudio. Desde que salió de la clínica hace diez meses, se la pasa encerrado pintando. Sé que te recibirá con gusto.

—Lo visitaré mañana mismo. Todavía lo considero mi mejor amigo. Además, no puedo negarme a ninguna solicitud tuya.

Alicia me tomó las manos y después de un breve beso, las dejó quietas sobre su pecho. No tardé en darme cuenta lo hundido que estaba su corazón. Aunque latiera un par de costillas abajo.

—Quiero que le lleves unas cosas que me pidió —dijo Alicia soltándome para que no viera los espacios vacíos que horadaban su cuerpo y su alma.

Se retiró a su alcoba y regresó de inmediato. Me entregó un paquete y me despidió con una cosa parecida a un beso. Cuando salí de su departamento tenía muy claro que iría a reencontrarme con mi antiguo camarada. Habíamos compartido a una hembra que nos parecía la mejor del universo, pero sobre todo habíamos estado juntos, como una maldición, en los momentos en que nuestros sueños y anhelos eran pisoteados por gente sin conciencia. Y nosotros solo teníamos eso, conciencia. Los dos fuimos avasallados, pero Miguel no pudo reponerse porque él llevaba siempre su sensibilidad por delante. La mía también estaba ahí, pero protegiéndose en un pequeño sentido común, que a veces me mostraba un rostro ingenuo en el espejo, pero en otras ocasiones, me mostraba una cara de fracasado en aquellos cristales donde lograba percibir mi cara.

Miguel se había enterado de la relación que tuve con su mujer. Sin embargo, ninguno de los involucrados había dicho ni hecho nada. Solo Alicia, la última ocasión que coincidimos en el amor, me comentó que no fue breve el dolor. Las demás infidelidades no le importaban, según pude enterarme. Una vez llegué al

estudio y lo encontré hablando en voz alta, estaba intoxicado con inhalantes y había fumado no sé cuántos cigarrillos de marihuana. Abrió la puerta sin reconocermelo y siguió removiendo con sus manos un bote de pintura. Solo un tiempo después me reconoció y su discurso retomó coherencia, pero ya lo había escuchado decir que los acostones de Alicia con otros hombres lo tenían sin cuidado. Esos no cuentan, esos no existen; solo es diferente cuando se entrega a él. A lo mejor me estoy adornando. Quizá, desde que me dejó pasar, Miguel me identificó y su declaración solo fuera un halago. También podría darse el caso de que todos los hombres de Alicia le hubieran dolido, o a lo mejor ninguno.

Dejé de cuestionarme sobre aquellos acontecimientos. No quería pensar en eso; los hechos son actos vacíos que toman la forma del sentimiento que unos les da. Todos aquellos momentos eran algo que yo quería dejar vacíos, hacerme un hueco en el pecho y ponerlos a lado de mi alma, pero no pondría mi alma en ellos. Quizá Alicia estaría en la misma situación. Solo queríamos seguir siendo aquellos jóvenes marchando a lado de los acontecimientos. Convertirnos en unos viajeros de la moda. No queríamos destruirnos al quedarnos en una que podríamos convertir en hogar.

Mi visita al estudio de Miguel se desarrolló de manera previsible: pocas palabras y muchas miradas. Las pinturas que en ese momento estaban alrededor de las paredes del cuarto, tenían una gran fuerza por la conjugación de los colores a pesar de las figuras desvanecidas. En algunas se veían paisajes que carecían de cielos, como si el origen de sus imágenes fuera una visión entronada. Había una gran calidad en cada trabajo y solo necesitaban ser enmarcados para exponerlos. No faltaría quién los comprara, y obtendría una buena ganancia. Miguel tenía

años sin exponer, pero gozaba todavía de buen prestigio. Lo último que había vendido fue un par de esculturas pequeñas; me gustaba recordarle aquella venta porque sirvió para celebrar el primer cumpleaños de Miguelito, y para embriagarnos. También resultó memorable la exposición, porque fue el único artista que vendió todo lo que llevó a la muestra —aunque solo fueran dos obras—. Ahora tenía una nueva producción y me parecía magnífica.

Miguel me dijo que sus nuevos cuadros estaban inconclusos. Les falta que su sangre fluya, trató de explicarme; no sé si me entiendas. Le respondí que sí, aunque debo reconocer que nuestros lenguajes ya eran distantes. De cualquier manera, comenté, tus trabajos me parecían importantes. Miguel no estuvo de acuerdo.

—Todavía no están terminados —insistió—; les falta un poco de calor.

—¿Les falta color o calor?

—Oíste bien; les falta calor. En cuanto logre la tibieza que requieren estas obras, en ese momento habré terminado mi trabajo. Siento que ya estoy cerca y, quizás, puedas patrocinarme unos treinta marcos.

—Desde luego —accedí de inmediato—. Además, quiero comprarte una pintura cuando montes la exposición.

—A ti no puedo venderte nada. Escoge las pinturas que te gusten y te las llevas a casa. Luego podrás enmarcarlas a tu gusto.

Escogí un dibujo donde se veía un grupo de personas caminando por una calle y donde los objetos se difuminaban y se perdían unos entre otros. Las líneas diluidas, sin embargo, los volvía más concretos. Un detalle me hizo elegir ese trabajo: el hombre que encabezaba el grupo tenía un gesto muy peculiar.

Imaginé una palabra en sus labios y el personaje se soltó contando una historia, repetí otra y siempre surgió un episodio diferente. Lo guardé lo mejor que pude para llevármelo a casa en cuanto terminara mi visita. Tienes buen gusto, me comentó Miguel mientras enrollaba el dibujo, esa composición me costó mucho trabajo, pero me ayudó la lectura de la Biblia.

—¿Es un tema bíblico, entonces?

—En cierto sentido; lo compuse al leer un párrafo donde hablan de la lengua y como un órgano tan diminuto, puede resultar tan peligro, pues en la Biblia dice que la lengua puede derrumbar imperios y destruir miles de cosas, ya sea por equivocación o por intención.

—Ah, qué bien. Oye, ¿dónde puedo poner esto? —le pregunté a Miguel pidiéndole un espacio para depositar el paquete que Alicia le había enviado.

El cuarto que ocupaba como estudio no tenía ni mesa ni sillas disponibles para colocar nada, salvo dibujos, pinturas o fotografías. El caballete estaba, saturado de libretas, hojas de papel y objetos propios de su oficio. Y ni siquiera quise entrar a la cocineta, pues se veían cubetas llenas de barro y botes de pinturas en la entrada.

—Ponlo en la cubeta de la esquina —dijo señalando una cubeta de peltre que estaba arrinconada en su departamento.

Pensé que era un recipiente para la basura y que, cualquier cosa que Alicia le enviara, iría a parar a ese sitio. Estaba equivocado, pues dentro de la cubeta encontré varios perfumes y lociones. La mayoría eran nuevos y otros de medio uso y, por supuesto, de diversos tamaños y marcas.

—Bonito perfumero —le dije consciente de que los frascos no eran para su uso personal.

—Soy un pintor de calidad —dijo refiriéndose al contenido de la cubeta—; cuando necesito alcohol para mis cuadros, utilizo lociones o perfumes. Siempre encontrarás mis pinceles limpios y con buen olor.

Desde que llegué, Miguel permaneció sentado en el único banco que tenía y no dejaba de mirar una pintura de gran formato que también a mí me había llamado la atención. Era una embarcación rodeada de una tempestad que mucho me recordaba a John Ruskin. Miguel no dejaba de mirarla, salvo para responder mis preguntas.

—Esa nave llena de gente me parece excelente —le dije observándola con atención.

—Es un barco saturado de muertos que realizaban su última travesía y que, por lo mismo, celebran una gran fiesta. Tiene fallas de composición. Además, ese cuadro no me interesa. El trabajo que más me preocupa es el cuadro que le prometí a Miguelito —dijo Miguel—. Necesito saber quién hirió la cabeza del búho. Mientras no lo sepa, no podré terminar el cuadro.

Miguel se levantó del banco y recorrió el cuadro del barco con los muertos que celebraban su gran fiesta. Sobre el mismo muro, dejó al descubierto una tela pequeña, quizá de sesenta por sesenta. Reconocí de inmediato el proyecto, pues aparecía en primer término un búho. El ave tenía un rostro sabio y ojos anhelantes. Estaba posado sobre una rama caída, pero más que resto de árbol parecía una entraña de la tierra. El suelo de hojas estaba cuarteado, como si la resequedad le viniera de siglos atrás y solo pudiera alimentarse del sumo otoñal. El búho se veía tan viejo como puede verse alguien cubierto con un plumaje hecho de hojas carcomidas. Algo en la superficie parecía amenazarlo, pues se veía alerta. Al igual que en el resto de sus obras el cielo estaba concentrado al fondo del cuadro. Un miserable horizonte

se adivinaba gracias a una raya azul y apenas si sobrevivía una familia de nubes microscópicas. Ese era el cuadro que Miguel le obsequiaría a su hijo, solo que todavía desconocía el motivo de la herida que el búho tendría en la cabeza. Mientras no lo supiera, nunca pintaría esas gotas de sangre.

—¿Tú qué opinas? —me instó Miguel—. ¿Qué cosa pudo lastimarlo si recién acaba de nacer?

—A los viejos los lastima cualquier cosa —le dije. Se podían observar grandes surcos de arrugas entre su plumaje de hojas otoñales.

—La herida que le pintaré no debe ser causada por cualquier cosa; además, tiene que ser reciente, como si fuera saliendo de la batalla.

Hice un gesto sugiriendo que estaba de acuerdo en ese detalle. Miguel ocultó el cuadro que pintaba para su hijo y siguió murmurando su propósito.

—Será una herida profunda —dijo, aunque aún no se veía ninguna mancha de sangre—, pero, necesito averiguar qué lo hirió.

Vino una racha de los silencios que últimamente me resultaban incómodos. En los inicios de nuestra amistad pasábamos horas hablando de mil cosas. A veces nos reuníamos sin decir una sola palabra, tolerando el mundo del otro, con todo y sus silencios, pero ahora eran necesarias las palabras. Miguel comenzó preguntándome a qué me dedicaba ahora. Yo le comenté que me hallaba inmerso en una triste rutina; haciendo guiones, frases y lemas para capturar la atención de la gente.

—Una empresa de publicidad me paga por ello.

—Entonces, ya no escribes tus cosas —sonó como pregunta, pero más bien era una afirmación. Había más tristeza

en su voz que si yo mismo hubiera anunciado el abandono de mis proyectos.

—¡Adiós novela! —exclamé y no pude contener un suspiro que arrastró mis tripas echas aire—. Ahora escribo para pagar la renta y cubrir otras necesidades.

—Sí —exclamó Miguel en medio de un abandono absoluto—; todos tenemos que comprar pasta dental y... hasta pagar la renta.

Pensé que podría encontrarse en aprietos por cubrir la renta de su departamento.

—A propósito, ¿cómo le haces para pagar la renta? —le pregunté con intención de ayudarlo, aunque no me sobraba dinero, Miguel podría necesitarlo más que yo. Sobre todo, porque todavía no se animaba a vender sus obras.

—Afortunadamente no tengo que preocuparme por eso —me respondió Miguel—. Desde que salí del manicomio mis familiares pagan el alquiler del departamento. A veces se turnan para invitarme a comer o me mandan alguna lana para mi manutención. De algo sirvió volverme loco —me dijo con cierta sorna—. Solo que los loqueros son más nefastos que los policías. Se colocan el uniforme de científicos y su único objetivo es destruir todo aquello que vaya contra sus creencias. Ya sabes, quieren que uno siga sus reglas, aunque en ningún momento nos hayan explicado por qué están bien...

Alicia tenía razón. Miguel hablaba de su estancia en la clínica con gran amargura. Lo habían conducido a ese lugar donde reinaba la estupidez y no la gracia ni la razón, llevado al extremo que nos asustaba en Miguel. Sus chifladuras eran producto de una imaginación exacerbada y de confrontación hacia lo establecido, pero lo acusaron de perder el control. Todos actuaron en su contra, hasta yo que me alejé de su persona. Si

él deseaba volverse loco, al menos esa libertad le hubiéramos permitido. Lo hubieras dejado andar por estas calles. Otros menos cuerdos y más violentos gozan de un estatus que no se merecen.

Creo saber la razón. Cuando Miguel hacía alarde de cordura, la gente cercana quedábamos desarmados por lo absurdo que puede ser la razón. Luego, al prohibirle ciertas desinhibiciones, más se refugiaba en el deseo de sorprendernos. Luego, cuando hemos padecido la locura de los otros, hemos visto lo asqueroso que son las mentes retorcidas. Como si aquello que le escatimaban sus seres queridos, fuera la verdad que tanto anhelaba encontrar. Saltarse las prohibiciones posiblemente le parecían caminos, pero ninguno lo llevó al sitio buscado. Miguel se extravió, al igual que muchos de nosotros, pero nunca dejó de volver a nuestro lado mientras terminaba de perderse completamente.

Juntos habíamos descubiertos las hendiduras del fuego. En mi soberbia, yo le argumentaba que eran los resquicios de la inteligencia. Miguel afirmaba que solo eran espacios sensibles. No recuerdo cómo terminaron aquellas discusiones en la universidad, mientras custodiábamos el campus universitario al lado de una fogata. Usábamos el cabello largo y no nos importaba ni el viento ni el frío. En efecto, el aire helado mecía nuestras melenas. Disfrutábamos una oratoria fresca, como los discursos de Luis Amanecer donde, como si fuera un hippie revolucionario, jalaba multitudes de niñas frescas y les hablaba de la revolución y de las pastillas anticonceptivas. Eran los tiempos en que Miguel y Luis Amanecer se disputaban el título de papucho en nuestra facultad. Luego llegó la verdadera locura con los muertos y la represión y los infames juicios que nos llevaron a la cárcel. Luis Amanecer se cansó de abogar por

los parias, pues en la cárcel los más jodidos había continuado el linchamiento que no terminaron ni los soldados ni los policías, se cansó de tantas mujeres que disfrutaron su sexo y cuando salió de la cárcel no encontró camino más revolucionario y contestatario que declararse homosexual. Miguel como si el misticismo lo llevara en la sangre, se declaró fiel a una sola mujer, la misma que conquistó en sus primeros acostones universitarios: Alicia. Algún celador descubrió sus habilidades para el dibujo y entonces decidió callarlo para siempre. En un ataque de los presos comunes le lastimaron ambas muñecas y le pisotearon sin consideración la mano derecha. Cuando le vimos enyesado saliendo de la enfermería, Muchos pensamos que jamás tomaría de nuevo un pincel, pero, afortunadamente, pinta con el alma y no requiere de sus dedos para expresarse.

—¿Recuerdas las hendiduras del Fuego? —le pregunté.

—Ahora más que nunca —dijo y por primera vez en mucho tiempo le reconocí una sonrisa.

—¿Y a Felipillo?

—A Felipillo Caldas también —volvió a sonreír—. ¿Qué chinga le pararon?

—¿Los soldados? —pregunté inseguro, pues no recordaba si fue capturado por los militares.

—No, chinga que le pararon nuestros compañeros —dijo Miguel.

Cuando recordé aquel día supe que Miguel tenía razón. El auditorio de la facultad estaba hasta el tope. Aquellas asambleas multitudinarias que se prolongaban por hora. En el estacionamiento coincidimos varios compañeros de artes plásticas, del CUEC y algunos de Filosofía y Letras, entre los cuales estaba yo. Entonces presenciamos la llegada de Felipillo. Venía en el cochecito que sus padres le regalaron por arribar a

la universidad. Después de estacionarse, vino corriendo hacia al grupo y, con el corazón palpitando en la garganta, nos dio el aviso: van a tomar la Universidad, dijo; encontré tanquetas sobre Insurgentes. Debemos preparar la defensa del campus, concluyó. Los del grupo se dispersaron y comenzaron a correr la voz. Felipillo siguió hacia el Auditorio para dar la noticia. Miguel y yo lo seguimos. Llegó al presidium y, después de interrumpir al orador, comenzó a dar la noticia. El moderador y la totalidad del pleno lo callaron de inmediato y otras voces anónimas lo acusaron de agitador. No me creyeron nada, dijo desconsoladamente cuando lo encontramos saliendo de la asamblea.

Ahora, muchos años después, vuelvo a contemplar su cara a través de mis recuerdos y lo veo cómo dice Miguel; completamente abatido. La chinga que le pusieron nuestros compañeros fue para siempre. Nadie le creyó que el ejército tomaría la universidad. Las bayonetas se incrustaban en nuestras costillas y los culatazos nos ponían con el culo en el suelo, pero seguíamos sin creer que violarían la autonomía. Las tanquetas rodaban por las facultades y comenzaban a subir a los líderes estudiantiles a los camiones, pero ni siquiera en ese momento nos dimos tiempo para escuchar a Felipillo Caldas. Miguel tenía razón: qué chinga le pararon al joven universitario. Ni siquiera lo jodieron los militares, sino nuestros propios compañeros.

Luego recordamos las grandes mantas en apoyo a la Huelga Universitaria y la gran cantidad de dibujos y caricaturas que dejó en los mimeógrafos y estenciles de las escuelas. Finalmente hablamos de aquella vez en que lo acusaron, sus mismos compañeros de la ENAP de pasar información a las autoridades. Fue una mala coincidencia. Días antes de que el ejército tomara la universidad, realizó una exposición individual en

la Secretaria de Relaciones Exteriores. Le dieron *cocktail* y un catálogo a colores y desde entonces lo ligaron al ministro. Lo único que me interesaba era el espacio, recordó Miguel con cierta amargura. Después, cuando muchos de nosotros estábamos en la cárcel, supimos que Alberto Serrano, quien tanto lo había acusado de ser una oreja, era quien estaba relacionado con las autoridades del gobierno. Los años siguientes fueron cruentos; la maestra Consuelo no podía darnos clases porque extrañaba a muchos de sus alumnos que habían desaparecido... Estaban los compañeros del Poli que nunca pudieron regresar a sus clases y que perdieron la posibilidad de terminar su carrera. En fin, hicimos un recuento de nuestras vidas, como si estuviéramos entregando cuentas de nuestro proceder, pero sobre todo por la necesidad de aprisionar todo aquello.

—Todavía conservo algo de aquellos tiempos —dijo Miguel, señalándome la cubeta que estaba en el rincón del departamento—. ¿Sabes qué cosas me envió Alicia?

—Solamente me entregó el paquete y no me dijo nada sobre su contenido.

—Luis Amanecer y yo éramos los galanes en la Facultad. ¿Recuerdas? Pero yo sí las explotaba de lo lindo —dijo refiriéndose a las mujeres de entonces.

—Solo que tú no estabas inscrito en la Facultad, estabas en la Escuela Nacional de Artes Plásticas.

—Pero tomaba muchas materias en Filosofía y Letras —dijo Miguel y siguió hablando de las chicas que lo seguían—. Alicia guardó aquellos perfumes y lociones que me regalaron para ganarse mi cariño. No tiene caso que los abra, seguramente el perfume o la loción, después de tantos años, se habrá esfumado. Todo lo bello se esfuma —dijo Miguel y noté cómo se estaba sumiendo en la tristeza.

La conversación seguía arrimando recuerdos a nuestro reencuentro y nuestras palabras se empapaban de melancolía. Andanzas de veinte años atrás habían consumido viejos carismas y nos arrinconaban en lo fugaz. Opté por despedirme para no ahondar en lo perdido. Prometí visitarlo el fin de semana y llevarle el dinero para que enmarcara las obras ya terminadas.

—No quiero dejar de ver la próxima exposición de tus obras —le dije.

—Eso no será posible —me dijo—. Mi próxima exposición sea totalmente privada. Los únicos asistentes serán mis cuadros, mi persona y unos cuantos recuerdos.

—Si ya lo tienes decidido, así debe ser —le dije y tomé el dibujo que me había obsequiado.

Terminé mi visita sabiendo que solo quedaba inconclusa la obra que iba a regalarle a su hijo. Me despedí de Miguel y, antes de salir del edificio, pasé a ver a la portera. Me informó que, en efecto, sus familiares pagaban el alquiler del departamento y que no se debía nada. Me quedé con la impresión de que Miguel seguía siendo una persona muy especial, pero que todo se debía a los problemas que le planteaba la pintura. Él era un creador y solo unos pocos podían comprender sus problemas. Yo apenas imaginaba sus angustias, pues durante muchos años traté de escribir una novela y cada una de sus escenas me roía el alma. Miguel seguía viento en popa con su vocación. De cualquier forma, le dejé mi tarjeta a la portera y prometió llamarme si Miguel necesitaba algo. Ella ignoraba las crisis de mi amigo y yo no abundé sobre sus antecedentes. Quise hablarle de inmediato a Alicia, para decirle que todo parecía normal, pero, como no quise detenerme en el camino, le marqué llegando a casa.

—Lo encontré bien y me mostró una buena producción de obras nuevas — le dije—; y todas me parecieron magníficas.

—¿Cómo lo viste? —Preguntó Alicia como si no me hubiera escuchado los primeros cinco minutos que estuve hablando con ella.

—Te digo que está bien y ha estado pintando como nunca. Hasta me pidió dinero para conseguir unos cuadros. Así que espero verlo de nuevo el domingo. Está preparando una nueva exposición y creo que será inolvidable.

Eso le dije Alicia la noche del jueves, justo al llegar a casa después de visitar a Miguel. El domingo parecía muy lejano. Solo recuerdo que prometí cumplir el compromiso de llevarle el dinero para que comprara los cuadros que necesitaba.

El domingo me desperté a buena hora. Terminé de leer el libro que había iniciado en la semana y, mientras tomaba un café, eché una hojeada al periódico. Decidí bañarme y salí también muy temprano a cumplir mi compromiso. Me fui sin almorzar pues pensaba invitar a Miguel. Cuando llegué a su departamento, me sorprendió encontrarlo vestido con un overol y verlo muy hacendoso. Estaba levantando torres de dibujos y varios alteros con las libretas que usa para sus bocetos. Encontré el centro del cuarto saturado con el resto de las esculturas de barro que no le gustaban y que iba rompiendo.

Miguel me pidió que fuera a la ferretería por una bola de lazo, pues necesitaba hacer varios paquetes y yo salí sin prisas. Como no conocía el rumbo, y Miguel no me orientó para encontrar la ferretería, a la primera persona que me encontré en la calle le pregunté por el mercado. Mientras me dirigía al

centro de la colonia, sentí sobre mi cuerpo algunas miradas. No pude distinguir a nadie siguiéndome, pero la sensación de ser vigilado no desapareció. Lo mismo me pasó cuando volví al departamento y me sentí paranoico. Quizá solo estoy sorprendido porque Miguel está poniendo orden al estudio, me dije, y nunca hizo nada parecido.

Durante los veinticinco años de conocerlo se había mudado, cuando menos, unas siete veces. En esas ocasiones invitaba a sus amistades y les vendía o les regalaba los dibujos y los grabados que quisieran. A veces les fiaba algunas acuarelas o varios oleos que luego olvidaban pagarle. Lo que la gente no se llevaba Miguel se lo dejaba al casero. Le dejaba también unos cuantos pesos para que el basurero cargara con sus fracasos, es decir, con las pinturas que a nadie le agradaban. Pensé que estaba preparando su nueva mudanza porque tenía los dibujos, los grabados y los utensilios alineados en un extremo del departamento. Le entregué la bola de lazo y lo invité a almorzar. Miguel se negó y me dijo que necesitaba prepararse para el viaje que emprendería.

—Quiero pedirte un favor —me dijo—. Antes de partir terminaré el cuadro de Miguelito. Cuando me vaya, quiero que se lo entregues.

—¿Ya averiguaste que le causó la herida al Búho?

—Creo que sí, pero, cuando esté terminado tú mismo lo descubrirás.

—De acuerdo, entonces, ¿no quieres que vayamos por tus marcos?

—No, prefiero terminar de levantar mis porquerías... mis restos. Quizá mañana vaya por los marcos. Si trajiste el dinero déjalo a la mano.

Saqué los billetes y los coloqué en una esquina del cabellete que, por primera vez en mucho tiempo, tenía espacio

libre. Miguel siguió hacendoso organizando sus telas y papeles por tipos y tamaños . Un rincón me llamó la atención porque ahí tenía arrumbados una gran cantidad de discos, me sorprendió lo antiguos que eran y la voluntad de conservarlos por tanto tiempo: Cinco años atrás se quedó sin estéreo; en el apartamento que ocupaba entonces, los vecinos casi los sacan a patadas porque no dejaba de escuchar música. Los tenía hartos. Tratando de apaciguar a los inquilinos, una mañana llegó el administrador del edificio a pedirle algunas horas de silencio. Me tocó estar presente porque toda la noche estuve conversando y escuchando música con él.

—Si están hartos con mi música, quiere decir que tienen muy buenos oídos, porque incluso a mí me cuesta trabajo escucharla, pero tengo la solución en mis manos.

Miguel dejó en la puerta al administrador y desconectó el tocadiscos. Luego, abrió la ventana y sin pensarlo siquiera lo dejó caer al piso. Ni siquiera se asomó cuando en la calle alguien, al que pudo caerle el aparato encima, le mentó de madre. Cerró la ventana y volvió a la puerta.

—No era para tanto —le dijo el administrador.

—El asunto está arreglado y no se preocupe, porque yo nunca saldré fastidiado cuando enciendan sus licuadoras o cuando sus niños lloren. Así que ellos no tendrán que arrojar nada al vacío.

El casero no pudo decir una sola palabra y creo que hasta el mismo se cerró la puerta. Miguel volvió a la sala y tomó uno de los discos de acetato y después de colocarlo encima de uno de sus dedos, lo hizo girar como si pudiera reproducirlo en el aire.

—La convivencia es más fácil para mí que para los demás, pero, en fin, creo que el asunto está arreglado —dijo Miguel, pero nadie lo escuchó.

Solo yo, que dormitaba sobre uno de los muebles de la sala, me di cuenta de cómo trató de demostrarles a los vecinos que sus oídos eran mejores. Ahora Miguel podía escuchar la música aprisionada entre los surcos negros del *long play*. En medio de la desvelada y de nuestra larga conversación, me adormecí con esa música que Miguel lograba reproducir, aunque no tuviera ningún aparato electrónico. Los discos seguían girando sobre su dedo índice y nuestros oídos escuchaban a los compositores más ocultos del universo.

Ahora me parecía que en medio de su nueva mudanza también escuchaba aquella música, de nueva cuenta, aquellos discos arrumbados en el rincón giraban y sonaban para sus oídos. En cambio, a mí, ya no me escuchaba.

—Ya me voy; pero nos vemos pronto —le dije cuando estaba a punto de salir.

—Nos veremos más pronto de lo que te imaginas —me dijo levantando un poco la vista y se concentró de nuevo en sus cosas.

Como siempre, pensé que era una frase más de las que tanto le había escuchado. Cerré la puerta y cuando recorrí el pasillo y bajé las escaleras, me sentí bastante extraño. En aquel momento solo pude compararme con el administrador que le reclamó por escuchar tanta música y ante el cual arrojó su tocadiscos por la ventana. Caminé media cuadra y sentí que alguien me observaba, no era la primera vez. Decidí volver a casa, no había almorzado, pero ya había perdido el apetito. Sin embargo, no tenía ganas de andar fuera. En la esquina detuve un taxi y justo cuando estaba por cerrar la puerta, el conductor me dijo que me estaban hablando: una mano me hacía señas desde la ventanilla de un coche que se acercaba. Hasta que es-

tuvo junto a nosotros reconocí a Alicia; de inmediato me bajé del taxi, con una disculpa de por medio, y me subí al otro auto.

—No te reconocí —le dije.

—Llevó dos horas siguiéndote —me dijo—. Te llamé temprano para saber si vendrías a ver a Miguel y, como no te encontré, imaginé que ya estabas por acá. Te vi salir al mercado, pero no quise abordarte. ¿Cómo está él?

—Lo encontré haciendo la limpieza. Creo que ha salido a flote de nueva cuenta. Incluso volvió a pedirme dinero para los marcos y todas sus obras están ordenadas. Las que no le gustan, las está destruyendo. Me parece que está mejor que nunca y que su obra es magnífica. Lo que no le sirve, lo arroja a la basura.

—Ah, qué bien —dijo Alicia—. ¿Ya comiste?

—No, estaba por volver a casa para almorzar.

—Entonces, te invito —y sin decir nada más arrancó.

Me llevó a unos de sus restaurantes preferidos y fuimos de los primeros clientes. Después de encargar nuestras bebidas, me explicó que el coche era de Alberto. No pude reprimir un gesto de disgusto cuando mencionó a Alberto, así que se sintió obligada a darme una explicación.

—Lo llamé muy temprano y llegó muy puntual. Seguramente pensó que se acostaría conmigo, pero, solo le pedí que llevara a Miguelito con mis padres y que me prestara su auto. Ellos se llevaron mi coche y yo te anduve siguiendo en este para que Miguel no me reconociera.

—Me dijiste que no pensabas a volver a su departamento, pero no me has dicho por qué.

—Déjalo así. Estamos comiendo, no es momento de hablar de mis razones. No son agradables.

Alicia levantó su copa y me invitó a brindar. Mejor no insisto, me dije. Conociendo a Miguel o, mejor dicho, conociendo

su imaginación, algo muy grave debió de suceder para que prometiera no volver a visitarlo. “Es un esteta que está recibiendo el mundo por el rabo”, me dijo, porque en mis ojos había una gran interrogación. No quería saber las razones de Alicia, sino que yo mismo estaba preguntándome por qué salí tan disgustado de ver a Miguel. Desde que me abordó Alicia mi estado de ánimo cambió. Tenía ganas de seguir comiendo y bebiendo, ya ni pensaba en refugiarme en casa. Hablamos poco, pero comimos mucho y bebimos más. Luego me llevó a mi casa y, lo único cortés de mi parte, fue conducir del restaurante a mi domicilio. Cuando llegamos, Alicia se cambió al asiento del conductor, pero pude notar un poco de la torpeza característica que provoca el alcohol.

—¿Estás en condiciones de conducir o prefieres pasar a tomarte una taza de café? —pensé que se negaría, pero aceptó de muy buena gana después de estacionar el automóvil.

No puse música ni tampoco le invité un trago; el aroma del café inundó la habitación y nosotros terminamos completamente desnudos. Ignoro qué horas serían, Alicia interrumpió el momento para llamar a sus padres, les dijo que Miguelito se quedaría con ellos, y que si Alberto pasaba por el niño lo mandarían al diablo, y le dijeran que luego le regresaría el coche. Colgó y sonrió con la satisfacción de haber dejado el mundo ordenado y lejos de nuestra piel. Su boca pasó por todo mi cuerpo. Dos o tres veces observé cómo titilaban sus ojos y cuando por fin llegué a ella, mis palmas ardían, esas llamas devoraron mis angustias y mis dudas. Luego caí en el suave mar de su piel y, aunque no tenía más amarres que sus dedos entrelazados a los míos, sentí que naufragaba en una tibieza infinita y sin peligros.

En la madrugada sonó el timbre del teléfono, no contesté. Estaba despierto, ocupado mirando la oscuridad por la ventana,

después de dos timbrazos el ruido cesó. Todo se acaba. Luego observé mis manos, las vi tratando de encontrar la luminosidad que habían sentido. Algo se quemó en ese fuego. El fuego purifica, hay miles de cosas que deberían ser quemadas para que la existencia se vuelva más ligera. A veces me detenía para contemplar a esa otr lumbre, la que estaba a mi lado y cuyos costados, tibios, se removían con suavidad. El teléfono sonó de nuevo, uno, dos, tres; contesté de inmediato, no quería que el sonido despertara a Alicia.

Era la portera del edificio donde vivía Miguel, me pidió una disculpa por llamarme a esas horas. y me dijo que no habían localizado a ningún familiar de Miguel. Ojalá pueda venir, de veras que es urgente. Voy para allá, y colgué de inmediato. Desconecté el teléfono, cubrí el hermoso cuerpo de Alicia; me vestí con la misma ropa del día anterior y cuando llegué al departamento encontré dos patrullas en la calle. También estaba una ambulancia de la cruz verde con las luces encendidas, pero con la sirena enmudecida. Entré al edificio enmudecido. La portera me presentó con las autoridades como alguien cercano a Miguel y entonces me llevaron al sitio de la desgracia.

El cadáver de mi amigo estaba calcinado, pero sin duda era su cuerpo. Ahí estaba el collar de tenedores. Su piel, lo que quedaba de su piel, se veía negra, pero había ciertas partes con tonalidades coloridas, gracias a las pinturas que ardieron con su cuerpo. El fuego no se regó porque había construido una plancha de barro sobre el piso y había humedecido el resto del suelo y también las paredes. Había ardido entre sus propios dibujos y sus pinturas. En la cocineta encontré la bola de lazo que había comprado por la mañana y el cuadro que le había pintado a su hijo. Lo reconocí por el búho ladeado sobre una rama y con una profunda herida en la cabeza. Parece que el tecolote está

sangrando, me comentó un policía. Era tan grande su duda que tocó la pintura y después me comentó que no era sangre; es pintura, me dijo. Seguimos con la inspección en medio de un silencio que agigantaba la noche. Cuando levantaron su cuerpo y las cenizas luchaban por esparcirse en la habitación, noté una enorme sonrisa en el rostro petrificado de Miguel, como si hubiera logrado colarse al interior del fuego. Luego cayó la sabana sobre sus restos calcinados.

—¡Qué bonito se mató! —dijo otro policía—; no perjudicó a nadie.

—Cómo chingados va a ser bonito joderse uno mismo —le dijo su compañero—. Ya bastante feo es que los demás nos jodan, como para permitirse la bajeza de darse mate uno solito. Unos piensan que resulta fácil despreciar la vidurria, pero la cosa más cabrona es aprender a quererla.

Yo no pude comentar ni decir nada, pero hubiera dicho que sí, que apreciar la vida, que aprender a vivir es algo muy cabrón, porque es asumir muchos actos y, sobre todo, sus consecuencias. Tampoco pude decir mucho de ahí en adelante. Solo le pedí permiso a los policías de llevarme el cuadro que Miguel había dejado a salvo en la cocineta. Miguel tenía razón cuando me dijo que nos veríamos más de la cuenta. Ahora estaba muerto y yo no podía hacerlo a un lado. Tampoco pude hablar gran cosa con Alicia, pues aquella madrugada la había dejado dormida en mi lecho y sin meditar consecuencias, la marginé de los acontecimientos. Pronto tendré que entregarle la pintura a Miguelito y tendré que explicarle que su padre ha comenzado su largo viaje. Y que no volverá hasta que cumpla la encomienda de cazar al Snarck o a cualquier otro animalejo que viva dentro del fuego. Por mi parte me siento como si fuera un personaje atrapado en una hendidura. Estoy completamente

perdido entre dos fuegos: el fuego de Alicia que ha resurgido de nuevo y el fuego que terminó por tragarse a Miguel, un pintor que era mi único amigo.

Prohibido dejar de sonreír

Melodrama

A Óscar Yoldi y Manuel Lerma Kichner, in memoriam.

Personajes:

TIBURCIO CAMACHO: Militar, adscrito al CGP.

ALBERTO CAMACHO: Hijo de Tiburcio, adolescente estudiante del IPN.

SEBASTIÁN QUIROZ: compadre de Tiburcio; granadero del DDF.

LUCÍA ROSAS: Estudiante de arte dramático.

AGENTES: Personal de la Dirección Federal de Seguridad.

PROFESOR DE ACTUACIÓN

MARIO

ALUMNOS DE TEATRO (A. T)

JOVEN 1

JOVEN 2

SOLDADOS

GRANADEROS

PATRULLEROS

ESCENA I

Un maestro de actuación y una docena de jóvenes actores en una escuela de Arte Dramático, durante el año de 1968. El salón es la clásica cámara negra, con algunos módulos cuadrados de madera, pintados de color blanco para transformar el espacio en algún escenario.

MAESTRO: [Vocalizando] Aaaa. Eeee. Iiii. Ooo. Uuuu.

A. T: [Vocalizando al unísono] Aaaa. Eeee. Iiii. Ooo. Uuuu.

MAESTRO: [Vocalizando] Mmmmmm, iiiiii, oooo.

A. T: [Vocalizando] Mmmmmm, iiiiii, oooo.

MAESTRO: [Aflojando el cuerpo] Listo, muchachos [los alumnos hacen estiramientos y se dirigen a tomar asiento en los módulos de madera que están en torno del salón]. Comenzaremos con los ejercicios de improvisación [dirigiéndose a Lucía]. Lucía, comenzarás tú. El ejercicio en sencillo. Se trata de que nos demuestres un alto grado de angustia y de temor. No importa si este miedo es real o si se debe a una condición mental de tu personaje. Debes salir del salón y, cuando entres de nuevo a la clase, tienes que convencernos de que estás terriblemente asustada. Puedes tomarte el tiempo necesario para que te concentres, pero, de alguna forma, señala el momento para que nosotros sepamos que has iniciado con tu ejercicio.

LUCÍA: [Acomodándose los mallones] Pero, no se vayan a reír.

COMPAÑERO 1: Ah, *chingá*, no puedes prohibirnos la sana risa.

LUCÍA: Te conozco, maldito Mario; tú no te ríes, te burlas a mandíbula batiente.

COMPAÑERO 2: Es que luego se te vuelas la barda, con tus azotes actorales. Si te viera Stanislawski, se muere o inventa otro método.

MAESTRO: Ya, muchachos; a trabajar que quiero ver sus capacidades para expresar angustia.

Lucía sale. El profesor se dirige al fondo del salón. Los compañeros de la clase de actuación, se acomodan y esperan un poco. Lucía regresa casi de inmediato. Quizá cuando apenas, llega el profesor al fondo salón.

LUCÍA: [*Realmente angustiada*] Son muchos... Vienen... Subiendo por los pasillos... Vienen por todos nosotros... Tenemos que salir de aquí... [*Les hace ademanes a sus compañeros quienes permanecen mudos, para que salgan detrás de ella*]. ¡Por favor, maestro, vámonos ya!

MARIO: Ahora sí me dejaste de a seis [*se pone de pie y le aplaude*]. Ni ganas de dieron de reírme. Te ves asustada de verdad.

LUCÍA: Es que no estoy actuando. Los vi entrando a la escuela... [*en ese momento se escuchan tenuemente los casquillos de las botas chocando con el suelo*]. Vienen por nosotros...Vámonos. Vámonos.

Sus compañeros dudan entre ponerse de pie o de plano salir detrás de ella. El ruido de la marcha se hace más fuerte. Lucía se esconde detrás de la puerta. El resto del grupo al verla escondida, se ponen de pie y comienzan a aplaudir.

MARIO: Uuuy, ya tenemos actriz de carácter...

SOLDADO 1: [*Entrando violentamente, a la cabeza de un grupo*] ¿Por qué aplauden?, chamacos pendejos...

SOLDADO 2: Acaso estamos desfilando como los animales de un circo...

MAESTRO: Pues, con ese uniforme, parecen monos del sureste...

SOLDADO1: Ah, ya salió el profe... Pues contigo jalamos por delante.

MAESTRO: ¿De qué se trata?

SOLDADO 2: Se trata de que ya valieron madre.

Se le acerca y le da un culatazo en un costado, el profe se dobla de dolor. Los estudiantes intentan oponer cierta resistencia, son demasiados débiles y los soldados son muchos a lado de ellos. De inmediato entran otros soldados y entre patadas y culatazos van sacando a los jóvenes actores. El salón queda con los módulos regados y el salón a solas. La puerta del salón se mueve un poco y reaparece Lucía, cubierta de llanto. Camina con torpeza y se ubica casi al centro del salón.

LUCÍA: No estaba actuando. Se los dije. Por qué no me creyeron

Alguien apaga las luces desde otro sitio. La penumbra casi domina la escena, pero el llanto de Lucía predomina en la penumbra.

ESCENA II

Una salita de estar comparada en una tienda de moda, nuevo el mueble, pero de regular calidad. Una mesa al centro. Suena el timbre una primera vez.

TIBURCIO: Van. [*Se levanta y se dirige a la puerta. La chicharra arremeda una mentada de madre*] Pásale, compadre, la puerta está sin seguro.

SEBASTIÁN: ¿Cómo te atreves a vivir con la puerta abierta?

TIBURCIO: No estaba abierta. Estaba sin seguro. Eso sí.

SEBASTIÁN: Pues a eso me refero. Sin pasador, cuando la ciudad se ha vuelto un infierno, con estudiantes desatados y delincuentes con las manos libres. A estas horas, muchas sabemos que te encuentras solo, pues tu mujer anda visitando a tu suegra, como todos los días.

TIBURCIO: No estoy solo, tengo buena compañía [*en ese momento, muestra un poco la cadera y de inmediato queda a la vista una escuadra .39, súper especial*]. Siempre me acompaña mi Naty.

SEBASTIÁN: Ah, en ese caso las cosas cambian.

TIBURCIO: Bueno, qué se te ofrece, compadre. Nunca me visitas este día, casi siempre lo haces el fin de semana.

SEBASTIÁN: Es por mi ahijado, ya sabes que lo quiero mucho.

TIBURCIO: Él lo sabe, y nosotros también. Tú y Mariquita han resultado buenos padrinos para mi único hijo.

SEBASTIÁN: Pues, a como están las cosas, vine a verte para que lo aleccione y lo alejes de las manifestaciones. Que no se acerque a los mítines por nada del mundo. Tampoco que vaya a andar secuestrando camiones urbanos. Que se monten en los de su escuela, si quieren, que asalten unas cuantas misceláneas,

o cualquier negocio que se les ocurra, pero reuniones contra el gobierno. Ahí sí que nada de nada.

TIBURCIO: Tú sabes que es un muchacho cuerdo. No le gusta el borlote. Por ese tiene un padre militar. Pobrecito si le sale lo rebelde y se mete contra las autoridades...

SEBASTIÁN: Escucharte me tranquiliza. Sobre todo, porque tú estás mejor enterado de que el gobierno ya no está dispuesta a tolerar más desmanes. Se acerca la Olimpiada y el país debe demostrar que se vive en paz y que la modernidad reina en nuestra patria.

TIBURCIO: Lo mismo me han dicho en el cuartel. Así que mi muchacho solo asiste a las clases que se siguen impartiendo, ya le dije que lo prefiero de huevón en su casa, que gritando *huelums*.

SEBASTIÁN: ¿Y ahorita dónde está?, ya debería haber vuelto de sus clases.

TIBURCIO. Hoy es una de esas tardes en que pasa por su novia y la lleva a la escuela. Me lo avisó por la mañana. Por eso estoy tranquilo. Tiene que reportar todas sus actividades y sus andanzas.

SEBASTIÁN: Pues, ojalá sea una vieja y no cualquier otra cosa. Porque, acá en confianza. Te aviso que el comandante de la agrupación, nos han pedido a varios que nos infiltremos dentro de la muchedumbre, sin armas, esos es lo peor, pero llevábamos una enorme varilla, bajo el brazo o unos tubos debajo del pantalón para surtir a la chaviza. Claro, antes tenemos que azuzarlos para que roben tiendas o secuestren camiones de transporte.

TIBURCIO: Y el gobierno piensa que los estudiantes son tan brutos. Nosotros somos harina de otro costal, luego-luego nos diferenciamos...

SEBASTIÁN: Tu hijo será buen observador, pero los demás me parecen unos peleles...

TIBURCIO: Unos peles, que tienen temblando al Corona del Rosal y que por eso ha solicitado el apoyo del ejército.

SEBASTIÁN: Pues ahí lo tienes, cuida a tu hijo, si los granaderos no podemos ustedes entrarán en acción... se dice que la ciudad está rodeada por miles de estudiantes de Puebla y Tlaxcala, además de otros de Toluca. La orden es que, ninguno de esos alborotadores, entren a la capital.

TIBURCIO. Y no entrarán... eso depende de nosotros.

SEBASTIÁN: Bueno, ya me voy a ver a mi familia, ya nos avisaron que se acabaron los permisos, que estaremos acuartelados hasta que pasen las Olimpiadas. Cuida a mi ahijado y dale mis respetos a mi comadre Licha.

Ambos se dirigen a la puerta de la casa y con un sonoro abrazo en la espalda. se despiden.

ESCENA III

Salón de actuación. Lucía se encuentra indecisa entre salir del salón o de quedarse para siempre en ese sitio. Camina por toda la orilla del salón, un poco a tientas, porque la oscuridad se ha vuelto más penetrante.

LUCÍA: ¡Chihuahua! ¡No hay una sola ventana abierta! ¿Por qué este espacio no tiene una sola rendija? ¡Maldita cámara negra!

Se oyen ruidos y luego el ruido se clarifica en unos pasos que avanzan por el pasillo. Lucía corre a esconderse detrás de la puerta, donde hace poco quedó a salvo, gracias a la celeridad de los soldados al llevarse a sus compañeros. Se oye un bastonazo cada

cierto tiempo. Por fin vemos a un joven que se asoma al salón. No mira a nadie y casi se retira, pero finalmente se decide a pasar.

ALBERTO: Ya estarán con sus mafufadas, seguro.

LUCÍA: [*Sale súbitamente de su escondite al reconocerlo*] ¡Alberto!

ALBERTO: [*Asustado*] ¡Ay! [*reconociéndola de inmediato, cuando ya estaba encima de un módulo*], ¡te pasas, Lucía! Casi me matas del susto.

LUCÍA: ¡Abrazame, por favor!

ALBERTO: Pues a eso vine [*bajando del módulo de madera*]. A abrazarte toda la tarde y, si quieres, toda la noche [*la abraza un poco*]. Estás llorando. ¿Por qué?

LUCÍA: Los soldados acaban de llevarse a todos mis compañeros y a los maestros. [*Ante la mirada incrédula de Alberto*] De veras.

ALBERTO: Por eso encontré la escuela tan solitaria... [*Lucía asiente*]. Bueno, vi dos patrullas de policías, pero estaban bien jetones en sus patrullas. Ni se dieron cuenta de que entré. Pensé que eran esos *happenings* o jaladas que se le inventan entre todos ustedes.

LUCÍA: No, el ejército se los llevó...

ALBERTO: Pero tú escuela es muy fresca, nunca ha participado en ninguna marcha. Cuando vinieron a invitarlos me dijiste que ni siquiera cinco compañeros se sumaron a la protesta.

LUCÍA: Pero todos cooperaron...

ALBERTO. Seguramente les llenaron los botes con su copera-cha, porque les sobra la feria, pero ni siquiera habrán repartido un volante...

LUCÍA: Y tú crees que eso le interesa al gobierno. Somos jóvenes y entonces ya somos sus enemigos.

Suena sorpresivamente la sirena de una patrulla que ha permanecido afuera de la escuela. Los dos jóvenes se asustan y no saben qué hacer. Tomados de la mano se dirigen a la puerta y desaparecen un momento de la escena. Regresan de inmediato. Lucía lo jala hacia la puerta para esconderlo en su sitio de salvación.

ALBERTO: No, ahí no cabemos los dos. Quédate aquí, tú.

LUCÍA: No me dejes sola, amor...

ALBERTO: Claro que no.

Alberto se dirige al fondo del salón. Acomoda una hilera de tres módulos y se acuesta detrás de ellos. Escondiéndose. Apenas se ha acostado, cuando una linterna aparece por la puerta y detrás de halo de luz, vienen dos granaderos. Revisan superficialmente el salón y enseguida se retiran. Jalando la puerta y dejando a Lucía, a punto de derrumbarse. Alberto se asoma con precaución, al escuchar que cerraron la puerta del salón. Sostiene a Lucía entre sus brazos.

ALBERTO: Ya se fueron [*Lucía asiente y con mucha dificultad comienza a respirar con normalidad*]. No podremos salir ahorita. Nomás que oscurezca y nos vamos. Los polis están muy cansados y te aseguro que estarán durmiendo dentro de un rato. Eso espero.

LUCÍA: Sí, así será [*hace una pausa*]. Alberto, gracias por estar aquí.

ALBERTO: De nada, mi nena. Soy su hombre y siempre estaré a tu lado.

LUCÍA: Para pasar el rato, ¿puedo decirte un poema?

ALBERTO: Desde luego que sí. Vine por toda la poesía que puedas darme.

LUCÍA: [*Comienza a recitar*].

Amor, cuántos caminos hasta llegar a un beso,
qué soledad errante hasta tu compañía!
Siguen los trenes solos rodando con la lluvia.
En Taltal no amanece aún la primavera.

Pero tú y yo, amor mío, estamos juntos,
juntos desde la ropa a las raíces,
juntos de otoño, de agua, de caderas,
hasta ser solo *tú*, solo yo juntos.

Pensar que costó tantas piedras que lleva el río,
la desembocadura del agua de Boroa,
pensar que separados por trenes y naciones

tú y yo teníamos que simplemente amarnos,
con todos confundidos, con hombres y mujeres,
con la tierra que implanta y educa los claveles.

Es un soneto de Pablo Neruda.

ALBERTO: Orales, debe ser un tipo muy sabio...

*Se abrazan intensamente. Con más solidaridad que pasión.
Afuera parece que todo ha dejado de servir, de sonar. Hay una
oscuridad, cuyo manto no solo pertenece a la noche.*

ESCENA IV

En la sala de Tiburcio Camacho, La sala de regular calidad. La puerta de salida y la escalera que lleva a las habitaciones.

TIBURCIO: ¡Alberto, Hijo! [*con la marcialidad que le da su uniforme de militar*], ¡quiero hablar contigo antes de irme al trabajo!

Alberto sale de su habitación, con su clásico uniforme del politécnico. Sobre todo, con su chamarra Rojiblanca.

ALBERTO: Hola, padre, buen día. ¿Ya listo para el trabajo?

TIBURCIO: Así es, corazón: tú también ya estás listo para la escuela.

ALBERTO: No queda de otra; pronto tendrá un ingeniero industrial en la familia.

TIBURCIO: Me alegro hijo. Pero hay un asunto que quiero plantearte.

ALBERTO: Si, anoche me dijo mi madre que hablaría conmigo.

TIBURCIO; Quiero que me hagas un gran favor, y quizá hasta salgas favorecido tú.

ALBERTO: ¿De qué se trata?

TIBURCIO: Como veo el ambiente de la ciudad, quisiera que te fueras unos días a Michoacán. Tengo una parcela que sembró tu tío Catarino y quiero que la revises para saber si hará un reparto justo de la cosecha. Hicimos el trato de que sembraría mi tierra a medias. Si la cosecha es buena, los dos ganamos, pero si la cosecha es regular, querrá quedarse con todo.

ALBERTO: Papá, le parece justo que me alejé de mis compañeros de lucha. Ahora más que nunca necesitan que todos estemos unidos.

TIBURCIO: Ahora más que nunca el Gobierno está decidido a cortar por lo sano esas rebeldías.

ALBERTO: La policía no ha podido con nosotros.

TIBURCIO: Con nosotros. Quiere decir que si te has unido a esas revueltas.

ALBERTO: En cierta manera, y hasta donde mi capacidad me lo permite, no hago nada que esté fuera de la ley: no secuestro camiones, no los quemo, no robo tiendas con mis compañeros, pero si imprimo volantes y los reparto en las colonias alejadas de la escuela.

TIBURCIO: Te pedí que no te inmiscuyeras.

ALBERTO: Usted me pidió que no hiciera tonterías, que no me expusiera. Todo lo hago con seguridad y por convicción.

TIBURCIO: Acaso tienes algo que reclamarle al Gobierno.

ALBERTO: Hay un pliego petitorio: creo que están ahí motivos muy claros. Hasta mi novia, que era una niña fresa y que se pasaba sus tardes haciendo danza y clases de actuación, se ha vuelto una mujer muy activa en las marchas.

TIBURCIO: Seguramente fueron sus ideas las que te jalaron. Bien decía mi padre que jalan más un par de tetas que una buena carreta.

ALBERTO: Ni siquiera la conoce, Papá. No puede expresarse así de ella.

TIBURCIO. Bueno, no quería hablar de tu novia. Quería pedirte el favor que ya te expresé. Solo quiero saber si puedo contar contigo. Y, además de los cuidados de la parcela que te pido supervises, pues claro que me gustaría estar con el corazón tranquilo, si te tengo lejos de este relajó.

ALBERTO: No es relajo, padre.

TIBURCIO: Es una insurrección, donde los jóvenes marchan adelante y donde serán los primeros en caer. Y donde otras manos les están moviendo los hilos, quizá piensen que van a ganar algo, pero el gobierno no es ese dientón que todos miran. Así que, antes de irme a trabajar. Quiero saber si me harás el favor o si ya te sientes lo suficientemente hombrecito, como para hacer tu propia voluntad...

ALBERTO: No voy a desobedecerlo, padre. Pero, después de ese viaje. Déjeme usted moverme con libertad. O dígame si siempre me tendrá bajo el cuidado de sus órdenes, como si fuera un recluta más de su tropa.

TIBURCIO: De acuerdo. Usted hace este viaje y a su regreso, puede tomar ciertas decisiones que no dañen el destino de su vida. Y que tampoco vayan a lastimar a ninguno de sus padres. Estamos.

ALBERTO: Estamos. Buen día, padre. Y despreocúpese. No tuvo un hijo bobo.

TIBURCIO: Eso es justo lo que quería escuchar. Que no sienta que mis preocupaciones por usted, que los cuidados de su madre son por tenerlo sometido a nuestra autoridad.

ALBERTO: Ustedes son mi veneración, padre. Mi orgullo es tenerlos satisfechos... No me enredaré en la agitación que tenemos allá afuera.

TIBURCIO: Claro, nosotros no tenemos problemas con la autoridad [*Tiburcio abraza a su hijo con sincero cariño*]. En la noche que regrese, arreglamos todo para su viaje.

Tiburcio sale tranquilizado después de hablar con su hijo Alberto, aparentemente tendrá unos días de paz interior. Alberto lo mira

salir. Luego se sienta en el sillón de la sala y se mece los cabellos. Un instante después se levanta.

ALBERTO: Ay, maldito *Kalimán*. No sé por qué carajos leí tantas historietas tuyas. Pero ahora quiero decirte que tienes toda la razón. Más vale una mentira piadosa, que una cruel verdad.

Alberto se inclina detrás del sillón de la sala y saca un buen paquete de hojas impresas. Carteles de media carta con una nueva invitación al mitin o a la asamblea de la escuela. Sale, chiflando una canción de Judith reyes, antes de cerrar se le escucha una pequeña estrofa.

ESCENA V

Tres jóvenes con los ojos vendados tienen las manos sujetadas con cinta canela. En el fondo del cuartucho, hay un bote de plástico.

JOVEN 1: [*Para sí mismo*] Dense vuelo, malditos represores. Ya tendré oportunidad del desquite. Hay alguien más en el cuarto o ya se los llevaron a todo. Cuántos estamos encerrados en este lugar

ALBERTO: [*Responde con dificultad*] Sepa.

JOVEN 1: ¿Cuántos somos? Respondan.

ALBERTO: [*Con desaliento, pero con mayor claridad*]. Sepa.

JOVEN 1: Pues, vamos a contarnos. Yo comienzo. Uno.

ALBERTO: Dos.

JOVEN 2: [*Hablando por fin*]. Tres. [*Después de un breve silencio*] Falta el cuatro. Ya se los llevaron. Ojalá lo hayan soltado. O

cuando menos, que lo remitan a la peni, ahí lo podrán encontrar sus familiares.

JOVEN 1: Vamos a decir cómo nos llamamos, por si estos cabrones nos desaparecen, y alguno de nosotros quedamos vivos, que se los diga a la gente o a nuestras familias.

JOVEN 2: No, yo no digo ni madres, qué tal si en el pinche cuarto se encuentra algún agente, bien calladito el pendejo, y nos saca la sopa, todo por tu maldita propuesta.

ALBERTO: Tienes razón.

Los jóvenes permanecen un rato en silencio. De pronto el joven 1 comienza a quejarse. Los demás comienzan una temblorina de incertidumbre.

JOVEN 2: ¿Qué te pasa?

ALBERTO: ¿Te estuvieron golpeando?

JOVEN 1: [*Recuperándose, pero aún con dolor*] No, pero otra vez me dolieron los huevos, ya no los aguanto. Los tengo como pelotas y esos cabrones apostaron que todavía podían hacerlos crecer más.

ALBERTO: Yo me desmayé después de los primeros toques eléctricos...

JOVEN 1: Y a ti, tres, cómo te ha ido. ¿O te metieron con nosotros como oreja?

JOVEN 2: A mí me metieron con tu madre...

ALBERTO: ¡Ey, tranquilos! Nomás comienzan a discutir y me duelen las costillas, las debo tener todas totas. Pero, no se nota ningún moretón.

JOVEN 1: Son buenos esos polis... Para joder al prójimo.

JOVEN 2: Pues, jodidos estamos todos nosotros, pero eso si les digo. Cuando salga yo de aquí, si es que salgo, no me vuelve a agarrar con un bote de monedas ni con un bonche de volantes.

JOVEN 1: Yo... si salgo, me recupero y me meto a la escuela hasta quedarme las pestañas. Me convertiré en un gran químico y desde la escuela voy a transformar de uno a uno a este país. Y tú, número dos, ¿qué piensas hacer?

ALBERTO: Cuando me recupere, cuando pueda respirar bien, porque ahorita de veras que no aguanto las costillas, voy a pedirle a mi chava que hagamos el amor, me preocupa que siga funcionando como hombre [*El joven 1 y el Joven 2 se ríe de sus palabras*]. No es chiste, cuates. De verás que ahorita estoy más preocupado por eso, que por lo que pueda hacer más adelante.

JOVEN 2: Tienes razón, yo ya estoy preocupado porque tengo ganas de zurrar y quien sabe cuánto tiempo tarden en venir a vernos.

JOVEN 1: Ya no tardan, ya me están rugiendo las tripas. Ya hasta extraño el pinche vaso de atole que nos dan.

ALBERTO: Ojalá que ahora si le pongan azúcar [*El joven 1 y 2 vuelven a reírse*]. Órales, ya me agarraron de botana.

JOVEN 1: No, nada de eso: yo me acordé de los atolitos de mi jefecita. No nada más tú has sido un chavo mimado... Por eso, cuando salga de aquí. Porque voy a salir y voy ajustar cuentas con esos cabrones que nos han tenido años tomando puro atole de masa... Y cuando todo cambie, le voy a pedir a mi jefecita que aprenda a preparar otras cosas. Digo, porque ya tendrá para comprar otras cosas

JOVEN 2: Pero, mientras cambian las cosas, no sean gachos y, ahora que me den chance de zurrar, no vayan a estar de morbosos viendo cómo me siento en ese pinche bote.

Los tres jóvenes comienzan a reír, pero su humor es cortado de tajo, cuando se oye que alguien corre el cerrojo del cuarto. La risita que estaban empezando a verter de sus cuerpos maltratados, se convierte en un súbito temblor.

SOLDADO: Ahora sí, chamacos, aquí tienen su servicio al cuarto. Coman bien, porque al rato tienen una buena entrevista [*El soldado deposita en medio del cuarto tres vasos llenos de atole. Les desata las manos*], a tragar y nada de quitarse las vendas, porque me los tundo a culatazos. [*A ciegas, a tientas, los jóvenes se Acercan a gatas, para tomar el vaso de atole*] Abusados, cabrones, si lo derraman, corren el peligro de quedarse sin cenar o de tener que tomarse el atole directamente del piso.

El soldado los ve arrastrarse lentamente, como si los tuviera sometidos por completo y el fuera un dios al que se adora ciegamente.

ESCENA VI

Alberto y Lucía circulan por una calzada casi en oscuridad. Conduce una combi, decorado con cierto estilo psicodélico. Ella tiene un embarazo bastante avanzado. Sobre el cielo de la urbe, una gran cantidad de nubes grises se van concentrando. A lo lejos, aparecen las líneas sordas de unos cuantos relámpagos, pues la lluvia cae lejos de la escena.

ALBERTO: Tenías razón, nos vienen siguiendo.

LUCÍA. Por eso te dije que no te salieras por estas calles tan solitarias. Si nos detienen nadie se dará cuenta de lo que nos hagan.

ALBERTO: A ti no creo que te hagan nada.

LUCÍA: [*Alarmada y mirando por el espejo retrovisor*] Dios, mío, son dos coches. Seguramente esperaban a tenernos en un terreno solitario para juntarse.

ALBERTO: Ojalá sea algún vecino de la zona...

LUCÍA: ¡Ojalá...! Ya deberías saber que en estos asuntos la suerte no cuenta. Son choches de la Dirección Federal de Seguridad.

ALBERTO: Ojalá no te hubiera traído conmigo...

LUCÍA: Amor, no vuelvas a decir eso. Estas esforzándote por una revolución y tu alma de guerrillero no puede seguir con esas ideas. No quedamos que, por eso, muchos compañeros son apresados o desaparecidos. Siguieron pensando *ojalá* que el gobierno no nos descubra... *ojalá* que nuestro entrenamiento sea mejor que el ejército, *ojalá* que nuestro grupo tenga puros compañeros leales y han sido tantas nuestras debilidades que reunión tras reunión damos un brinco hacia atrás...

ALBERTO: [*Un par de relámpagos iluminan a los dos personajes*] Ojalá nunca te hubiera embarazado...

LUCÍA: Eso sí que no puedes decirlo. Tú no me embarazaste. En todo caso yo te obligué, pensando internamente que, a lo mejor, con un hijo nuestro en la familia, la lucha armada quedaba de lado, pero ya vi que no es así. Así que ahora tenemos que proseguir, precisamente por nuestro hijo. Cumpliendo nuestras tareas, pequeñas o grandes, pero con el firme propósito de que nuestro hijo pueda sonreír y recibir una mejor patria [*un relámpago con su trueno, culminan las palabras de Lucía*]. Si no continuamos, ni siquiera nuestros nietos podrán ver que les heredamos un claro sentido de lucha...

En ese momento se escuchan los rechinidos de un coche que se adelanta a la combi de Alberto y de Lucía. Alberto frena

intempestivamente. Se ven luces frente a ellos y otros faros que los iluminan por detrás. La combi ha quedado rodeada entre los dos vehículos. Varias sombras se acercan a ellos. Una lluvia pertinaz comienza a mojar a las personas del exterior y a empañar el parabrisas de la combi.

ALBERTO: [*Buscando en la guantera*] Por aquí le dejé...

LUCÍA: Ya no está, Alberto. Yo la bajé. Si la necesitas, tendrás que ir a la casa por ella.

ALBERTO: Ni siquiera podremos defendernos.

LUCÍA: Nosotros no somos soldados, a duras penas, sabemos quitar el seguro de una pistola. No tiene nada de malo ser mensajeros...

ALBERTO: Amor... Si nos separan y logras sobrevivir. Harás bien olvidarte de todo esto...

LUCÍA: No puedes pedirme nada de eso. Seguiré luchando, pero seguramente sin tanta desesperación... Jamás en creído en la lucha armada.

ALBERTO: [*Con cierta resignación*] Y otra cosa... si nuestro hijo puede disfrutar de este mundo, enséñale a sonreír. Muéstrale lo que es una sonrisa, una tan bella como la tuya.

LUCÍA. No dudes que lo haré. Pero, no pensemos en nada desagradable. Solo traemos propaganda.

ALBERTO: [*Triste, sin atreverse a revelar la verdad*]. A lo mejor los compañeros pusieron algo más en el vehículo...

Ya no se alcanza a ver la sorpresa en la cara de Lucía. En ese momento un culatazo rompe una ventanilla y sacan a Alberto. Lo tiran al suelo y lo tunden a patadas entre tres agentes. Lo mismo han hecho por la ventanilla de Lucía, la han sacado,

pero solo la han llevado hacia una pared y la encañonan para que no intente nada.

AGENTE 1: A ver, greñudito; vomita todo lo que quieras, porque no queremos que ensucies los pisos de los separos.

AGENTE 2: ¿Tardaste demasiado en realizar otra tarea para tu grupo, verdad? Ya nos estábamos desesperando [*ordenando a otro agente a sus espaldas*]. Búscales bien; ya sabes dónde puede estar el paquete. [*El agente se dirige a la parte trasera de la combi y comienza a hurgar, mientras levanta y arroja los paquetes de la propaganda clandestina*] Pensábamos que nunca volverías a salir con tus pendejadas.

AGENTE1: ¿Martínez, están los paquetes que nos dijeron?

AGENTE 3: Si, jefe: cinco cajas con cargadores y dos cajas de fúsiles [*sale limpiándose un poco la llovizna que le ha cubierto la cara*]. Mas las revistas y la propaganda que le pusieron encima.

AGENTE 1. Pues con eso te jodiste para siempre, pendejito [*le coloca otra patada a Alberto, que ya no da muestra de recibir el castigo*]. Martínez, llévate la combi. Nosotros cargaremos con esta mierda.

Dos agentes suben en rastras a Alberto en el vehículo delantero. Martínez se sube a la combi para conducirla. Atrás quedan los cuatro agentes del segundo coche.

AGENTE 7: Ya sabes qué hacer con la vieja [*se dirige al coche en compañía de los demás agentes*]. No te tardes [*los agentes comienza a dirigirse a su vehículo*], ya sabes que al jefe no le gusta andar tanto tiempo solo.

AGENTE 8: [*Aprovechando la distancia que han puesto sus compañeros*] Señora, escúcheme bien [*Lucía se lleva las manos*

al vientre, esperando lo peor], ya he matado a muchos, pero no quiero refundirme en el infierno si la mato a usted y al bebé. Así que voy a disparar dos veces y espero que tenga tiempo de dejarse caer al suelo. Si nos descubren, nos van a matar a los dos. Así que ayúdeme y ayudase usted.

El agente levanta la pistola y por un momento la sombra de Lucía se une a la de su ejecutor por medio de ese brazo amenazante. El cielo parece que reacciona a la situación y desde lo alto suena un sonoro relámpago y enseguida se escucha el trueno. El agente hace dos disparos en medio de la lluvia que comienza a arreciar. Lucía se dobla un poco. Se escucha otro tiro y Lucía cae por completo en el suelo. El agente no se atreve a mirar lo que ha sucedido; sin mirar hacia atrás, se dirige apresuradamente hacia el vehículo. Lo aborda por la única puerta que tiene abierta. La unidad comienza a avanzar sin que tenga tiempo de cerrar la puerta. Un par de minutos después, en pleno aguacero, con las manos en el vientre, como acariciando al niño, Lucía se levanta.

LUCÍA: ¿Ya ves, pequeño?: por algo tu madre estudiaba actuación. Hoy tuvimos suerte de dar una buena función. Vamos a casa. Vamos a esperarte con todo el cariño el mundo, para enseñarte a sonreír y para enseñarte a luchar. No me juzgues tan rudamente: a lo mejor piensas que yo fui la culpable de que se llevaran a tu padre. Pero, de veras, a nosotros no nos sirve una pistola. Salvo para que la tomes en la mano y te maten los profesionales. Ya sean agentes o alguno de tantos soldados que mantiene en pie a este Gobierno [*otro relámpago interrumpe su monólogo*]. Lucharemos, de eso no tengas duda. Lo vamos a hacer sin prisa, pero sin interrumpir nuestra tarea. A lo mejor tienes suerte y tienes la fortuna de ver que tu patria cambia

gracias a nuestras acciones. [*Lucía sale, con el peinado un tanto desacomodado, pero con una sonrisa que nadie podrá borrar. A pesar de la ausencia de su compañero*] Quizá también se te va la vida, como a muchos viejos y a tantos muertos que han luchado por un país mejor. No debes desmayar, hijo mío. Papá siempre tuvo claro que estaba prohibido dejar de sonreír.

FIN

PROHIBIDO DEJAR DE SONREÍR

Los despojos de Cristal

Severino Salazar, in memoriam.

El deseo olvidaba el riesgo y hacía posible los milagros. Como el de ahora, donde sus cuerpos hablan a gritos. Un aposento donde germinan silencios llenos de reverencias hacia el misterio. Cuando un leve rayo de luz se filtra por las cortinas del ventanal, surgen los cuerpos con más brillantez que la del exterior del mundo. La primera noche transcurrió entre las sábanas del Hotel Montecarlo. Manos entrelazadas y miradas tibias al momento de recorrer el malecón o bocadillos cubiertos de picardía en los restaurantes o consumir ardientes bebidas de las cafeterías. Las calles, los parques, se sabe bien, y los rincones con sus llamaradas, los sitios no mencionados confirman que el puerto de Veracruz está caliente, caluroso, pues. A ellos les hubiera gustado confirmarlo. Pero, ni siquiera han tenido tiempo para pasear, como en un principio lo pensaron. Salvo un viaje relámpago a la escollera, para admirar el mar surcado por gaviotas y pelicanos y una que otra tonina entre las olas. Fuera de eso, nada más ha pasado por sus ojos, salvo sus cuerpos como brasas. Después de pequeñas andanzas al restaurante, la habitación del hotel se convierte en la guarida perfecta para sus cuerpos. Los deseos apenas imaginados se revelan y conjugan

sueño tras sueño. No sé por qué, dice Areli, tengo la sensación de que alguien no deja de mirarnos.

—A lo mejor tu papá manda matarme, después de esto.

—Mi padre jamás ordena matar a nadie —dice Areli—; son chismes de la gente.

—Bueno, si resultara verdad lo perdono. Después de tenerte, todo habrá valido la pena.

—No sé para qué te dije que me sentía vigilada. Nada más te preocupé. No seas tontillo; nadie sabe dónde estamos... ¿Quién podría mirarnos?

—En todo caso, soy yo quién te devora con los ojos —sentenció Jacinto.

—Mejor devórame con tu boca, mi rey...

Dialogan en la brevedad y, enseguida, guardan silencio. En su caso, resultan inútiles las palabras para decirse lo que nunca le han expresado a nadie más. Les parece suficiente el suave aire expulsado por entre los labios y los chasquidos de sus lenguas resultan riquezas extraordinarias. Las aspiraciones de la nariz trazan caminos que sus cuerpos nunca han transitado. Areli apenas ha llegado a la mayoría de edad y ya sabe que ha perdido la razón. Aunque, desde los 16 viene saboreando una dulzura tan misteriosa como su soledad. Jacinto le lleva siete años y largas jornadas de cruda realidad. La muchacha lo conoció apenas unos meses antes, cuando varios campesinos salieron de la oficina de su padre, donde acudieron para cerrar sus negocios. Su interés se manifestó primero, recuerda Areli, como curiosidad ante el estudiante que viene de la ciudad, con sus manos libres de callos. Lo encontró con una mirada devota y profunda ante las páginas de sus libros. Otros, de manera obvia, miraban las caderas de las hembras y los senos abundantes. Esa era la costumbre de los hombres que la rodeaban, incluyendo a

su padre. Todos ellos, machos de gran vileza, se concentraba en juzgar y añorar las carnosidades de las hembras que se cruzaban ante sus ojos. Jacinto se dirigía a las mujeres con una pequeña inclinación de cabeza. Les saludaba siempre con cordialidad y con expresiones siempre cubiertas de una ternura tenue. Areli lo percibió en cada ocasión en que se dirigía a ella. Luego, por principio de cuentas, aceptó que le gustaba su silencio. Su padre decía algo parecido sobre Jacinto.

Ese maestro que viene con el viejo comisario casi no habla, pero, regularmente, se sienta junto a él y se dan la maña para aconsejarse cada que lo requieren. El viejo Eleuterio confiaba demasiado en ese joven ciudadano, capaz que terminan por meterme en problemas. Sea como sea, en esta ocasión todavía pude comprar la cosecha a buen precio, barato, que es lo que conviene a mi persona. Pero, si las cosas siguen tal como van, el próximo año, se quedarán mis bodegas vacías. Mal aconsejados se irán, sepa a dónde, con tal de ganar unos cuantos pesos más y con tal de perjudicarme. Se lo decía a sí mismo, aunque Areli pensaba que su padre venía conversando con Rosendo. Siempre he pensado que son más de temer los que se quedan callados, Su capataz parece un ídolo de piedra, ahí, a su lado, sin pestañear siquiera ocupando el lugar que su patrón le tiene asignado. Lo mismo podía estar escuchando o extraviado en su universo petrificado. Me encantan los hocicones, porque termina uno por conocerlos tan bien, que resulta más fácil romperles la jeta. Eso había dicho su padre, pero no se dirigía a ella. Areli se enteró cuando su padre se dirigía a la camioneta y salía en compañía de Rosendo, su guardaespaldas, que funcionaba en el rancho como capataz, y a quién consideraba su mejor hombre, su brazo derecho. Un brazo echado a perder, se decía Areli. Soy incapaz de mirarlo de frente, porque me encontraría su cara de mulato

espantoso y con su rechinante voz de víbora. Seguro que las víboras se comunican entre ellas; aunque mi padre nunca me ha permitido que me adentre al monte, desde que una alimaña mató a mi madre. Según dice de la gente, los bichos se retuercen de pasión al inicio de la primavera. No es bueno acudir al monte en esa temporada. Areli experimentaba una sensación de fragilidad cada vez que se le acercaba Rosendo y, en muchos sentidos, una repugnancia que no podía explicarse.

Patrón y empleado, venían hablando de ese joven capitalino que asesoraba a los campesinos. En otro caso, nunca habría escuchado ni conocido a Jacinto; ahora sabía que había un hombre callado, a quién su padre tomaba en cuenta porque amenazaba sus negocios. A diferencia de los campesinos, los cuales eran sumamente callados ante su padre y cuya ausencia de palabras no lograba atemorizarlo, este estudiante soltaba apenas unas cuantas palabras y surtían un efecto claro y preciso. Una tarde, la niña consentida de Praxedis Navarro, fue de compras al puerto de Veracruz. Se surtió de varios artículos y, casi en secreto, adquirió prendas íntimas pensando en lucirlas ante el primer hombre que llegara a su vida. ¿Por qué no hacerlo ante aquel joven maestro que vino a trabajar en la sierra con los cafeteros? No sólo era la novedad de lo fuereño aquello que la cautivaba. Sino esa imagen de hombre sufrido, casi un mártir ante las inclemencias de la lluvia y de las duras faenas de la siembra y de la cosecha. Ese hombre que los campesinos sabían estudiado, pero sobre todo un buen compañero. No era nada creído, nada petulante. Jacinto, a diferencia de muchos otros prospectos de agrónomos y de profesores comunales, aguantó muchos meses de lluvias y de calor, el acoso de insectos y mosquitos, diarreas vergonzosas y un par de resfriados que casi le funden el cerebro, hasta ser reconocido cómo parte de

la comunidad. Luego de dos años, curtido por las inclemencias del clima y del trabajo, fue reconocido por la comunidad como un hombre de Palabra.

Ahora ya era parte del pueblo, incluso en otras comunidades también se le quería, pese a lo callado que se miraba en las reuniones. Muchos reconocían que su presencia servía para darle cauce a las ideas y para tramitar los documentos ante las autoridades o personas que atendieran las necesidades de los campesinos. Después de ese reconocimiento que le brindaba la gente y de la atención que le brindaba Praxedis Navarro, Areli se quedó obsesionada con el joven profesor. ¿Por qué no lucir las prendas delante de ese hombre, sólo unos años mayor que yo? Así que, una tarde, se dirigió a las tiendas de la capital y, como pocas veces lo había hecho, se agenció de cosas que antes le parecían insustanciales. No tenía por qué cuidar el monto gastado, sólo se dedicó a pensar cómo lucirse para caminar derecho a la felicidad. Debo mostrarme como una hembra decidida, bien vestida o bien desvestida, pero oliendo a diosa, se dijo Areli. Se tenía tal confianza que sólo fue cuestión de tiempo para adentrarse en los ojos de Jacinto.

—Usted huele rebonito —le dijo en cierta ocasión Rosendo.

Areli no pudo ocultar su cara de fastidio. Y para que no viera su molestia, casi asco; volteó para otro lado de la finca.

—Si necesita algo, si gusta que le acompañe a la capital, usted me dice... —tuvo un titubeo si en mencionar su nombre, pero finalmente sólo dijo— ...señorita.

Areli no pudo evitar ser tan cortante con el hombre de confianza de su padre. Lo correcto hubiera sido que esas palabras las pronunciara el hombre de sus sueños. Además, conque derecho la nombraba por su segundo nombre. Aquel

que le pertenecía al sagrado recuerdo de su madre. Claro, Areli desconocía los vericuetos de la mente de Rosendo. El capataz conoció a su madre, que llevaba los dos nombres y los heredó a la hija, y siempre estuvo prendado de ella. Areli jamás se hubiera imaginado que ese hombre tan tosco estuvo profundamente enamorado de su madre y que le dolió su muerte quizá más que a su propio patrón. Ese delirio de poseer a la mujer de Praxedis Navarro, lo transmitió a la hija, eso ya no fue amor, sino atracción. Un insano propósito de reparar un sueño roto, que una serpiente venenosa le había estropeado. Conforme la fue viendo crecer, y constataba la belleza que venía de su madre, comenzó a soñar con ella. Con la intención de ajustar cuentas con sus deseos, compró su terreno lejos de las tierras de su patrón y comenzó a construir su casa, con el propósito apenas confesado de terminar unido a la niña del patrón. La víbora le había mordida una mano y, para que no avanzara el veneno, Rosendo desenfundó el machete para cortarle el brazo. Miró al patrón para obtener su aprobación, pero Praxedis le dijo que no, que nadie mutilaría a su Cristal. Entre los dos la cargaron y la sacaron del monte para llevarla a la camioneta. Avanzaron por la brecha, Rosendo al volante, el patrón abrazando a su mujer. Cuando el sudor se les enfrió en el cuerpo, se dieron cuenta de que el veneno había llegado al corazón de Cristal. La camioneta llegó a la clínica empujada por la tristeza, pero sólo para confirmar la muerte de la mujer. Así que Rosendo era uno de los pocos que conocía los dos nombres de la hermosa heredera, tan bella desde adolescente y que se llamaba como su mamá: Areli Cristal.

Aquella historia parecía olvidada, pero no los sucesos recientes, donde estaba incluida la presencia del joven profesor. Jacinto se tornó una figura relevante en el pueblo. Primero

trabajó para exigir la devolución del camión de volteo. El vehículo pertenecía al municipio, pero Praxedis Navarro lo utilizó para realizar sus propias labores. Claro, desde que llegó la unidad, nadie supo cómo aprovecharlo para solventar algún servicio. Así que, al momento de recibirlo dentro de los bienes del Ayuntamiento, se apropió de la unidad. Apenas estaba a la mitad de su primer periodo como presidente. Luego fue y vino por la diputación estatal y tuvo otros periodos como el mero preciso del municipio. Anduvo de un puesto a otro, hasta que casi se olvidan del camión de volteo. Sin embargo, el profe Jacinto puso en claro en una asamblea del ejido, que en el municipio contaban con un volteo y que podían solicitarlo prestado. Aquel asunto inició para apoyar a los ejidatarios de “El Chorrillo”, población incrustada casi en la punta de la sierra, querían construir mejores viviendas y como ya tenían una brecha amplia, el camión de volteo sería utilizado para subir los materiales para construcción. Jacinto les informó, con papeles en la mano, que el municipio contaba con un camión y que era necesario averiguar dónde estaba el vehículo y aprovecharlo en su comunidad. De esta forma no pagarían el flete a la Casa de Materiales, que terminaba siendo más costoso que los mismos productos. Por eso se supo que el camión estaba en manos de Praxedis Navarro, quien alegó que ese camión era más bien suyo. Yo lo he mantenido en pie, porque, cuando lo saque del estacionamiento de la presidencia, estaba yonqueado, sin ruedas que se pudieran inflar y con media maquinaria echada a perder. Así que, si gustan, se lo devuelvo a la presidencia, pero sin llantas, o pidan al nuevo cabildo que me pague los gastos invertidos en la reparación. El ayuntamiento no tenía para cubrir lo gasto, pero le exigió que lo devolviera en las condiciones que fuera posible. Así se hizo. Praxedis Navarro se quedó con los viejos

neumáticos y con la mitad del motor que no podía utilizar en ningún otro mueble. El camión volvió a la presidencia, jalado por bueyes y con llantas de medio uso. Praxedis Navarro, en apariencia ganó la batalla, pero no la guerra. Mas tarde, entre varios campesinos y varios ejidatarios interesados, cooperaron para comprar las nuevas refacciones y echarlo a andar. Unas semanas más adelante, el cacique tuvo que venderles las piezas que conservaba del camión, para que no se le echaran a perder y, por si eso fuera poco, se quedó sin ese camión. Desde luego que tenía necesidad del transporte y, cada que necesitaba un viaje, tenía que entregar su aportación a los encargados de los bienes comunales. Teniendo vehículos más nuevos, prefería pagar la cuota, para no utilizar los suyos en las infames brechas de la región. ¿De dónde sacarían la información para recordar ese viejo asunto? No sería obra del profe Jacinto, ¿verdad? La pregunta se la soltó directa a su compadre Doroteo, quien estaba ahora como presidente municipal. La información siempre estuvo disponible, respondió Doroteo. A lo mejor les ayudó con el papeleo, pero hasta ahí. Si me llegó a enterar que fue obra de ese profesorcito, pronto sabrá que nadie le pone más rayas al tigre. No se trata de obrar fuera de la ley, comentó Doroteo, tratando de contener los pensamientos desbordados de Praxedis. Sin olvidar que él lo había candidateado, terminó sus dichos: Pronto sabré quién anda alebrestando a la gente y ahí mismo le ajusto cuentas. ¿Cómo se atreven a reclamarme cosas que ni siquiera saben cuidar? Y, tú, compadre, ¿para qué les autorizas que se queden con esos fierros? Si no dejo que los campesinos administren el camión de la presidencia, me andan quemando el palacio y de paso mi casa, con todos mis puercos adentro, le respondió a media voz su compadre Doroteo. Ah, qué pinche compadre tan zacatón, ahora me sales con que los

campesinos queman casas. Ninguno de ellos, escucha bien Doroteo, están hechos para fregarme. Entre la gente de razón, sabemos quiénes se cuadran y se alinean a la hora de las decisiones. No todos pueden sacar provecho. Pero, ya tomé nota: ese líder cagado de Eleuterio y el dichoso profesor Jacinto, ya no harán más tarugadas contra los intereses de Praxedis. Con una calentada y su correspondiente arrastrada por el monte, les calmaré los humos de grandeza, sentenció. Sin embargo, esa misma tarde, a lado de su compadre Doroteo, desde la esquina de la cenaduría donde ese estaba tomando una soda, vieron pasar al camión de volteo lleno de materiales. La unidad se enfiló rumbo a la sierra y, pedorreándose en medio de nubes de humo, se fue perdiendo entre el verdor de la sierra.

Ahora, en otra esquina y en otra plaza. Rosendo mira por entre la víscera caída de su sombrero, como la parejita se alimentan, con un tenedor que va y viene entre sus bocas, cargado de una porción de enchiladas rojas. Una furia le carcome el pecho, no le gusta que esa hembra ande en los brazos del lidercillo que entorpece los negocios de su patrón. Además, se siente menospreciado, porque la chamaca nunca le dio alas y ni siquiera le obsequió una de sus miradas, Así que tenía que saberlo Praxedis Navarro. El patrón nunca le pidió que siguiera a su hija, pero cuando Rosendo la vio salir de la finca con una maleta repleta de ropa, pensó que Areli se fugaba del hogar. Decidió seguirla sólo para descubrir que su viaje terminaba en el puerto. Unas horas después, presencié en feliz encuentro de la chamaca con el profe Jacinto. Esa tarde, en las esquinas de la plaza, se confrontaron dos pasiones. En una de ellas, aparecía el odio quemante del Golfo de México y, en la otra esquina, florecía una primavera llena de ternura y de pasión. Veremos

qué dice el patrón cuando sepa esto, se dijo Rosendo. Luego dejó de mirarlos, porque le dolía los hechos,

Fue precisamente en las cercanías del camión del volteó, cuando Areli aceptó el noviazgo clandestino con Justino. En el último viaje de la jornada, algún vecino de “El Chorrito” transportó una docena de puercos y, durante el viaje, dejaron la caja del camión completamente zurrada. El profe Justino se ofreció a lavarlos con la ayuda de sus alumnos, pues, finalmente, sus padres transportaban diversos animales. Además, pensó que la tarde sería provechosa para realizar un convivio en las orillas del río. Así que trepó a los chamacos más grandes y, con algo de comida y unas cuantas cubetas, salieron de excursión. La mayoría de ellos llegaron a pie, pues nadie se animó a subirse en la caja cagada. Durante el trayecto, cortaron algunas ramas del monte para elaborar las escobas que serían utilizadas en la faena de limpieza. Un elemento importante de ese viaje fue la gran grabadora que alguien prestó. Estuvo sonando en la orilla del río, a todo volumen, claro, solamente mientras duraron las pilas.

Mientras esperaban a que la caja del camión se secase en la orilla del río, se apagó un poco el jolgorio, porque llegó la camioneta que conducía la hija del cacique. Las palabras resonantes cambiaron a frases perdidas en murmullos. Esa es la ricachona del pueblo, profe, le explicaron algunos alumnos, pensando que no lo sabía. Ya viene a quitarse la mugre, dijo uno. Podrá tener mucho dinero, dijo otro, pero también a los ricos se les pega el cochambre. Después, entre ellos mismos se codearon, porque recordaron que al profe no le gustaban aquellas expresiones. Ninguna persona que sea distinta dentro de la comunidad merece ser discriminada. Si este respeto se le rendía a los demás, lo mismo sería con esta joven mujer, que le llenaba de alegría la mirada. Areli bajó del vehículo conducía

siempre a solas. Jaló una bolsa en sus manos y caminó río arriba. Ahora sí, profe; ya tiene con quién platicar o *entretenerse*. Extendieron las manos señalando la vereda por donde Areli había caminado. Nomás camine uno poco y llegará a la Posa Verde. Ahí la podrá contemplar redondita y casi como Dios la mandó al mundo. Nombre, muchachos, dijo Jacinto, no es bueno andar espiondo a la gente. No, profe, no lo estamos mandando a espiar. Sólo piense como le paso por enfrente, casi rosando sus narices. Está muy clara la invitación para que la siguiera. Eso mismo pensó Jacinto, pero no quería abandonar su rol de maestro. Se esforzaba siempre por practicar con el ejemplo ante los alumnos. Sólo la saludó con cortesía y la miró pasar. Luego, se esforzó para que no descubrieran ninguna esperanza en su rostro ansioso. Además, no queremos que nos cuente nada de lo que usted vea. No creemos que vea nada, pero si algo ve, se lo guarda para usted. Jacinto no tomaba la iniciativa y, como todavía se resistió un poco, los chamacos lo corrieron del río a pedradas. Órale, profe collón, si no camina, la tundimos a pedradas. No será nuestra culpa si le rompemos la maceta a puro rocazo, para que aprenda a ser hombrecito y pueda acercarse a la mujer que le gusta sin que le tiemblen las corvas. Así, entre obligado y gustoso, caminó también río arriba, hacia la Poza Verde, escamoteando las pedradas que no representaban ningún peligro para su cuerpo. Su corazón era el que verdaderamente estaba en riesgo, pero, ese ya estaba en otras manos, desde que se atrevió a recibir las primeras sonrisas de la hija del cacique. Areli ya lo traía entre ceja y teta, como alguna vez expresó don Eleuterio, diciendo que nunca sería grave para un hombre, caer en las artimañas de una buena hembra. Y eso sucedió con el profe Jacinto: cada uno de sus pensamientos ya

contaban con una dueña y sólo le quedaba manifestar abiertamente su consentimiento.

Jacinto llegó a la Poza Verde, la orilla del río relucía como si estuviera adornada de esmeraldas. Las piedras enlamadas y los montones de hojas que permanecían por encima de la corriente transformaban el paraje en algo mágico. Buscó a la hija del cacique entre las aguas estancadas, miró a detalle bajo alguna sombra, pero no distinguió a nadie. Caminó como si no supiera que alguien podría estar ¿desnuda? entre esas aguas. Pensó que, quizá, ya habría terminado de bañarse y que, en el mejor de los casos, ya se estaría vistiendo en la orilla del río. No la encontró, porque sencillamente no quería dar con ella. Así que se acomodó en una roca y se puso a contemplar la corriente. Como no traía cigarrillos, se llevó a la boca una varita y la utilizó como mondadientes. Cuando estaba a punto de regresar a lado de sus alumnos, escuchó una voz llena de ternura y, en cierta forma, de lumbre.

¿Me ayudas a vestirme o me quedó así? La pregunta recorrió su espalda y él, que miraba hacia el río, sintió que la corriente comenzaba a hervir. La voz tenía un pleno dominio y, sobre todo, viniendo detrás de él, quedaba claro quién dominaba la situación. Todavía hace mucho calor ¿verdad? Jacinto volteó y apenas pudo controlar sus ojos para que estos no salieran lejos de su cara. ¿No gustas bañarte conmigo? Areli estaba desnuda, debajo de una toalla amplia que cubría de manera sugerente toda su hermosura costeña. Jacinto se quedó completamente aturdido, su vista se fue cubriendo de pasión. Martín apenas pudo contestar que sí: sería un honor bañarme con usted. Areli le tomó de la mano y lo jaló al río, ella cayó en las aguas desnuda. Jacinto ni siquiera pensó en despojarse de la ropa y tampoco sintió la frialdad de la corriente. Por la noche, se ahogaba de

la risa. Porque, horas después de aquel chapuzón, de aquellas primeras caricias y de aquellos tiernos besos, recordó lo dicho: Sería un honor..., pero ¿qué asno fue capaz de expresarse de tal manera en una situación así? Después de todo, no estuvo nada incorrecto. Los primeros escarceos de su deseo fueron intensos y, teniendo ante la vista esa naturaleza de tanto verdor, la sensación de amor resultaba más profunda. Sin embargo, los dos acordaron que la primera entrega tendría que ser en otro lugar y en otro momento, para que estuviera rodeado de una magia plena.

A ver si no se pasa pal otro bando, dijeron apesadumbrados algunos padres cuando sus hijos le informaron del encuentro amoroso de Jacinto con Areli. O sea ¿qué se puede volver marica? Dijo alguien ingenuamente. Su bobada causó risa entre los presentes y se hizo necesaria la aclaración. El profe ha demostrado ser un hombre derecho. Todos hemos visto cómo se interesa en resolver los problemas de la comunidad y cómo se ha unido a nuestra organización sin buscar comisiones de ningún cargo. Pero, podría ser que, a partir de su noviazgo, termine siguiendo las patrañas de Praxedis. Ya veremos qué sucede, exclamó el viejo Eleuterio y abandonó la reunión para que no se extendiera el desaliento. Sus muchos años de lucha, pero sobre todo su fe en los compañeros, le obligaban a custodiar la esperanza de la comunidad. El compromiso de lucha, a lado de Jacinto, se estaba acrecentando y no quería ponerlo en riesgo con habladas insensatas, En efecto, hubo un cambio de bando, pero no fue la del profe a favor del cacique, sino de la hija de este, Areli, hacia los ejidatarios. Por principio de cuentas, comenzó a defender los dichos de Jacinto. Luego apoyó algunas causas de los campesinos y, llena de ilusiones, se las presentaba ante su padre. A que güerca tan deschavetada, decía Praxedis,

ya le dio por llevarle la contra a su padre. No cabe duda, se decía internamente. cuánta falta le hizo su madre, mi querida Cristal, para que le enseñara a no contradecirme.

—Es que ya está en edad de merecer —comentó Rosendo, el hombre fuerte de Praxedis Navarro, pensando que era un momento de confianza entre el empleado y el patrón. La respuesta que le dio su patrón fue tan abrupta, que, poco faltó para que se quedara sin dientes: el cacique le soltó un manazo en pleno rostro y le reventó los labios.

—Y tú ¿qué chingaos le andas viendo a mi hija?

—Usted dispense, patrón —dijo Rosendo, sin atreverse a limpiarse la sangre de su labio roto—; son cosas que se le salen a uno. No tenía intención de molestarlo.

—No vuelvas a hablar de mi hija como si fuera una hembra: todavía es una chamaca. ¿Entendiste? —Rosendo afirmó con la cabeza para tranquilizar a su patrón—. Y, cuando crezca, no quiero que vayas a pensar en ella como mujer. Por tu propio bien, te lo advierto desde ahora, ni siquiera la mires.

Rosendo agachó la vista y apenas alcanzó a decir: Como usted diga, patrón. No eran sus terrenos, lo comprendía de sobra. Sólo un burro se atreve a alebrestar al patrón, cuando este casi revienta de coraje por las actitudes de su hija. Si me sabía muy bien la historia, se reprochó Rosendo. Muchas veces lo escuché decir, ante cualquier pelado de la región, que la miel no era para los burros. Y, cuando se expresaba de tal manera, siempre tenía la mano sobre su pistola. Rosendo, nunca aprendes, se dijo. Pero, en el fondo, quedaba claro lo que decía la gente: la niña del ricachón anda en buenos tratos con el profesor de la escuela. Si el patrón no quiere entender que su hija está más caliente que el mismo infierno, que le crezcan barbas en pleno otoño. Viejo desgraciado, siguió pensando

después del manazo. Luego, Rosendo alejó las maldiciones de su boca. No tenía por qué pensar mal del patrón, siempre había metido el hombro por su persona. Lo recogió chamaco y le quitó el hambre con gordas gruesas. Lo dejó crecer bajo los tejados de sus casas y, ya de grande, empezaron los viajes con propósitos inconfesables, las hembras públicas y las privadas, la participación en los negocios de la distribuidora cafetera, la apropiación mediante chanchullos de algunas tierras le aprendió a tirar patadas y tiros para tumbar a la gente, hasta que se convirtió en el más hábil para agregar la golpiza exacta para que obedecieran a su patrón sin chistar siquiera. Ante los duros, también supo responder: fueron unos cuantos cristianos que terminaron perdidos en la sierra. Estas habían sido algunas acciones imposibles de confesar, de las cuales no se arrepentía, aunque hubo actos muy crueles. Todo aquello había valido la pena. Al grado que ahora, Rosendo también quería sentirse el gran rancho. El patrón no lo sospechaba siquiera, pero no muy lejos de ese territorio, Rosendo estaba levantando su casa de piedra, donde se extraviaba su razón y soñaba con robarse a Cristal. A la hija de su patrón, que todos conocían como Areli. Era una construcción enorme, para que aguantara las tormentas y las lluvias despiadadas y también las balas, por si alguna vez, alguien tuviera la intensión de madrugarlo, como él había madrugado a unos cuantos fulanos. Difuntitos que no recaían en su conciencia, porque los había tumbado por orden de su patrón, nada más y nada menos que ese tal Praxedis Navarro que sumaba tantas tierras, unas a nombre de sus queridas o de otros prestanombres, tan desmesurado el propósito que, a veces, hasta él mismo olvidaba cuantas propiedades poseía. Puede ser tan ambicioso como siempre, pero si no cuida a su diablita, se dijo Rosendo, alguien vendrá a meterle todas sus tierras por el

culo. Sólo debo dejar de pensar en la chamaca, para no tener que poner nunca jamás la otra mejilla. Pero, una ofensa, así sea del ricachón del pueblo, no debe pasarse por alto. Por esta y por aquella, se juró Rosendo, me queda claro que, este tipo al que consideran un animal mantendrá fresca siempre la memoria. No estoy para olvidar cómo me han visto los demás. No se puede despreciar a nadie, sobre aquellos que recibieron algún apoyo de mi persona. Nunca debieron considerar menor a alguien de sus propios adeptos: ciertas lealtades pueden ser barridas por abandonos y descuidos.

El tiempo sólo relega las cosas. En aquellos días, Rosendo no tenía la obligación de volver a la finca de su patrón. Contaba con tres días de asueto y, mientras el patrón pensaba que se iba de putas, el aprovechaba para visitar su casita. Apenas era una obra en construcción, pero estaba pensada para algo grande. Manejaba gustoso y hubiera llegado a su destino sin contratiempo a tomarse las cervezas que compró para el camino. Pero, a medio trayecto su propósito se alteró. Con la vista siempre alerta, reconoció el vehículo de Areli en la misma carretera. Desde la camioneta, la siguió a una distancia prudente para que ella no se diera cuenta que alguien le seguía los pasos. La muchacha no pensaba en otro destino que, al parecer, nunca volteó a mirar por el retrovisor, ni siquiera como gesto de seguridad. Como una sombra sigilosa, Rosendo avanzó detrás de ella el tramo de la carretera y las primeras calles del puerto. Cuando Areli se introdujo en el estacionamiento de Hotel Montecarlo, él siguió de frente. Se estacionó lo más cerca que pudo y de inmediato regresó sobre sus pasos. Casi de inmediato confirmó sus sospechas. Jacinto seguramente había viajado en autobús, porque ya la estaba esperando. Luego, Rosendo presenció la reunión de Jacinto y Areli. Se dio a la tarea de seguirla, sin revelarse a

sí mismo los celos le carcomían las entrañas. Son chingaderas, se dijo esa misma noche al llegar a su hotel, donde apenas alcanzó a zafarse las botas, para rumiar su propio odio. Ni cómo reírse de un matón sin sentimientos, condición que pregonaba la gente, que se ha enamorado de la mujer más imposible de todas. El rencor lo orilló a pensar en perjudicar a los noviecitos. Será fácil, se dijo, encontrar pruebas de su relación para llevarle la noticia al patrón. Ya se conocían muchas cosas del asunto y, más que rumores, se divulgaban certezas de ese noviazgo en el pueblo. Sólo Praxedis Navarro, el patrón, conservaba la idea de que su hija era una blanca paloma. Por eso, al siguiente día en el puerto, mientras la pareja se disponía a almorzar, Rosendo buscó un fotógrafo. Lo encontró de inmediato, con una cámara instantánea siempre lista para capturar las alegrías de los turistas. El hombre lo confundió con un posible cliente que no quería perder alguno de sus recuerdos. Oficios de ese tipo pululaban en la orilla del malecón y, mediante una breve charla y una buena gratificación, le pidió que fuera lo más discreto posible y que tomara una buena imagen de la pareja. El fotógrafo, acostumbrado a ganar dinero fácil, y ahora por partida doble, se acercó a la mesa del restaurante y disparó dos veces su cámara. La primera impresión salió de inmediato y, poniéndola en mano de Areli, se la ofreció a la pareja, Ella aceptó de inmediato, pues aquella imagen retendría el recuerdo tanpreciado. Jacinto pagó sin medir ninguna consecuencia, salvo la sensación de agrandar a su enamorada. Más adelante, el fotógrafo se encontró con Rosendo y le vendió la otra impresión. No preguntó para qué sería utilizada la imagen, sólo recibió el dinero y se marchó para confundirse con la gente del puerto.

Acostumbrado a ser un hombre fuerte, Rosendo miró al par de tortolitos acaramelados y muy juntos en la mesa. El

resentimiento hacia los dos jóvenes echó profundas raíces y, por eso, apenas pasada la medianoche, abandonó la habitación y se dijo que esos mocosos no llegarían muy lejos en su relación. La oscuridad de la carretera muy al principio y luego el zangoloteo de la camioneta por el camino descompuesto, terminaron por acomodarle los malos pensamientos en el corazón. Además de cobrarme el desprecio y la indiferencia de la chamaca, se dijo, trataré de ajustarle cuentas al patrón y dejamos en cero las humillaciones y las bofetadas. Voy a que sí.

Quiero estar junto a ti muchas horas, muchos días... Bueno, deseo permanecer a tu lado durante incontables abrazos e infinitos besos, que es otra forma de medir el tiempo a tu lado. Areli pretendía desaparecer del mundo cuando sus deseos se enfilaban en un solo suspiro. Jacinto, al principio, no quería dejarla hablar ni tampoco escucharla. Sólo pensaba en hacerla suya, lo mismo bajo las sábanas que dentro de las aguas friolentas de la alberca, donde sus ganas seguían firmes. No encontraba trabas ni impedimentos en contra de su pasión. La dicha tenía su mayor confirmación en el cuerpo moreno y bien formado de Areli. Ya no se preocupaba por saber quién era su padre ni entender que Praxedis Navarro nunca lo aceptaría como yerno. Sobre todo, si continuaba haciendo faenas y planes con la bola de mugrosos ejidatarios y campesinos a los que orientaba en su defensa. No, mujercita, yo no oriento a nadie, le confesó a su futura novia, me gustaría contar con esa capacidad o esa sabiduría, pero esa percepción es falsa. Areli no terminaba de creerle. Muchos creían que actuaba con valentía por provenir de la ciudad y que le gustaba hablar primero de que otra gente o marchar en la primera fila, siempre adelante, muy protagonista el profesor. En realidad, los campesinos discutían sus propias maniobras. Claro que, en los tiempos

recientes, esas marchas se estaban presentando una tras otra. Muchas comunidades no aceptaban que sus días empezaran con la aparición de algún descabezado. Muchos conocían a la parentela del difunto y, desde luego, también sabían quién era la viuda, y los apuros que se avecinaban para alimentar a sus críos, abandonados en el mundo y hasta de fea manera. Por esos motivos, algunos ejidatarios soltaban las riendas de la yunta y, mientras celebraban el duelo, empuñaban el machete. En sus ratos libres, entre platicas y enojos, el triángulo iba y venía por el filo de la herramienta, hasta dejarla tan reluciente que servía muy bien para cortar el aire. Entre esa búsqueda de justicia, de veras ciega, quedaba algún policía municipal desvivido a machetazos. Entonces, se hablaba de una rencilla por una hembra robada, de una gresca de borrachos. Nunca se tocaba fondo. No eran muertes por los desalojos, ni por los sembradíos destruidos. Tampoco se achacaba esa violencia al papel de los acaparadores, cuya única función consistía en pagar precios ínfimos a cualquier cosecha; vainilla, café, maíz o frijol o a otros productos que, a veces, se abandonaban en el campo, porque resultaba más costoso pagar a los jornaleros que lo obtenido por la cosecha. Pero, esa situación estaba cambiando. Jacinto trataba de convencerlos de que esa forma de lucha no servía. Los muertos tienen la misma cabeza hueca que los testarudos que se hacen justicia por propia mano. ¿Para qué gastar el filo del machete? Pronto habrá otro ladrón en la presidencia y otro represor en la comandancia. Aunque sean campesinos también, los soldados que nos persiguen vienen de otras tierras, también mexicanas, pero, como están muy alejadas, nunca nos verán como hermanos. Nunca entenderán que sus salarios van manchados de sangre; al final, sólo son otras personas preocupadas por llevar alimento a su familia. Por eso, no les duele someter

a otros pobladores. No se tocan el alma, porque, a pesar de ser campesinos mexicanos, no son de la región y así les resulta más fácil soltar los tiros que sean necesarios, para acatar las ordenes de sus jefes en turno.

Jacinto platicaba estos temas con los campesinos y ejidatarios, sobre todo con el viejo Eleuterio, que tenía ideas semejantes y mucha experiencia en las luchas campesinas y en estrategias de organización. Además de estos antecedentes, el viejo tenía una cualidad extraordinaria dentro de su comunidad: una honradez a prueba de todo. Contaba con la mejor coraza que lo llenaba de fuerza y liderazgo entre la comunidad. Jacinto y Eleuterio concordaban en que, detrás de cada atropello, había una cabeza maligna que ordenaba y muchos peones que ejecutaba los planes y las acciones más deplorables en contra de la gente que se oponían a su paz y tranquilidad. Ambos fueron buscando datos y consultaron fuentes y pronto confirmaron lo que se decía a voces: con pruebas en la mano, se identificó a Praxedis Navarro, ex presidente municipal y ex diputado local, como el principal responsable de la represión institucional en la comarca. Unos años antes, se decía, se retiró de la política, porque ya no le alcanzaron sus estudios para seguir escalando peldaños en el poder del estado. En el fondo, quedaba claro para muchos conocidos, que se alejaba de las luminarias del poder político, para concentrarse en sus negocios. Ahí estaba como único dueño de una exportadora de café, varios ranchos cafetaleros, lo mismo que sus buenas cabezas de ganado y unas cuantas forrajeras donde acaparaba la compra y venta de productos del campo, sin permitir ni siquiera a baja escala, la venta de fertilizantes ni ningún otro producto necesario para la siembra. Esa era parte de la vida de Praxedis Navarro.

Y ahora, ahí estaba ese hombre, con el rostro desencajado, porque se daba cuenta que su hija estaba más ligada a sus contrarios que a su propia empresa. Ese noviazgo que se murmuraba en el pueblo era más real que todas sus propiedades atesoradas y que ni siquiera podía recorrer en un solo día. Rosendo, el hombre que le había llevado la fotografía, permanecía en silencio. Falsamente apenado por la tristeza de su patrón, pero dispuesto a acrecentar el torrente venenoso de Práxedis Navarro. Me ha fallado la muy desgraciada. Mira que irse el fin de semana para entregarse a ese maldito profesor, cuando me engañó que estaría visitando a una de mis hermanas. Pero, ya le arreglaré cuentas ahora que regrese.

Patrón... habló por lo bajo Rosendo, su hombre de confianza, al que ni siquiera pudo preguntarle cómo había llegado la fotografía a sus manos. Estaba tan cegado por la desilusión que ni siquiera recordaba si en algún momento, le ordenó que le siguiera los pasos a Areli. La información estaba ahí, tan clara y él había sido tan confiado en la conducta de su hija, que no le dio importancia al origen de esa información que destrozó sus creencias. Patrón... insistió de nuevo Rosendo: No olvide lo que sus conocidos le han dicho. El asunto de su hija, por el momento, puede quedar de lado, Pero, ya sabemos que el viejo Eleuterio y el profesor Jacinto (que abraza a la niña con tanta fuerza, quizá con la única intención de obtener información sobre usted), son los que llevan adelantadas las denuncias sobre nosotros. Patrón, yo pierdo poco, pero a usted pueden arrebatarle lo que le ha costado tantos años de esfuerzo.

Ya me arrebataron a mi hija, pero, si pretenden llevarse mi riqueza, eso está por verse. Estrujó la fotografía de Areli y del profe Jacinto. Se la echó en una bolsa de su pantalón y salieron a caminar por el jardín sembrado de ciruelos, aquel sitio donde

tantas veces habían caminado para planear alguna acción en contra de sus enemigos. Lo que sucedió después, se armó apenas en dos semanas. Una noche, a las orillas del pueblo. Varios vecinos vieron como pasó una camioneta muy reconocida en la región. Detrás de sus redilas, traía atada una soga muy larga, en cuya punta venía un cuerpo desgastándose contra el suelo. La camioneta recorrió la orilla del pueblo, hasta que tomó por el camino de terracería que llegaba al ejido El Cerrito. La soga se reventó durante el trayecto y lo que quedaba del profe Jacinto era casi nada. La camioneta terminó volcada unos cuantos kilómetros más adelante, en una pequeña cañada que nadie había nombrado. El cuerpo del conductor estaba prensado entre el volante y el respaldo del asiento. Los pobladores que siguieron el trayecto de la camioneta y fueron presenciando los sucesos, se lamentaban porque ni siquiera tuvieron tiempo de afilar sus machetes.

Los pobladores apenas se dieron cuenta del viejo campesino que se pasó varias noches abriantando la hoja de su machete. Sus vecinos le comentaron que esa tarea sería inútil y que, si actuaba fuera de la ley, significaba que había aprendido nada del profe Jacinto. Tienen toda la razón, respondió Eleuterio: Hay luchas que deben emprenderse con la ley en las manos, les dijo, pero no olvidemos que existen otras injusticias que ameritan otras acciones. Luego se adentraba en el silencio y los presentes respetaban esa guarida para sus cavilaciones. Sin rencor ni apresuramiento, con su herramienta en la mano, contaba los días para acercarse a una enorme construcción hecha toda de piedra, según lo averiguado, estaba a cinco días de distancia. Quizá pronto me ausente del ejido. Nunca supieron en qué momento el viejo Eleuterio se alejó de El Chorruto.

Las propuestas de la lluvia

A Juan José Amador, in memoriam

Su viaje por la carretera terminó justo con la noche. Cuando el autobús llegó al puerto, encontró una mañana nublada y una llovizna sempiterna. Al llegar a la terminal de autobuses, recogió sus dos mochilas. Como su equipaje era mínimo, se echó las mochilas al hombro y se dirigió a las oficinas de El Criterio. En cualquier otra ocasión hubiera pasado a su casa a darse un baño, pues siempre que viajaba de noche llegaba molido, pero ahora no traía el cuerpo hecho pedazos sino el alma. En la redacción casi no había personal, salvo dos capturistas y la secretaria del director. Las tres estaban en una esquina preparándose la primera taza de café del día. Sin saludar a ninguna de las tres entró a su cubículo y, después de arrojar las mochilas, se quitó la chamarra. Todavía no se sentaba en la silla cuando se abrió una puerta a sus espaldas y salió el gordo Mireles, quien fungía como jefe de información de El Criterio. Al parecer ya lo estaba esperando.

—¡Qué bueno que llegaste, porque necesito una buena pluma! —le dijo estirándole la mano al Ojeras Galindo—. Deja tus cosas en la recepción y vete a La Huerta.

—¿Es importante?

—Claro que sí. Ahí está el comandante García y me adelantó que descubrió cosas tremendas en el rancho de Navarro.

—¿Otra vez el cacique? Parece que no se ha muerto.

—Al árbol ya se lo llevó la chingada, pero hay que ver si las ramas sirven para hacer leña y prender siquiera una pinche fogatita. Nos conviene cubrir la nota. Tenemos en picada la sección policiaca. Ya mandé al “Pichón” con su cámara, pero me faltaba un reportero. Por eso me cayó de perlas que llegaras temprano. Vete en taxi y luego me dices cuánto fue del viaje. Oye, por cierto ¿cómo te fue en la capital?

El Ojeras Galindo iba a contestar que “de la chingada”, pero sus malos recuerdos sellaron sus labios. Así que se conformó con alzar los hombros y tronar los labios. Enseguida abrió un cajón del escritorio y extrajo un block de notas. Tomó de nuevo la chamarra, se palpó el bolígrafo en la bolsa de la camisa y solo alcanzó a decir “Luego nos vemos, Mireles” y salió de la sala de redacción. Antes de llegar a la esquina escuchó el primer trueno y cuando alzó la vista hacia las montañas vio otros relámpagos que tronaban quedamente en la lejanía. La mañana nublada cedería el paso a la lluvia, por suerte, en la esquina del periódico nunca faltaban taxis y el viejo Chon, chofer y amigo, ya estaba abriéndole la portezuela para llevarlo a su destino.

El rancho “La Huerta” pertenecía a Praxedis Navarro y era una de las muchas propiedades que tenía en el estado. Antes de que el Ojeras Galindo viajara a la capital del país, un retén del ejército lo había baleado al resistirse a una inspección. En los medios periodísticos era sabido que él y sus colaboradores usaban armamento prohibido y sus nexos con el tráfico de marihuana eran evidentes. El día que lo mataron, según se supo, venía de la feria de San Andrés. Como siempre, había

cerrado su viaje con una profunda borrachera. Era aficionado a las carreras de caballos y había ganado tres apuestas, lo que alegró su noche. Perdió algunos billetes en las peleas de gallos, pero las hembras que le consiguieron sus gatilleros lo reconfortaron y pronto se olvidó de las apuestas perdidas. Así que esa madrugada salió con los bolsillos rebosantes de billetes y con el cuerpo contento. La alegría se le desparramaba por todas partes y quiso darse el gusto de disparar unos cuantos tiros para demostrar la velocidad de su vehículo cuando lo persiguieran. La camioneta disminuyó la velocidad, pero no hizo el alto total y les ordenó a sus acompañantes que dispararan. ¡Chinguen a su madre muertos de hambre! Enseguida pisó el acelerador y la camioneta arrancó rechinado y quemando llantas. Con la euforia olvidó que los soldados no eran como los judiciales del estado. Cuando intentaba huir, tuvo la mala suerte de encontrarse dos vehículos militares más adelante. Como sabían que no se detendrían, comenzaron a dispararle. Después de la primera lluvia de balazos, Praxedis volvió a disparar. Conduciendo con una sola mano, para no detener la marcha, le ordenó a sus dos pistoleros que respondieran el tiroteo. Esa sería la última vez en que Praxedis Navarro disparó su hermosa pistola con cachas de oro. Los soldados apuntaron al frente de la camioneta y el primer herido resultó ser Praxedis Navarro. El vehículo perdió la dirección y terminó impactándose contra un costado de la carretera y ahí le llovió metralla. Dos de sus escoltas quedaron prensados contra las rocas, uno de ellos con medio cuerpo fuera de la ventanilla. El cuerpo del cacique quedó en el asiento del conductor y con una mano perforada. Aparte de la camioneta en la cual viajaba el cacique, existía un auto que lo custodiaba, pero en aquella ocasión no participó en la reyerta. Al paso de los

días las fuentes oficiales informaron que los demás compinches se dieron a la fuga.

Algunas versiones decían que sus propios gatilleros lo entregaron a las autoridades. Mencionaban que un balazo le perforó la mano y cuya trayectoria siguió de frente hasta volarle la quijada. Decían, además, que el hombre que venía a su izquierda le disparó a boca de jarro y que Navarro intentó detener el disparo con la mano. Sin contar, por supuesto, la metralla que lanzaron los soldados; por eso Praxedis no se salvó. En este caso no se habló de sus enemigos, sino de las autoridades. Desde unos meses antes el nuevo Gobernador andaba tras sus pasos. Durante la precampaña le negó diez vacas para una barbacoa y más tarde declaró en un palenque que los pinches licenciaditos que venían de la capital, aunque fuera veracruzanos, eran puros mamarrachos. Luego eliminaron a su precandidato a gobernador, a quien había apoyado desde antes que fuera diputado y, como nunca quiso rectificar ni aclarar sus declaraciones, el futuro gobernador le tomó tirria. Esa es una amistad que nadie debe desperdiciar, ni siquiera los caciques del estado, personajes que apoyan al gobernador en turno, pero en quien también se apoyan para no caer de la gracia de dios. Había transcurrido dos semanas de estos sucesos y uno a uno fueron relatados por *El Criterio*. La última nota que leyó el Ojeras Galindo, antes de salir a la capital para ver a su familia, fue el sepelio del cacique. Regresó cinco días después y pensó que el asunto estaría olvidado, pero todavía el cacique, al menos en uno de sus ranchos, daba mucho de qué hablar.

La lluvia era constante cuando el Ojeras Galindo arribó al rancho “La Huerta”. El taxi franqueó con absoluta libertad la entrada principal. Dos judiciales, bajo sus impermeables negros, custodiaban las trancas del portal, les indicaron que

siguieran hasta las caballerizas. Ahí le pidió al viejo Chon que lo esperara y salió del taxi abrochándose la chamarra para no mojarse. Cerca estaba una lona que cubría parte de un terreno escarbado. Junto a los montículos de tierra estaba el comandante García. Todos tenían un cigarro en la boca, incluso los que no fumaban y andaba con el calzado enlodado. Sin siquiera abrir el block de notas, el Ojeras Galindo se acercó a los reporteros y escuchó las últimas declaraciones:

—Hasta el momento se han encontrado seis osamentas. Cinco cuerpos eran hombres y la sexta osamenta pertenecía a una mujer. Debido al mal tiempo, se suspenderá la búsqueda en otros sitios del rancho.

—¿Cómo lograron dar con este hallazgo, comandante? —preguntó un reportero.

—Había varias denuncias de torturas y desapariciones contra Navarro. Después de su muerte, el ministerio público otorgó la autorización para inspeccionar el rancho y estos son los resultados.

—¿Cuánto tiempo tienen de muertos? —preguntó otro periodista.

—Los peritos apenas están trabajando en eso. El médico forense sugirió que víctimas tiene entre seis y doce meses, pero, ya se dará un informe más detallado y también veremos si logramos identificar a las víctimas.

—¿Se podría decir que esto era su panteón privado? —preguntó una reportera.

—En efecto, eso es lo que hemos encontrado. ¿Algo más? —todos los presentes, agentes y reporteros, permanecieron callados, no porque sus dudas estuvieran aclaradas, sino porque el clima estaba insoportable—. Bueno, les agradezco su presencia.

De momento es todo, en cuanto tengamos mayores informes estarán a su disposición para informar a la opinión pública.

El comandante García abordó su unidad en medio de la lluvia y abandonó el rancho custodiado por otra patrulla. El Ojeras Galindo se acercó al Pichón Pérez, el fotógrafo que se adelantó para cubrir el caso para su periódico.

—¿De qué me perdí? —le preguntó.

—Solo te perdiste una enlodada y de que te mojaras más —le respondió el Pichón Pérez—. Además, ni siquiera se te revolvió el estómago al ver lo que estaban sacando —agregó señalando las excavaciones entre los naranjos, que también estaban protegidas por unas lonas—. Dicen que hay otras fosas, pero ya se verá. Si quieres te enseño las fotos en la redacción para que completes la nota.

—Está bien. Lo que no entiendo es el apuro del gordo Mireles en mandarnos hasta acá.

—Quiere quedar bien con el comandante. A García le interesa la publicidad y las buenas relaciones con la prensa. Por eso nos llaman el cuarto poder. El cuarto poder de mierda si tú quieres, pero poder, al fin y al cabo. Dicen que le trae ganas a la procuraduría estatal, pero no se le va a hacer. Le faltan muchas espinas para chayote.

—Pero ya lleva una buena: la caída de Praxedis. Y ahora parece que se sacó otra palomita con este “panteón particular”.

—No le sirven, porque sigue vivo el caso del Román Torres. El asesinato de un líder popular si le interesa a la gente y también a las autoridades. Ahí será donde la puerca tuerza el rabo. Ya lo verás.

—Si vas a la redacción, tengo taxi esperándome.

—Te acompañaría, pero ya le pedí un aventón a Conchita. Como reportera pregunta cosas que dan risa, pero le va bien con los *cebollazos*. Con decirte que anda estrenando coche.

—De seguro escribe sus notas con las nalgas —dijo el Ojeras Galindo.

—Más bien, se las dictan por ahí —agregó el pichón—. Es algo que deberías aprender. Trata de salir de pobre, cabrón. No está bien que el reportero estrella de *El Criterio* ande a pata o en taxi.

El pichón corrió detrás de Conchita López. La reportera estaba buscando las llaves de su auto y gracias a eso, el Pinchón Pérez pudo alcanzarla y abordar el auto. El Ojeras Galindo los vio salir del rancho en el auto nuevo. Quedaba poca gente en el lugar. Pensando que contaba con suficiente valor para presenciar el espectáculo, se acercó a las lonas que estaban entre los naranjos. Sin embargo, regresó de inmediato a las caballerizas. Ahí se inclinó un poco, apoyando las manos en las rodillas, y respiró con ansiedad. No vomitó gracias al olor de los naranjos y al aroma de tierra mojada que abundaban a su alrededor. Encendió un cigarro y sacudió su mente para quitarse la impresión. Siempre se nos olvida que en eso terminamos, se dijo. Escupió un par de veces, hasta que el cigarro le reseco la boca y se contentó con el humo. Luego caminó de regreso al taxi. Cuando estaba por abordarlo, escuchó una voz detrás de él.

—¿Señor, puedo irme con usted? —preguntó la muchacha bajo la lluvia.

—¿También vas a la ciudad? —respondió el Ojeras Galindo contemplándola con fascinación. No es una mujer, pero tampoco una niña. Más bien parece una ninfa con los todos los atributos de las hembras, se dijo el Ojeras Galindo y enseguida

alzó el cuello de su chamarra para evitar que la lluvia se colara por su nuca y lo estremeciera como la voz de la muchacha.

—Sí —respondió la muchacha y, adelantándose, se acomodó en el asiento trasero. El Ojeras Galindo la siguió y, cuando estuvo a su lado, cerró la portezuela del taxi y el viejo Chón arrancó rumbo a la ciudad.

Recordó a la chica durante las declaraciones del comandante García. Estaba distanciada de la gente y, aunque se protegía la lluvia, su ropa estaba completamente mojada y con seguridad pasaba frío. En el auto tenía la misma actitud ausente que durante la rueda de prensa. Solo que ahora su rostro le parecía de belleza singular. Le atraía también cómo acariciaba sus labios con el pulgar. El Ojeras Galindo deslizó su vista sobre su cuello. De haber sido vampiro la habría mordido. Su vestido era de una tela delgada y, como estaba mojado, dejaba traslucir su piel chinita de frío y su ropa interior. La muchacha no hacía nada por cubrirse. Bueno, se dijo el Ojeras Galindo, tampoco tiene con qué hacerlo. Buena suerte la mía.

—¿También vino a la conferencia?

—No, solo pasaba por aquí.

—Eso pensé. Una chica tan linda no puede interesarse en estos asuntos.

—Me dirigía a casa; pero al ver tanta gente, sentí curiosidad por saber qué pasaba. Ya estaba en las caballerizas protegiéndome de la lluvia, cuando comenzó la reunión y... Escuché todo lo que hablaron. Solo puedo decirle que la muerte me parece lo más desagradable del mundo.

—Ajá. Lo bueno es que los muertos ya no pueden quejarse, pero, mientras uno está vivo, las cosas que resultan desagradables tienen que aguantarse.

—Sí, eso lo sé muy bien —dijo la muchacha con la voz temblorosa y tratando de mirar a través del cristal empañado. A veces se llevaba el pulgar a la boca y se mordía la uña. A veces lo deslizaba sobre sus labios, como si tuviera ganas de chuparse el dedo, pero sin atreverse a comportarse como una bebita.

—Usted es muy joven para saberlo.

—Para enterarse de la muerte no hay edad —dijo con una voz sombría, pero de inmediato su rostro recobró lozanía y su voz se tornó alegre—. Dígame una cosa, ¿usted, como periodista, siempre publica la verdad?

—¡Yo siempre lo hago! —el Ojeras Galindo respondió con tanto entusiasmo que se descubrió tratando de convencerla. No se necesitaba ser demasiado inteligente para descubrir que alardeaba. Sin embargo, la muchacha aceptó la respuesta como si fuera la única certeza del universo.

—Me alegro, porque usted es la única persona que podrá ayudarme.

—Entonces, ¿dígame de qué se trata?

—Se lo diré más adelante —dijo la muchacha y por primera vez lo miró directamente a los ojos. El Ojeras Galindo se enamoró de esa mirada. Sin embargo, la muchacha desvió su vista—. ¡Hey, chofer, necesito bajarme! —la orden de la muchacha desconcertó al taxista, así que aminoró la marcha. El Ojeras Galindo también estaba desconcertada, pero le hizo señas al viejo Chón para que se detuviera—. Cuando sepa qué hacer, entonces lo buscaré —enseguida le dio la mano y, después de despedirse, abrió la portezuela y salió del taxi.

—¡Pero, está lloviendo! —alcanzó a exclamar el Ojeras Galindo.

—No se preocupe; siempre he caminado bajo la lluvia. Además, vivo cerca.

El Ojeras Galindo la vio caminar por una vereda empedrada. El viento y las gotas de lluvia fueron minando su excitación, así que tuvo que cerrar la puerta. Afuera, la silueta de la muchacha se perdió bajo la lluvia y él se quedó añorando su belleza. Antes de reanudar la marcha del taxi, el viejo Chón comentó que las niñas ricas no sabían cómo comportarse.

Llegó justo a tiempo a la redacción para meter su nota. Ni siquiera esperó a que el Pichón Pérez le trajeran las fotos que había tomado sobre las osamentas en “La Huerta”. Recordando lo que había visto tituló su nota como “Macabro hallazgo bajo la lluvia”, era un largo, pero su cabeza no daba para más. Dejó la nota para que la trabajaran, si tenían tiempo, los correctores. Pasó a ver al Gordo Mireles, para que le autorizara los gastos del taxi. Después de cambiar el vale en la caja, salió con ese dinero a buscar la cantina más cercana, pues no tenía ganas de acercarse al malecón. En la esquina del periódico encontró al viejo Chón leyendo su historieta y le dejó solo la mitad del viaje. Luego le paso el resto, le dijo; no había suficientes fondos en la caja. El viejo Chón ni chistó por eso; mi taxi sigue estando a sus órdenes, le comentó antes de sumirse en la lectura del *Chanoc*. Caminó otras dos cuadras y entró al Atorón. Ahí pidió un par de cervezas y comenzó a bebérselas en la mesa más alejada de la barra. Aunque ya era tarde, no aceptó la botana. Solo deseaba emborracharse y, después de muchos años, también deseaba un poco de tiempo para pensar. ¿Pensar? No tiene caso, se dijo el Ojeras Galindo, soy un asco y para colmo he dejado que otros me empuerquen. Enseguida se atragantó la boca con un puñado de cacahuates y los apuró con un trago de cerveza. No estoy encabronado ni siquiera conmigo mismo. Levantó la mano y le trajeron otro par de cervezas. En otro tiempo, quizá un par de años antes hubiera reaccionado violentamente, pero ahora

ni siquiera reaccioné ante la situación. Se quedó recordando su desconcierto, sin fuerzas para llevarse la botella a la boca. Solo salí de la habitación en silencio, como si el intruso hubiera sido yo. No quería ni pensarlo, pero el viaje a la capital le había puesto en toda la madre. De aquí en adelante ni yo mismo sé qué me espera. Salud, idiota, se dijo el Orejas Galindo cuando fue al baño y encontró su cara pálida en el espejo. A lo mejor estoy dando mis últimas patadas de ahogado. Se dijo y se puso de pie para dirigirse a casa. No me importa la lluvia, pues de todos modos me siento jodido por dentro. El Ojeras Galindo salió contento con las cervezas y, aunque su suerte no cambiaría, se sintió un poco más digno tratando de caminar erguido. Puta madre, ni caminando como la divina garza puedo olvidar a mi mujer en el mueble de la sala. Se alejó de la cantina tratando de perder el juicio, pero era un reportero borracho que había llegado al límite de su alcoholismo. Solo cuando llegó a su casa y se quedó dormido en la cama, pudo olvidarse del viaje que hizo a la capital. No había servido para nada bueno, pues encontró a su mujer con una pierna apoyada en el suelo y la otra doblada sobre el mueble de la sala, abriéndose en la oscuridad para recibir a otro. Qué perra suerte la mía, pensó el Ojeras Galindo. Ni siquiera pensé sobrepasar este día, se dijo y enseguida quedó inconsciente y comenzó a escurrirle por las comisuras de los labios una pastosa baba de borracho.

Los mayores decían cosas ciertas; el martes, ni te cases ni te embarques, se dijo el Ojeras Galindo. Un día después de llegar al puerto, su suerte estaba empeorando. Primero estuvo haciendo antesala más de una hora en la oficina de turismo del estado. Finalmente le dijeron que el licenciado Sotelo estaba atendiendo

otras audiencias y que difícilmente podría recibirlo. Lo anterior se lo comunicó Varguitas, el secretario particular, y agregó, muy en confianza, que su *asunto* sería resuelto a la brevedad posible.

Al pinche Sotelo ya se le subió el puesto, se dijo el Ojeras Galindo. Cuando trataba de acomodarse con el actual gobernador, era muy zalamero con los periodistas. A todos nos engatusó y empezamos a sacarle notas y comentarios favorables en nuestras columnas. A base de puros cebollazos logramos crearle una buena imagen.

—Dele mis saludos al licenciado Sotelo —dijo el Ojeras Galindo y tomó la carta membretada de *El Criterio* donde se desglosaba los gastos de publicidad, de los cuales le tocaba una gran tajada.

—Así lo haré —dijo Varguitas, el secretario particular, sin poder disimular su satisfacción al retirarle una entrevista más a su jefe.

Al recibir el fallido instrumento de financiamiento, estuvo a punto de arrugarlo y de arrojarlo al cenicero más cercano, pero decidió guardarlo para que nadie viera su frustración. El Ojeras Galindo se dio media vuelta y se retiró de la antesala. Se detuvo por un instante en uno de los pasillos del palacio de gobierno y sintió que toda su furia se concentraba en la cara. Era tanto el calor del enojo que sintió irritadas las mejillas. Buscó entonces un baño para refrescarse el rostro. Se sintió mejor, pero las ganas de arremeter contra todos no lo abandonaban. Para desfogarse le mentó la madre al licenciadillo Sotelo, quién ahora se había convertido en un funcionario de primera línea en el gobierno estatal. Volvió a llenar las cuencas de agua y acercó su rostro buscando en sus manos un oasis de tranquilidad. Cuando arrancó el trozo de papel para secarse las manos y la cara, encontró sus cabellos revueltos. Así debí haberse visto la

noche del sábado — pensó—, cuando estaba esperando a mi mujer. Eso era lo que realmente lo tenía alterado. Aquel fin de semana viajó a la capital para ver a su familia. Como no encontró a su esposa ni a sus hijos, concluyó que andaban en el cine o visitando a sus abuelos. Decidió entonces pasar a la recámara para descansar un rato, pues el viaje en autobús y las carreras del periódico lo habían agotado. Más tarde, en medio de su sueño, escuchó los jadeos en la sala. Sin tomar ninguna precaución, se levantó de la cama y se asomó a la penumbra. No necesitó ninguna lámpara para distinguir a su mujer rogándole a su acompañante que la penetrara. De seguro la muy cabrona dejó a los niños con sus padres y, después de comer con el fulano, lo llevó a la casa para cogérselo. Nunca imaginó que la estaba esperando y se puso a fornicar en medio de la sala. Hija de la chingada, exclamó el Ojeras Galindo para sí mismo. Eran las mismas palabras que pronunció mientras los dos sorprendidos se colocaban detrás del mueble sin saber qué hacer, salvo cubrirse un poco. El Ojeras Galindo, por su parte, solo tomó las dos mochilas que llevaba para el viaje y que había dejado a un lado de la puerta. Enseguida salió y, bastante trastornado, se perdió en la oscuridad de la noche. Cuando recuperó algo de conciencia, ya se encontraba en la central de autobuses. Antes de solicitar el boleto revisó la cartera y descubrió que apenas ajustaba el importe del viaje. Qué pendejo soy, se dijo mientras recibía los talonarios y veía cómo guardaban sus mochilas en la cajuela con el resto de las maletas. Todo el dinero que traía se lo dejé en la cómoda, pero chingo a mi madre si vuelvo a llevarle un solo peso, se dijo el Ojeras Galindo.

Terminó de acomodar sus cabellos y de refrescar su rostro. En ese momento cayó en la cuenta de que todo su enojo era por lo sucedido durante su viaje a la capital. El frustrado

cobro en la secretaria de Turismo era *peccata minuta*. En esa oficina y en muchas otras tenía que darse varias vueltas, antes de conseguir algo de dinero. Nunca debía darse por vencido a las primeras. Así que el Ojeras Galindo comenzó a despotricar primero sobre él mismo y sobre su mujer. Luego volvió al asunto del dinero y aceptó que la relación con el licenciado Sotelo se estaba enfriando. En la próxima nota tendré que llamarle la atención, concluyó. A su mujer no pensaba verla jamás y mucho menos pasarle una cantidad para los gastos de sus hijos.

—“Negocio redondo en zonas arqueológicas”. ¿Qué te parece el título, Mireles? Se trata del espectáculo de luces que están por estrenar en las pirámides y voy a sacar a colación los nombres de la delegada del INAH y del secretario del turismo. ¿Tú dime si quieres que los quite?

—Déjalos. Ya me dijiste que se anda escondiendo el secretario de turismo y será mejor sacarle unos cuantos trapos al sol, para que se acuerde que el puesto que tiene, más que al gobernador, nos lo debe a nosotros.

—De acuerdo —dijo el Ojeras Galindo.

Ni tardo ni perezoso, se concentró en la máquina de escribir. Dentro de muchas cosas, además de reportajes y entrevistas, también elaboraba la plana turística que le correspondía al estado y que aparecería publicada a media semana.

El Ojeras Galindo comenzó a publicar en *El Criterio* por recomendación del gordo Mireles, pues ya desde entonces era el jefe de información. Incluso él le puso el apodo. Galindo Había llegado al puerto sin nada en el bolsillo. Pues salió huyendo de la capital. Su vida se había vuelto insoportable después de seis meses sin trabajo. Así que una madrugada, después de recibir una amenaza por teléfono, tomó los pocos billetes que encontró en el bolso de su mujer y salió para que no lo fueran a matar

o a alguien de su familia. Al llegar a la central de autobuses, solo preguntó por la primera corrida y así salió hacia el puerto de Veracruz. Pasó tres días malcomiendo y durmiendo en la terminal de autobuses. Dejó de asistir porque los vigilantes le echaron el ojo y no quiso llamarles la atención. Pasó una noche más en la estación del ferrocarril donde casi se muere de frío. Luego, decidió probar suerte en lo que conocía; escribiendo.

—Soy reportero y necesito trabajo —le dijo al jefe de redacción.

El gordo Mireles andaba a las carreras, así que apenas levantó la vista y lo miró con ganas de deshacerse de su persona, pero descubrió que el hambre le había marcado tremendas ojeras y percibió el sudor avejentado del puerto.

—Reporteros hay un chingo —le dijo el gordo Mireles—, pero necesito un corrector.

—También soy bueno para eso —respondió Galindo.

—Pues, ya lo veremos. Siéntate en aquella mesa y revisa estas notas. Cuando estén corregidas se las pasas a las capturistas. Estarás a prueba una semana.

El Ojeras Galindo trabajó con sumo cuidado. Un par de horas después había terminado. El gordo Mireles también había cerrado la edición y, como su estado seguía siendo deplorable, lo invitó a comer en la cantina más cercana.

—Las ojeras eran de hambre —le dijo el gordo Mireles, cuando vio que Galindo había devorado el plato de sopa, el chicharrón en salsa verde y las dos quesadillas de papa que le sirvieron al final.

—Y también de desesperación —dijo el Ojeras Galindo sinceramente.

—No soy buena persona —le dijo—; pero reconozco cuando alguien anda en apuros. Así que por esta única vez te

prestaré cincuenta pesos. Te hace falta un buen baño y cambiarte de ropa.

—Ahora mismo me voy a dar un baño —le dijo—; pero no prometo nada acerca de cambiarme de ropa.

—Ah, qué cabrón tan pendejo. Imaginé que andabas bien jodido, pero no pensé que tanto. Bueno, como no tienes cara de asesino y ni de ratero, pues entonces no andarías muerto de hambre, quiero que vayas a ver a una de mis mujeres. Llegas y le pide un par de prendas. Diles que son para mí y que tardaré una semana en ir a verla.

Así comenzó su relación con el gordo Mireles, con el ofrecimiento de trabajo y hasta con la ropa regalada. De ahí en adelante, las cosas mejoraron. Al mes siguiente se hizo reportero y siguió corrigiendo notas. Ahora revisaba tres planas en el diario y nunca se atoraba. Así que el gordo Mireles y el dueño del periódico lo dejaron que fuera vendiendo publicidad, de la abierta y de la otra, pues ambos recibían parte de ese dinero. Ninguno lo presionaba en los negocios, pues se mostraba como un hombre cabal. Sabía que ese convenio no estaba escrito, pero cuando alguien abría la bolsa y caían los billetes en sus manos, el Ojeras Galindo les pasaba cierta cantidad. Aparentemente eran las comisiones por la publicidad pagada por las distintas dependencias, lo mismo estatales que federales. Siempre había un dinero extra que servía para no agujerar el fondo a sus bolsillos. El gordo Mireles y el dueño, por su parte, le cubría las espaldas o daban la cara ante los políticos influyentes del estado. Cuando éstos reclamaban algún texto que revelaba sus fechorías, de inmediato se publicitaba cualquier otro asunto. Si existían responsabilidades jurídicas o penales, estas se negociaban con dinero y los billetes sepultaban hasta los más mínimos detalles de la información. Así habían funcionado las cosas para

el Ojeras Galindo desde seis años atrás. Sus finanzas mejoraron y comenzó a mandarle dinero a su mujer. Alquiló una casa y se quedó viviendo en el puerto, para evitarse las persecuciones y las angustias que lo atosigaban en la capital.

Las cosas no resultaban igual para el jefe de redacción. Pese a estas entradas extras, que siempre resultaban mejores que sus salarios, al gordo Mireles no le alcanzaba ninguna cantidad. No solo era un buen bebedor, sino que era muy obsesivo con las mujeres. Tenía cuatro queridas en diversos municipios del estado. A todas les daba gasto, aunque poco, y las mujeres estaban a gusto de ser mantenidas. No las buscaba bonitas, solo les pedía que no pusieran ningún otro hombre entre sus verijas. Verijas era la palabra favorita del Gordo Mireles, pues no apreciaba ninguna otra cualidad en las hembras. A veces se enculaba en serio con alguna fulana y ahí andaba, apurado por mantenerla hasta que se le bajaran los ímpetus. Finalmente, las mujeres se hartaban o conseguía un mejor pretendiente o simplemente no se daba abasto con el dinero ni con el cuerpo. Por este motivo no le alcanzaba el dinero y exprimía a los anunciantes y de paso a sus reporteros. Al Ojeras Galindo esta situación le parecía normal, pues contaba con su apoyo. Además, nunca olvidaba que consiguió trabajo gracias a él.

—¿Cuándo cambiará nuestra suerte, Galindo? —le preguntó el gordo Mireles acercándose a su mesa de redacción.

—Sepa. Esta mañana me levanté con la pata zurda, —respondió el Ojeras Galindo—. Me hicieron esperar más de una hora y no sirvió para nada.

—¡Tenemos que chingar a alguien! —exclamó el gordo Mireles—. No se vayan a acostumbrar a andar de “agarrados”. Además, ni que fuera suyo el dinero de las arcas públicas. Ahí

te encargo —dijo el jefe de redacción mientras regresaba a su cubículo.

Se acercaba el medio día y el Ojeras Galindo resentía el calor, las cervezas del día anterior y, sobre todo, la espera infructuosa que realizó en la mañana. Tecleaba con verdadera furia la máquina de escribir y pronto le halló el hilo a los argumentos para criticar al secretario de turismo y a la delegada del INAH. La nota rendiría frutos, cuando menos, dos días más adelante. Por fortuna recordó que por la tarde había una comida programada con el tesorero general del estado. Esto le ayudó a calmar su desbordada indignación. En un par de horas, en cuanto entregara las cuartillas del artículo, la perspectiva de alimento y bebida gratuitos estaría a su alcance.

—No te preocupes, Mireles; mañana recibiremos un poco de lana, para no hundirnos en nuestra pobreza —dijo en el momento de entregarle la nota al jefe de información. En sus palabras había más esperanza que convicción.

—Claro. Mañana será otro día y algunas notas levantarán ámpula en ciertos personajes y nuestra magra suerte cambiará.

—Cuando menos, hoy podemos comer bien —dijo el Ojeras Galindo.

—Por supuesto; no estamos tan jodidos para que nos falte un buen trago y una buena comida. Eso sí que no, Galindo —el gordo Mireles ya no insistió en el asunto.

Leyó rápidamente el texto del Ojeras Galindo y, después de aceptarlo, se unió a la misma esperanza de un día mejor. Ambos sonrieron con tal amplitud, pues en realidad no estaban tan olvidados de la mano de dios. Además, estaban acostumbrados a las malas temporadas. Al inicio del sexenio pasado, cuando el Ojeras Galindo ya figuraba entre los reporteros, asistió a una

comida con el tesorero del estado. Acababa de ser nombrado y quiso sacar a relucir su honestidad en la reunión con periodistas.

—Yo sé que ustedes desdeñan las prácticas del periodismo nefasto. Aquel que consiste en comprar solo información favorable y que no hace mucho tiempo proliferó en los medios que cubrían las fuentes estatales.

Los reporteros y fotógrafos sabían que estaba refiriéndose al sexenio anterior y que la declaración era momentánea, como muchas otras de sesgo político. Todo era cuestión de dejar pasar un poco de tiempo, después de las primeras críticas, saldrían a relucir las carteras o las partidas secretas para apaciguar las plumas vociferantes. Sin embargo, los asistentes a aquella reunión siguieron escuchando el breve discurso del tesorero.

—Durante mi gestión, jamás los ofenderé ofreciéndole dinero para hablar bien de mi gestión o de alguna otra dependencia.

Estas declaraciones eran pasajeras. Todos en el ámbito periodístico lo sabían, pero se guardaba las formas de la honestidad. Sin embargo, en aquella reunión, uno de los reporteros no tuvo empacho en declararse seguidor del “Periodismo nefasto”. Primero alzó su voluminoso cuerpo y enseguida levantó la voz para replicarle al tesorero.

—¡Licenciado, la verdad yo no me disgustaría si usted quisiera ofenderme de esa forma! Siempre me ha gustado difundir las cosas buenas del gobierno.

Se trataba de Sótero Vázquez, alias el Cerdo Dorado, reportero de *El Imparcial*. Desde sus primeras notas se había hecho famoso entre los centaveros. Pues comenzó publicado en sociales una nota sobre los quince años de su prima y aprovechó para cobrársela a los padrinos de fotografías. También le cobró la colaboración al diario, pues eran suyos los textos y las fotos.

Por supuesto, la publicación de la nota fue pagada por sus tíos, los padres de la quinceañera. De ahí en adelante, estiraba las dos manos sin ningún complejo. A veces no obtenía ningún beneficio, pero nunca dejaba de intentarlo. Así que, en aquella ocasión, el tesorero lo tomó como una broma. Una broma que tenía visos de verdad, pues los demás periodistas apoyaron el mismo sentido de su declaración con sus risas. De aquella comida con el tesorero, aparte de los tragos y de los buenos platillos, el gremio de reportero se llevó la vaga promesa de las compensaciones. Hasta ahí quedó la reticencia del funcionario para no *ofender* a los señores periodistas. Por eso, en medio de esa racha de mala suerte, por la sequía de entradas extras, el Ojeras Galindo salió a la comida en turno con la firme esperanza de ser *ofendido* de aquella ingrata manera.

Amenazaba lluvia, pero el día se conformó con un constante chipichipi. El Ojeras Galindo hizo el recorrido habitual desde las oficinas del periódico hasta la casa de alquiler. Había llegado nuevamente el viernes y, como siempre, en el periódico estuvieron muy atareados. Afortunadamente ahora no haría ningún viaje a la capital. Si lo hiciera, cuando menos llamaría a mi esposa para avisarle que llegaría tarde. De lo contrario, puedo llevarme otra sorpresa desagradable. Uta, creo que me estoy volviendo muy cínico, se dijo cuando repasó sus pensamientos. Cómo si estas cosas no dolieran. Y duelen tanto que lo apendejan a uno mucho tiempo, se dijo mientras arrojaba las llaves sobre la mesa y se desprendía de la chamarra mojada. Se preparó un café soluble y, por primera vez sintió que su nariz percibía el aroma. Cosa que no sucedió los días anteriores. Se

tomó el resto de la bebida antes de que se enfriara y, como vivía solo, se dejó caer con todo y ropas encima de la cama.

La casa que habitaba era modesta y pequeña. En ella no tenía más muebles que los necesarios. Había un comedor de cuatro sillas, una pequeña estufa con su alacena, además de una televisión y un equipo modular. Todos estos muebles los adquirió nuevos en un almacén que vendía a crédito. Como nunca se atrasó en los abonos, había liquidado la deuda cinco años atrás. También tenía una sala de segunda mano que le dejaron los anteriores inquilinos y una mesita de madera con su respectiva silla que utilizaba como escritorio. Había pensado conseguir un librero, pero como temía salir corriendo del puerto, pospuso eternamente la compra del mueble: por eso en varias esquinas de la vivienda había unos alteros de libros y revistas. Su nariz estaba funcionando bien. En una profunda exhalación, misma que no pudo contener al lamentarse de lo sucedido durante la semana, volvió a percibir la humedad del ambiente. Casi siento el mar en el viento, se dijo apabullado por los recuerdos y el clima. Así que decidió respirar con mucha calma. Aunque el cansancio era demasiado y las noches anteriores casi las pasó en vela, no pudo conciliar el sueño. Seguía preocupado por los recientes hechos en su vida. Para empezar, no debió hacer ese viaje a la capital. Lo que sucedió aún no le permite conciliar el sueño. ¿Qué pensará a mi mujer? Para qué me lo pregunto. Seguramente estará muy tranquila, porque ni lío hice. ¿Y los chavos? Tampoco debo preguntarme por ellos, pues crecieron lejos de mí. En fin, sigo sin saber qué hacer con mi jodida vida.

El Ojeras Galindo se puso de pie y buscó ropa seca. De manera inconsciente comenzó a cambiarse. Quizá me sienta bien si salgo a emborracharme, se dijo sin mucha ilusión. Se conocía y sabía que, si aturdía su mente de alcohol, tampoco

olvidaría lo sucedido, pero, como tenía el dinero de la semana y no pensaba enviarle nada a su mujer, decidió gastárselos. Quizá la existencia sea más interesante olvidándome de las preocupaciones. Convencido de que será mejor salir de su cuchitril, como llama cariñosamente a su vivienda, comenzó a repasar los burdeles más interesantes del puerto. Buscó una chamarra para salir a la noche húmeda que le ofrecía el puerto. Luego, mientras contaba la cantidad que pensaba gastarse durante la juerga, escuchó que llamaban a su puerta.

Se asomó por la ventana después de alzar la cortina. No vio a nadie y entonces encendió el foco que alumbraba el pasillo. El pequeño barandal de la entrada estaba abierto. Miró con más atención y, gracias a la luz, distinguió a una mujer que se ocultaba entre las ramas de la buganvilia que crecía en el patio. El Ojeras Galindo creyó reconocerla y, sin tomar precauciones, abrió la puerta de su casa. Enseguida caminó por el pasillo hacia la intrusa.

—¿Qué quieres? —preguntó sin acercarse del todo.

—Soy yo —le respondieron—. Quedé de visitarlo una tarde de estas.

—Y ¿por qué te ocultas? —le preguntó el Ojeras Galindo reconociendo a la muchacha que lo abordó en el rancho de “La Huerta”, durante las excavaciones que sacaron a la luz pública los crímenes de Praxedis Navarro.

—Porque no quiero que me vean sus vecinos —le dijo la muchacha con el cuerpo pegado a la pared y protegida por las ramas de la buganvilia.

—Esta calle es muy tranquila. Y con esta lluvia, los vecinos no se asoman por nada. En época de calor es otra cosa; todos sacan sus mecedoras a las puertas de sus casas.

—De todos modos, quiero que apague la luz del patio. Vine hablar con usted, como quedamos.

El Ojeras Galindo emparejó el barandal de la casa. Luego apagó el foco del patio y solo entonces la muchacha avanzó por el pasillo, cuidándose de no ser vista. Ya adentro le ofreció una silla del comedor y tomó otra enfrente de ella. Antes de sentarse, la mucha se despojó de una delgada gabardina y se acomodó todo el cabello por un lado de su cara. Otra vez la encontró atractiva. Incluso sintió que en esa cabellera estaba naciendo la lluvia.

—¿Sobre qué quiere hablar, señorita?

—Es un asunto delicado; primero quiero saber si contaré con su ayuda.

—Supongamos que la tiene. Y luego ¿por qué tanto misterio?

—Mire, yo no leo periódicos, pero en mi familia dicen que no hay un solo diario que sea honesto con el material que publica.

—¿Eso es importante para usted?

—Mucho más de lo que usted imagina. Supongamos que quiero revelar algo muy importante... Un asunto que perjudica a una persona de primer nivel en el estado. Si le entrego la información y el diario no publica nada o, tantito peor, si deciden vender la información a las personas implicadas en el caso, de nada servirán los riesgos que he tomado. ¿Me entiende?

El Ojeras Galindo la entendía perfectamente bien, pero no contestó de inmediato. Sacó un cigarrillo y lo encendió sin ofrecerle a la muchacha. La observó por entre la nube de humo y vio su rostro moreno y de una belleza singular. Ahora le gustaron, sobre todo, sus labios.

—Tiene usted razón, señorita; algunos diarios funcionan así. Eso no es tan malo, si se analiza con cuidado. Mire, la información se publica por muchas razones. No siempre se pueden revelar asuntos que lesionan ciertos intereses. A veces se dan a conocer cosas, porque “alguien” paga esa información o porque existe alguien con mayor poder que su contrario. Como usted dice, a veces la gente del periódico, antes de publicar cualquier línea, habla con los involucrados para conocer sus puntos de vista. En consecuencia, a veces los perjudicados ofrecen más dinero para que no se publique nada. En resumidas cuentas, el periodismo no deja de ser un negocio. Se han dado casos de que, a veces paga más el interesado y, entonces todo sale a la luz, sin importar a quién se acuse. ¿Cuál es su caso, señorita?

—Sé que habrá muchas personas interesadas en impedir que se revelen las cosas de las que estoy enterada, ¿cuánto pediría su periódico por publicarlas?

—Si el asunto afecta al gobierno municipal, estaríamos hablando de un par de millones. Si es estatal, depende, aunque podría tratarse de cinco a diez millones. Sin olvidar que hay que atenerse a las consecuencias que se desprendan del asunto. Y estas pueden ser políticas, jurídicas, policiacas o simplemente criminales, porque la gente se defiende como puede y por eso luego los denunciadores aparecen muertos. Si se trata de un caso federal, yo le recomendaría que no sacara nada a la luz pública: no es bueno andar limándole los callos a los caballos.

—¿Cuánto costaría denunciar a un cacique?

—Si es amigo del gobernador, póngale cinco millones, no más.

—Y usted, ¿no es un periodista honrado que arriesga su vida por servir a la opinión pública?

Si le hubieran hecho la pregunta en otro tiempo, el Ojeras Galindo la hubiera contestado de inmediato, pero ahora tenía que explicarle a la muchacha que ya no era ni medianamente honesto. Antes sus principios eran otros, pero se fueron al carajo cuando sacó una nota sobre la matanza de estudiantes. Siete días después de publicarla, se quedó sin empleo. La triquiñuela había sido sencilla; lo despidieron alejando abandono de empleo y nadie en el periódico tomó en cuenta que estuvo recluido quince días en el campo militar número uno. Al volver al empleo, ni siquiera el sindicato reconoció sus derechos. Tampoco se preocupó porque entre varios reporteros y fotógrafos que habían corrido la misma suerte, comenzaron a formar una asociación de prensa independiente. Lograron editar dos números y enseguida comenzó el acoso policiaco para todos los que aparecían en el directorio. A él lo siguieron los agentes de la Dirección Federal de Seguridad. Al principio no lo abordaban, aunque andaban como sus sombras, pues llegaban a cualquier hora y a cualquier lugar. Semanas más tarde, un agente le mostró una pistola y le dijo que la nueva publicación no debería salir o que se atuviera a las consecuencias. Por esos mismos meses, su madre enfermó de gravedad y todos sus pesares concluyeron en el entierro. Nunca había encontrado la fecha exacta, pero ahora que el Ojeras Galindo estaba recordando su pasado, decidió enterrar su honestidad y sus principios en aquella tumba humilde donde quedó el cuerpo de su madre. Porque a partir de aquellos hechos, la angustia comenzó para todos los suyos. La primera en ser amenazada por teléfono fue su mujer. Luego se desintegró la asociación de prensa independiente y comenzó a ser tratado como unapestado por los demás medios, pues nadie se interesó en sus servicios.

Así que esa respuesta que antes resultaba tan sencilla, ahora se tornaba difícil. Porque aquel compromiso con la opinión pública se rompió una madrugada cuando recibió una amenaza de muerte y tuvo que salir huyendo de su casa. Años más tarde, sin meditar en la honestidad y refugiado en el periodismo porteño, ni siquiera pudo volver con su familia. La puntilla a sus viejos valores los había recibido una semana atrás, cuando descubrió que ni su mujer lo esperaba en la casa. La respuesta era otra y era dolorosa, no porque hubiera cambiado de opinión; dolía porque iluminaba todo lo que había perdido de tan clara.

—Lo era, pero, debido a eso, mire dónde terminé. No puedo acercarme a las grandes compañías porque estoy vetado todavía por algunas autoridades.

—Pero, al menos en este estado tiene posibilidades.

—No sé por cuanto tiempo —respondió el Ojeras Galindo y era verdad—. Dígame una cosa, ¿cuántas personas saben que me visitó?

—Solo una amiga. Ella conoce los últimos reportajes que ha publicado y me habló bien de usted.

—¿Lo sabe alguien de su familia?

—No, ellos piensan que fui al cine. Por eso no quiero que me vean sus vecinos.

—Y yo ¿qué tanto puedo confiar en usted?

—Al cien por ciento. Mire, no sé mucho de la vida, pero sí sé que quiero perjudicar a una persona. No me pregunté por qué. Solo le diré cómo me gustaría hacerlo y para eso yo misma le traeré las pruebas. Quisiera que nadie más se involucrara en la publicación de esas notas. Así no tendría que repartir el dinero que me pida.

—Tendrá que ser una cantidad que me permita rehacer mi vida en otra parte —exclamó el Ojeras Galindo contemplando la propuesta como una posibilidad muy remota—. Si hago lo que usted me propone, seguramente perderé mi modesto empleo y no sé cómo salga de las repercusiones.

—He pensado en todo eso. Por eso quise saber cuánto dinero necesitaba invertir para perjudicar a alguien del estado. Usted dice que con cinco millones basta y esa es la cantidad que yo le ofrezco. Además, si se hace todo según mi parecer, yo trataré de conseguirle otros cinco millones más.

El Ojeras Galindo aspiró con energía el resto del cigarrillo que aún quedaba en sus manos. Las cifras mencionadas por la muchacha eran más de lo que nunca había imaginado obtener por medio de sus *cebollazos* a los funcionarios o cobrándoles publicidad a las dependencias públicas. Arrojó la colilla al suelo y permaneció callado aplastando el resto del cigarrillo hasta que no tuvo forma de nada.

—Eso bastará para mudarse de ciudad y hasta de nombre. ¿No cree usted?

—¡Solo creo que no cuenta con esa cantidad! —dijo el Ojeras Galindo.

—Lo dice porque tiene miedo de hacer lo que yo lo propongo. Yo también tengo miedo de que usted me falle, pero en este momento ya tengo la forma de pagarle. Además, para que vea cuanto me interesa que acepte mi propuesta, quiero ofrecerle mi cuerpo como anticipo. Ya sé que le gusto y al menos no podrá negarse.

Las palabras con las que se dirigía al Ojeras Galindo eran claras y seguras. Mayor seguridad demostró la muchacha al ponerse de pie. Retiró la silla de la mesa y se desabrochó la blusa. Luego dio un paso al frente y, haciendo a un lado el

sostén, acercó sus pechos a la cara del Ojeras Galindo. Este apenas pudo tragar saliva, pero no dejó de contemplarlos. Eran perfectamente puros en forma y ternura. Miró el rostro de la muchacha y supo que esos senos podían valer tanto dinero como ella los valuara. Esa parte de la propuesta era muy clara y seguramente el resto del trato. La muchacha no había llegado con cuentos y él tenía que decidirse a la brevedad. Era claro el motivo de su visita, pero liminar a un cacique no era cosa de juego. El Ojeras Galindo comenzó a sopesar el asunto. Bien podía ser una trampa y no quiso encontrarse en una jugada como esa. El Ojeras Galindo se puso de pie con la intención de alejarse de la propuesta y de la tentación, pero luego acercó una mano a los senos de la muchacha y los acarició con ternura. Enseguida tuvo sentimientos encontrados, por un lado, el instinto de seguir acariciándola y luego la intención de rechazarla. Tiene tantas ganas de joder a alguien que no le importaría acostarse con nadie con tal de lograrlo, se dijo mientras su soledad y la imagen de su mujer poseída por otra rondaban su mente. El momento era tortuoso. Su erección estaba presente, pero no arremetía contra la muchacha porque no sentía nada por ella, salvo esas ganas que había arrumbado al paso de los días. Sin decidirse a nada, volteó a la muchacha con brusquedad y la agachó sobre la silla. La muchacha no se resistió. Enseguida el Ojeras Galindo le levantó la falda. Sujetó con fuerza la tela del calzón y lo jaló hasta introducirse entre las nalgas. Era un trasero fuerte y vigoroso. Sin soltar el calzón, le tomó una nalga y se la estrujó con tanta fuerza que sintió sus uñas incrustadas en la carne. El Ojeras Galindo no escuchó ningún quejido de la muchacha. Maravillado con la fortaleza de ese culo que le ofrecían, optó por dejarla en paz y mientras le acomodaba las

prendas sintió un calambre en medio de los testículos que se extinguió en una pequeña humedad.

La muchacha se acomodó el calzón y su falda. Mientras se acomodaba el sostén y se abrochaba la blusa, interrogó al Ojeras Galindo.

—¿Todavía cree que no puedo pagarle?

—Desde luego que sí —dijo el Ojeras Galindo encendiendo un cigarro con cierto nerviosismo.

—Entonces, ayúdeme y yo le pagaré todo lo que haga por mí.

—Haremos lo que tú digas, muchacha —dijo el Ojeras Galindo y fumó con alegría—. He decidido jugármela contigo —dijo arrojando el humo del cigarro delante del rostro de la muchacha, quien se enfundaba su gabardina y se disponía a salir.

—Mientras usted busca la forma de publicar las notas en el diario, sin que nadie interfiera, yo recogeré las pruebas para entregárselas. También le traeré la primera parte del dinero. Usted decide si lo comparte con alguien más.

—Gracias por el consejo —dijo sonriendo el Ojeras Galindo.

—Es por nuestra propia seguridad; entre menos gente sepa del asunto será más fácil llevarlo a buen fin. Por favor, cuando salga no prenda la luz. Lo buscaré más pronto de lo que usted se imagina.

La muchacha salió al patio en penumbras. El Ojeras Galindo lo observó por la ventana. La vio cruzar el barandal y ganar la calle y luego se perdió entre la llovizna que arrullaba la noche. Al momento decidió suspender su viaje a los prostíbulos. Mejor me quedo en casa, se dijo, pues tengo mucho en qué pensar. Se deshizo de la chamarra y comenzó a buscar en el fondo del ropero la botella de tequila que guardaba para las

crudas. Cuando la extrajo, observó por un momento su líquido cristalino y enseguida se dijo; esta va por la muchacha. Después del primer trago, se sentó a la orilla de la cama y descubrió su nueva erección. Siguió bebiendo y esa noche soñó con la muchacha y con las propuestas que le había hecho en medio de la lluvia. Al día siguiente, la ausencia de lluvia y el calor de la mañana, lo despertaron. Llegó al periódico completamente aseado y dispuesto a encontrar el modo de publicar las notas que podían dejarle una considerable cantidad de dinero. Claro, también podía llevarse unos buenos chingadazos, pero a estas alturas de su vida, ya hasta los extrañaba.

En la capital trabajaba en un diario especializado en deportes. Había entrado antes de cumplir 18 años, recomendado por un compadre de su papá. Estuvo un año como mozo de intendencia y de ahí pasó a las mesas de redacción. Pronto se sintió realizado cuando encontró su nombre publicado en letras de molde. La persona que lo recomendó para entrar se jubiló sin pena ni gloria, más sordo que una cabra por los años que pasó a lado de las rotativas. Cuando se despidió el compadre de su papá, ya lo trataba con respeto. Usted quédese aquí haciendo su trabajo y nunca deje que su pluma se agusane, al rato capaz que te conviertes en director. En efecto, los años le fueron quitando lo bruto. Su olfato se desarrolló y pudo seguir las instrucciones para resaltar o para ocultar alguna información. Luego ya entregaba sus notas redactadas con “objetividad y veracidad”, como decían sus compañeros sin olvidar la consabida trompetilla, y todas salían publicadas. Para entonces el Ojeras Galindo ya se había casado. Tenía una niña de 3 años y un niño que estaba por cumplir el año. Sus necesidades aumentaron y fue por eso

aprendió la técnica del embute, de la mochada, del centaveo por debajo de la mesa.

Luego comenzó el juego inesperado. Una mañana se dirigía al periódico, cuando observó en una esquina a un grupo de activistas. Eran tres muchachas y cuatro muchachos. Estaban junto a un puesto de revistas y le hablaban con entusiasmos a la gente. No era la primera vez que escucha la frase que sintetizaba la actitud de los jóvenes; “prensa vendida, jamás será creída”. Su sorpresa llegó al máximo cuando vio que la gente se disputaba las hojas impresas en mimeógrafos. Los muchachos se perdieron por la calle con sus botes llenos de monedas y con las manos vacías de propaganda. Las personas que abordaron el camión junto con él iban leyendo con atención cada uno de los volantes. Incluso un pasajero, al ver su interés en el volante, tuvo la amabilidad de prestárselo para que se enterara de los últimos acontecimientos de la ciudad, que tenían que ver con las manifestaciones estudiantiles. Esta actitud contrastaba con la falta de interés de los periódicos colocados sobre las rejillas metálicas en la esquina, salvo dos o tres diarios, casi nunca compraba ninguno de los demás. Ese mismo día al llegar a las oficinas del periódico, varios compañeros estaban hablando sobre la baja venta de ejemplares. Pronto comentaron la necesidad de reducir los espacios a las versiones oficiales y de mostrarse más abiertos con la realidad del país. Nuestra publicación debe sumarse a los nuevos aires, concluyeron muchos de ellos. Él Ojeras Galindo fue uno de los más entusiastas. No era mucho mayor que aquellos jóvenes activistas de la esquina y, pese a ser un periódico deportivo, la página nacional e internacional fue adquiriendo un pequeño prestigio.

Luego vinieron artículos que el gobierno tomó como reto, las fotos del ejército circulando por la ciudad y los testimonios

de los estudiantes bajo la feroz represión de policías y agentes encubiertos. Las autoridades amenazaron a los dueños y los dueños a los directores de las secciones y estos comenzaron a censurar a sus reporteros. Se recortó la compra de espacios para la publicidad de las dependencias oficiales y, por si fuera poco, el precio y la distribución del papel estaba en manos del propio gobierno, así que la apertura fue contenida. Como no podía ser muy drástica la censurara, de vez en cuando salían publicadas angulas notas opositas al gobierno. La última de ellas le toco a Galindo y a Beto Ruiz, su compañero fotógrafo. Ambos se metieron al hospital “Rubén Leñero” y sacaron fotografías de los heridos y entrevistaron a los médicos que narraban como los soldados les arrebataban a los líderes del movimiento y se los llevaban sin ninguna consideración. Luego llegó su detención, su cautiverio en el campo militar número uno, la pérdida de su empleo, la cooperativa fracasada. Las amenazas de muerte. Hasta que tocó fondo al huir hacia el puerto de Veracruz. De no ser por el gordo Mireles su suerte sería otra.

Al gordo Mireles le debo mucho, se decía el Ojeras Galindo. Así que no sé cómo hacerle para meterlo en la chingadera que pienso hacer. Afortunadamente su familia quedaba ahora lejos de sus acciones, no como antes que cualquier consecuencia podía caer sobre ellos. Es más, pensándola bien, ni siquiera aquí en el periódico sabe el actual domicilio de mi mujer. Además, puedo revisar el archivo de personal y borrar cualquier dirección que tengan para ir cortando cabos. No podía ser tan desgraciado con el gordo Mireles, eso lo tenía claro el Ojeras Galindo, pues era un tipo interesado, pero sobre todo buena persona, interesado en las mujeres todavía, mientras otros andaban luchando por el poder. Así soy yo, qué se le va a hacer, prefiero una buena nalga para dormir que el billete bajo el colchón.

Claro que este último viaje a la capital lo dejó sin esperanza al Ojeras Galindo. Su familia ya no era tal y, de abandonarse a la borrachera, ahora estaría a la orilla del abismo. Tenía clara conciencia del tipo de periodismo que hacía y le producían un asco bastante certero, pero algo estaba cambiando en él, primero no quiso hacerle lío a su mujer, luego se alejó de las cantinas y tercero, decidió no andar mendigando en las oficinas gubernamentales. Luego vino su alocado compromiso con la muchacha que conoció bajo la lluvia. La conoció en el rancho de “La Huerta” y, cuando se bajó intempestivamente, prometió buscarlo más adelante. En aquella ocasión no se interesó mucho por ella, pues venía asqueado por lo que encontró en las excavaciones. Estuvo a punto de vomitarse, pero no culpó a las osamentas recién desenterradas, más bien reconoció su tragedia en la ciudad de México, pero tampoco esa situación le arrancó el vómito, aunque siguió con el mareo y el asco, hacia muchas situaciones indeterminadas. En aquella ocasión el Ojeras Galindo no le puso mucha atención a la muchacha. Solo ahora iba recordando que el viejo Chón la reconoció, pues le comentó que muchas niñas ricas no sabían comportarse siquiera.

La siguiente visita de la muchacha fue una sorpresa. Primero porque tuvo que confesar que ya no era tan idealista ni honesto. Además, había confesado ciertos procesos de corrupción de la prensa ante la muchacha y eso le dolía. Luego vino la propuesta y el compromiso de ayudarle. El Ojeras Galindo pensó primero en el dinero y, muy en el fondo, pensó que una acción así, como denunciar a un caique de la región, podía reivindicarlo ante los demás, pero sobre todo ante sí mismo. Quizá esa muchacha, que todavía cree poder arreglar el mundo, pueda ser mi salvación para abandonar mis penurias desde hace seis años. Total, no soy un ave fénix, solo soy un ser humano

que no quiere seguir jodido mucho tiempo. El Ojeras Galindo siguió pensando en la propuesta y analizando en la mente las opciones que tenía de publicar la información que la muchacha le entregara. Había que pensar si se haría en una sola entrega o en varias y, sobre todo, tenía que saber a qué casi que apuntaba la información. Pues más valía cuidarse de que lo refundieran en el bote, antes de que mandara a sus hombres a borrar de la plana al periodista metiche. Ella prometió llegar con los cinco millones por delante y, aunque es muy joven, algo me dice que cumplirá lo establecido. Podría acostarme con ella o, pedirle que me entregue un poco más dinero, cosa que dijo haría si todo salía como ella quería. Prometió otros cinco millones y, eso suena bien, con los primeros cinco puedo cambiar bastante mi vida. El Ojeras Galindo siguió pensando en la propuesta de la muchacha. La posibilidad de llevar a cabo lo acordado, hizo que durante toda la semana no pensara en lo ocurrido durante su último viaje a la capital. Ahora tenía muchas otras cosas en qué pensar.

El sangrar de las sombras

A Óscar Cossío, in memoriam.

¡Qué vergüenza hubieras pasado!... de no estar acompañado. Forzados todos ustedes a quitarle la ropa y los zapatos. Nadie se explica de dónde había salido la humedad de sus ropas. Qué bueno que todos los chicos obedecieron a sus abuelitas: cuando salgan a la calle, por favor, chamacos condenados, habrán de cambiarse los calzones, no vaya siendo que los aplaste un tranvía y cuando los recojan se les noten las prendas todas zurradas. De reojo, con la timidez de las horas recientes, has mirado a un lado y a otro y todos ustedes están en calzoncillos, otros en trusas. Van a pasar a identificarlos y si alguno de ustedes pertenece al Consejo Nacional, ha sido un pinche lidercillo y no me lo ha dicho, le reviento los güevos a culatazos. Así que, hablen ahora o les saldrá más caro si se esperan a ser reconocidos. Ni modo de decir que ni líder eres, sino un simple ejemplar de la masa; un joven poeta, un joven periodista. Nada de vocero, nada de armar discursos, solo uno más de la bola... pero, de repente, caes en la cuenta de la etiqueta que tú mismo te has puesto. Joven, lo de poeta vale para un cacahuate. Joven maestro, lo de ser pobresor no luce porque solo impartes un par de asignaturas y ni siquiera puedes soñar con una base en la escuelita pedorra

en donde te presentas. Joven poeta, lo de poeta no pesa porque son un par de cuadernillos impresos por los compañeros de la Esmeralda, con más entusiasmo al contar sílabas y trabajarse con las rimas, que le salen mucho mejor a Chava Flores que a ti, porque aquel provoca risas y tú produces rostros incrédulos, porque no saben si Rimbaud se te pudrió en las patas o si el surrealismo se mudó de país y ya no es esencia mexicana. Te has dicho joven periodista, lo cual pesa un poco porque nadie pule sus notas como tú, ni se mete a realizar entrevistas con personajes que se desprenden del chapopote o de los muros derruidos, como desmintiendo los bellos jardines que tanto presumen los regentes del DDF, porque ni las fuentes ni los prados ayudan a borrar la mugre y el hambre de muchos, demasiados, capitalinos. Ahí tu pecado, escrito tres o cuatro veces. Y detuviste la cuenta porque el sargento ha dejado caer la culata al piso y ese sonido corta la respiración y el hilo de los pensamientos. ¿De dónde la humedad? Te preguntas, porque de repente has olvidado la lluvia de la plaza. Sigues girando entre los gritos y el estruendo de los disparos. Siempre... Antes los avatares que se nos ponen enfrente, por aquellos que podríamos llamar viejos, pero que, para no ofender a las personas mayores, mejor decirles sombras; los jóvenes debemos tener una premisa: *prohibido suicidar la esperanza*. Que es lo mismo que dijeron los compas de París hace poco: *prohibido prohibir*. Porque en esta cada vez más populosa ciudad, ser joven es llevar un cartel con una calavera en la espalda, algunos, de hecho, la llevamos en una chamarra de piel, como advirtiendo a las personas que nos rodean que estar cerca es exponerse al peligro. Un joven por la calle, de pelo algo largo y con libros bajo el brazo: *danger*, gritarían quienes nos observan. Ser joven en este país, es obtener la cartilla de enemigo público número uno y sobre todo si eres

estudiante. Hay alguien que te está observando en la otra esquina oscura de este reducto clandestino. Tú sigues construyendo el discurso confiado a esa energía que los golpes y el cautiverio te han despertado. Es posible que, si sales de estas sombras, en la próxima asamblea estudiantil o en el próximo mitin te decidas a participar. Hablarás sin duda con suficiente volumen y con mucha convicción de lo que representa ser joven y estudiante universitario. Hablarás, si las sombras no te desangran demasiado, de la división existente entre los estudiantes politécnicos y los universitarios, y de cómo eso deshace una fuerza que podría enfocarse directamente ante el gobierno y no agotarse en verdaderas pendejadas, por ejemplo, un partido de fútbol americano. Aunque claro que se siente tristeza y coraje cuando los pumas, a pesar de tanto goya y cachún cachún rara, pierden por la diferencia de un gol de campo o por *touchdown*. Pero existen otras cosas más importantes que un marcador adverso, por ejemplo, lograr la liberación de los compañeros recientemente detenidos. Te detienes un instante, para buscar las palabras que pudieran exaltar a tu posible auditorio. En este lapso observas a la otra persona que se encuentra recargada en la pared con las rodillas dobladas frente a su pecho y las manos entrelazadas encima de las rodillas. Como si esperara frente a una playa a que el sol saliera. Piensas que ha de ser un espía, que a lo mejor lo introdujeron a la celda para ganarse tu confianza o para escuchar tus sueños. No distingues qué hace con sus ojos, pero sabes que no te mira, aunque no ignora que te encuentras a unos tres metros de su presencia. Seguramente, cuando llegaste adormecido ni siquiera desmayado, él ya se encontraba adentro. Pero no te observa porque es posible que tenga los ojos cerrados, de ahí que no descubras el infaltable brillo de las pupilas que se distingue cuando los ojos están abiertos. Mejor no

hablar en voz alta, y tratar de poner a prueba, con lo que venga por delante, las convicciones de las que tanto has hablado tú y los demás amigos. No hablar ante nadie, puede ser un espía, porque si fuera *hippie* tendría el cabello largo. Aunque podría ser un delincuente común o, si no, ¿qué otra cosa podría ser? El discurso ha perdido ilación en tu cabeza. Ya no acuden las ideas ni las inflexiones que mentalmente reforzaban tus palabras. Fue estúpido, te dices, despertar en una celda y querer construir un discurso para un mitin del que ni siquiera sabes si podrás participar y estar presente. Ahora piensas que cuando te detuvieron no hubo tanta violencia, a lo mejor porque te vieron joven, un chamaco apenas, y supieron que no tenían por qué esforzarse tanto. De hecho, subiste por tu propio pie al auto después de que te enseñaran una orden de arresto, de la que fingiste aceptar que todo estaba en regla cuando te mostraron el papel, pero por dentro ni siquiera tuviste tiempo de leer lo que la hoja decía. Lo mismo podía estar en blanco y ya estabas adentro. Cuando tontamente preguntaste de que se te acusaba, ellos dijeron que te lo diría el agente del ministerio público. Y se quedaron callados, cosa que unos agentes, al menos por lo que te habían platicado tus amistades, no acostumbran a hacer. Lo sabido tenía que ver con amenazas, con golpizas y por supuesto con la confesión de los delitos imputados, aunque uno no tuviera nada que ver con los asuntos de los que nos hablaran. El silencio de los agentes te asustó, pensaste lo peor, además ni siquiera habías reconocido si el acta de arresto estaba en orden, porque nunca en tu vida habías visto una. Y pensaste que querían borrararte del mapa. Desaparecerte por tus actividades que, aunque eran mínimas, a lo mejor alguien les había dado una importancia que no tenían. O ibas a ser sacrificado por tus propios compañeros, quienes te hubieran delatado como un alto estudiante dentro de

la comisión estudiantil. Fue cuando te pusiste nervioso al pensar tales cosas y sobre todo por el silencio de los tres agentes, quienes te parecían fastidiados y a lo mejor cansados por tantas ordenes cumplidas. Ordenes que seguramente implicaban lo peor: matar y desaparecer a las víctimas. Entonces preguntaste que a dónde te llevaban y uno de ellos te pidió que te callaras, volviste a preguntar lo mismo y otro de los agentes te dijo que al final lo descubrirías por ti mismo. Y como en tu cabeza rondaba la idea de que serías atormentado y posteriormente no dejarían rastro alguno de tu existencia. Quisiste realizar una acción heroica que solo te redituó un par de puñetazos en el rostro, y un ojo se te cegó. Después, otro agente te puso un par de karatazos en la nuca y quedaste dormido casi plácidamente, pues solo te habían tranquilizado. Algo quieren, le dijiste, mientras te abandonabas al sueño. Y conforme perdías el sentido buscaste en tu imaginación cómo no delatar a tus compañeros, a los que manejaban el mimeógrafo y que a veces recibías en la casa para tallerear durante la noche para sacar la propaganda. Ya que en la universidad estaba llena de orejas, en el cuarto que rentabas con Fortino para disimular la faena de la impresión, ponía el tocadiscos a todo volumen y fingían, aunque no todo era fingimiento, estar celebrando un reventón. En la sala estaba la fiesta, pues hasta iban las brigadistas y en un cuarto de taller. Colaborar de esta forma en el movimiento, que ya llevaba varios meses, no era tan desanimador. Por eso, cuando te desmayaste pusiste a trabajar tu imaginación para no decir quiénes son tus compañeros, ni quien guarda el mimeógrafo, ni quien reparte la propaganda, que son varios nombres de las brigadistas; y que si se te soltara un nombre seguro que agarran a los demás. Por eso cuando volviste en ti, te encontraste diciendo o mejor dicho construyendo un discurso sobre la desunión de los estudiantes

de las dos máximas casas de estudio. Descubriste a la otra persona en la misma celda en que te encontrabas y te quedaste callado, pues seguramente era una espía, si no era hippie, porque para ser estudiante ya estaba un poco más viejo. Estaba atento como si quisiera escuchar tus pensamientos. No necesitaba tener los ojos abiertos para saber de ti. Lástima que no pueda dejar de pensar, si pudieran leerme el pensamiento sabrían todo el apoyo que le brindamos al movimiento. Te dijiste cuando tu vecino de celda estiró las piernas y se dejó caer, siempre a un lado de la pared, disponiéndose a dormir. Pensaste que se pondría de pie o que dirigiría la palabra. No hizo nada, apenas alcanzaste a escuchar una palabra que durante mucho tiempo no creíste haber escuchado: ya es de noche. Durante un buen rato de tiempo dudaste haberlo escuchado, después te dio la impresión de que tu vecino estaba ya durmiendo y te ubicaste en el tiempo. Ya era de noche, quizá las once o las doce, y a ti te habían interceptado cerca de las siete de la noche, justo antes de entrar al edificio. A esta hora Fortino estaría preocupado por ti. A esta hora era posible que decidiera buscarte a lado de otros compañeros. También era probable que Fortino no supiera nada, pues era domingo y había tenido que hacer una visita a sus padres y volvería el lunes, hasta mañana, si es que sus días estaban bien contados, pues pensó que a lo mejor había estado bastante tiempo desmayado. Buscas replegarte a la pared contraria en donde descansa tu vecino. La oscuridad es casi perfecta, de hecho, solo ves las cosas gracias a la imaginación y a que las viste cuando todavía había un poco de luz en el recinto. Te acomodas para descansar, aunque piensas que no podrás dormir en esas condiciones. Además, debes estar alerta, es posible que tú mismo vecino te ataque durante el sueño, sobre todo si es un delincuente común, porque para estudiante ya está muy viejo, y si fuera

hippie tendría el pelo largo, te dices. Pero a pesar de tus temores e incomodidades, el sueño te vence fácilmente. La nuca todavía te duele y si no te llevaron ante el agente del ministerio público, a lo mejor es porque ya era demasiado tarde o porque era día domingo y nadie quiso atender tu caso. Seguramente ya era de noche y, si no lo era, de todos modos, te has quedado dormido.

Las propuestas de la lluvia obtuvo el apoyo del Programa Jóvenes (en Letras-Cuento), durante la convocatoria 1997-1998, bajo la coordinación el maestro Agustín Cadena. Entre los becarios estuvieron Paola Mariana, Jauffred Gorostiza, Mauricio Alberto Martínez Chimal, Norma Muñoz Ledo Carrasco, Laura Emilia Pacheco Romo, Edmée Pardo Murray y Víctor Hugo Vásquez Rentería, quienes se reían de mis cuentos de terror (el proyecto se denominaba El cumpleaños del mago) entonces, hice estas historias mas realistas. A todos ellos agradezco su acompañamiento.

Atentamente
Eduardo Villegas Guevara



ÍNDICE

Los días del sueño		15
Piel curtida		29
Los viajes de Juanita Martínez		41
Las hendiduras del fuego		55
Prohibido dejar de sonreír		89
Los despojos de Cristal		111
Las propuestas de la lluvia		133
El sangrar de las sombras		167



Las propuestas de la lluvia
Eduardo Villegas Guevara

Las propuestas de la lluvia se terminó de
imprimir en diciembre del 2025 en los
talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.
En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.
Se imprimió en papel cultural.



